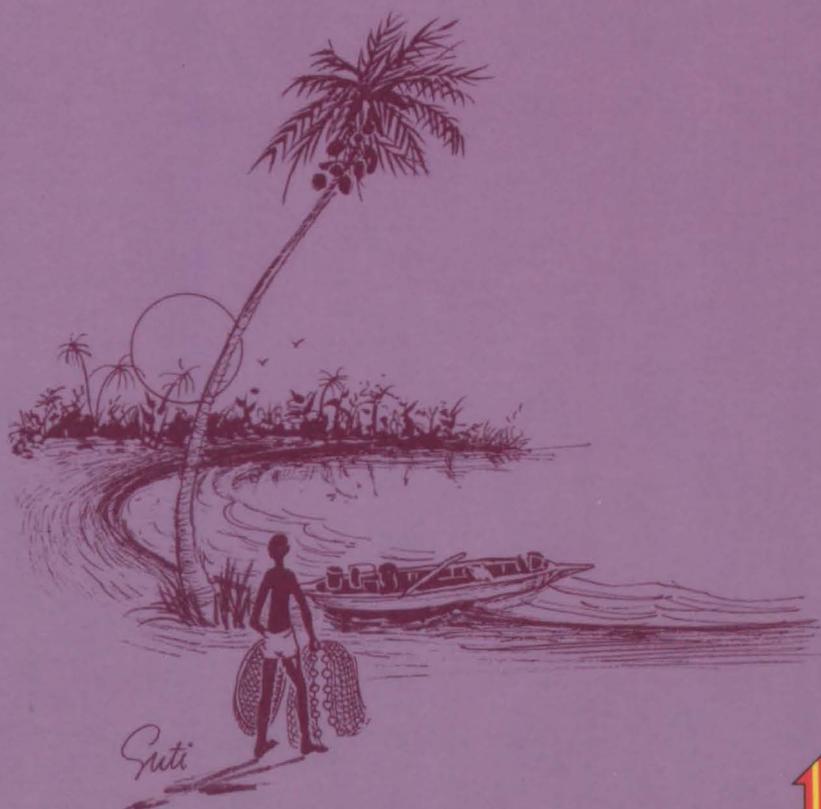


CUENTOS ANNOBONESES
DE
Guinea Ecuatorial

Jacint Creus
M.^a Antònia Brunat



Ritu durtiu
mudable
mudable

Ex-libris.
Lacina
Creus i.B. 

CUENTOS ANNOBONESES

DE

Guinea Ecuatorial

Jacint Creus
M.^a Antònia Brunat

CUENTOS ANNOBONESES
DE
Guinea Ecuatorial

Versiones en lengua ambú de
BRAULIO LORENZO HUESCA PUEYO



CENTRO CULTURAL
HISPANO-GUINEANO
EDICIONES

EDITADO EN EL MARCO DE LOS
PROGRAMAS DE COOPERACIÓN
CULTURAL DE LA COOPERACIÓN
ESPAÑOLA CON GUINEA ECUATORIAL.
MALABO, 1992

© Jacint Creus y M.^a Antònia Brunat
Ediciones Centro Cultural Hispano-Guineano.
Apdo. 180 - Tel.: 2720
MALABO (R. Guinea Ecuatorial)

ISBN: 84-604-3214-9

Depósito Legal: M. 20.967-1992

Producción: EDIMUNDO, S. A.

Impreso en EDIGRAFOS, Edison, B-22
Polígono Industrial San Marcos
GETAFE (Madrid)

INTRODUCCIÓN

I

Para muchos de nosotros, conocedores de la realidad ecuatoguineana e ignorantes de la annobonesa, el nombre de la pequeña isla subecuatorial está relacionado íntimamente con la existencia de diversas mitificaciones. Así es como, por ejemplo, Annobón se relaciona con la pesca de la ballena; y a menudo nos acercamos a su literatura popular con la esperanza de encontrar en ella resabios de nuestras propias imágenes mentales.

Olvidamos, en esta circunstancia, que si hay algo para lo que la literatura popular apenas sirve es para narrar acontecimientos concretos. Y en el caso de los cuentos tradicionales de transmisión oral, su estudio nos hace remontar mucho tiempo atrás en la Historia; pero no se reflejan en ellos esplendorosas gestas sino una forma de relacionarse ancestral, que incluye toda clase de miedos, de creencias y de esperanzas. Un sistema de relaciones y de creencias que es —en gran parte— compartido por muchas culturas, africanas y no africanas. Y que nos lleva a afirmar nuevamente la universalidad de la mayoría de episodios que los cuentos tradicionales nos proporcionan.

Ello no constituye mayor novedad: nuestras recopilaciones anteriores de cuentos ndowe y fang ya demostraban aquella universalidad que es consustancial al género. Entonces enfocábamos el estudio de los cuentos desde una perspectiva predominantemente literaria; ahora, tras proclamar la validez esencial de aquellos postulados para los cuentos annoboneses, quisiéramos abordar una visión de conjunto desde una perspectiva predominantemente histórica. No de una Historia de acontecimientos, que requeriría demostraciones documentales muy distintas; pero sí una Historia referida a una organización social anterior, que encuentra efectivamente un reflejo importante en la narrativa secular.

Ello también puede tener un valor de universalidad. Aunque, como es lógico, se manifiesta en los cuentos annoboneses con formas específicas que precisan una delimitación. Antes de emprender aquel estudio, pues, señalemos las peculiaridades que hemos observado en la narrativa tradicional de la bella isla.

En primer lugar debemos señalar una adaptación de ciertas caracte-

rísticas del género a la realidad física de Annobón: es cosa comúnmente aceptada que los cuentos tradicionales suelen carecer de referencias concretas de tipo espacial: las historias de los cuentos ocurren «en algún lugar lejano», «en un reino desconocido»... siempre en un espacio indeterminado, acorde con la presunción de no veracidad que se otorga a este tipo de narraciones. Para el annobonés que vive en Pale, sin embargo, no se puede pensar en lugar más lejano que Mabana; ni viaje más largo que el que puede llevar a un personaje por Agandji, el propio Mabana y Awal. Siendo San Antonio el asentamiento fijo común a todos los isleños, no debe extrañarnos que, en lugar de referencias vagas a lugares desconocidos, aparezca en los cuentos tanto la toponimia habitual (Pale-San Antonio, Mabana-San Antonio del Sur, Agandji-San Pedro, Awal-Santa Cruz, Abobo-San Pablo) como cierta microtoponimia que resulta útil en determinados momentos (el río A Bobo, los lugares de Akabubu, Jada, Mesimenk, Osopain o Vidjil, la cueva de Jowo Bumbu...). Se trata de una característica clara de las leyendas, cuya presunta veracidad implica la localización de la historia; en este caso, sin embargo, la pequeñez del universo annobonés justifica el quebrantamiento de la norma habitual.

A diferencia de lo que ocurre con los cuentos ndowe —y en menor medida con los fang—, las narraciones tradicionales annobonesas no pueden clasificarse por ciclos: porque en ellas no se desarrollan historias distintas sustentadas por personajes que, a lo largo de los siglos, hayan adquirido una caracterización precisa que los haga identificables frente al auditorio popular. Lo cual no significa que no podamos señalar algunos tipos concretos en torno a los cuales gira la trama de muchos cuentos: concretamente debemos llamar la atención del lector respecto a la *vieja legañosa* y a los *gigantes*.

Dentro de la tradición occidental estos últimos aparecen básicamente en las leyendas. También en la tradición annobonesa sucede así¹. Sin embargo los cuentos están poblados de personajes llamados gigantes (o también monstruos u ogros, indistintamente) que responden a otro tipo de interpretación y que tienen características diseñadas con mucha precisión; viven en lugares muy alejados: en el fondo del bosque, en una cueva apartada, en una guarida lejana...; tienen una maldad innata que les empuja al rapto: pueden secuestrar a una chica y convertirla en su mujer (cuento 50, *Las tres amigas y el gigante*, donde asume un papel que en los cuentos europeos suele reservarse al oso), aunque lo normal es engordar a su víctima en previsión de un

¹ Recuérdese por ejemplo la presencia del gigante Menedji Tublon en la leyenda del héroe Lohodann.

suculento banquete (cuentos 48, *La princesa y el monstruo*, y 49, *El muchacho y la princesa*) o engullirla de buenas a primeras (cuento 46, *La historia de Afiyu-Kityi*, entre otros). Sea como sea la presencia de un gigante, ogro o monstruo es presentada como una calamidad; y la victoria sobre él supone la restitución de una situación inicial tranquila.

Mucho más concreta es la actuación de la vieja legañosa, un personaje exclusivamente annobonés: la vieja suele aparecer en lo más recóndito del bosque y se proclama señora del río (cuento 43, *El chico que quería ser rico*); es capaz de proporcionar las mejores informaciones y de conceder las gracias más esplendorosas, pero siempre a cambio de que el interesado supere la misma prueba: acercarse a ella y lamerle las legañas nauseabundas que causan la ocultación de sus ojos; solamente cuando el protagonista deja de proponer posibilidades alternativas (limpiárselas con un pañuelo, etc.) y vence su sensación de asco, el pus de las legañas se transforma en leche, o en un líquido dulce, y la anciana concede sus dones, definitivos para que el héroe consiga su objetivo.

Son dos tipos de personaje, el gigante y la vieja legañosa, cuyo estudio nos adentra en el cauce histórico que pretendemos dar a esta introducción: porque una de las posibles interpretaciones que tienen los cuentos maravillosos consiste en considerarlos relacionados con los antiguos *ritos de iniciación* a la madurez de las primitivas sociedades de cazadores.

Parece ser que estos ritos de iniciación de las sociedades primitivas componen un fenómeno relativamente similar: se trata de transformar al niño en adulto mediante un sistema de representaciones simbólicas que incluyen características comunes: el alejamiento de la familia; el refugio en un lugar inhóspito; el encuentro, en tal lugar, con personas que son depositarias del saber tradicional; la tortura física u otras pruebas; la muerte temporal como medio de conocimiento del mundo del más allá; la resurrección; el aprendizaje de determinados valores, costumbres y técnicas, y la adquisición, mediante todo el proceso, de un poder, especialmente referido a los animales, que permite al neófito enfrentarse a graves problemas y situarse en su sociedad como miembro adulto.

En el cuento tradicional de transmisión oral los episodios y motivos que nos remiten a este tipo de ritos son frecuentes: así el héroe, muchas veces joven, se aleja de su casa y de su pueblo; se adentra en la espesura del bosque; encuentra hospitalidad en una casucha donde vive un anciano —más habitualmente una anciana— que le alimenta y le somete a determinadas pruebas; y, finalmente, recibe el don mágico que le

confiere el poder suficiente para enfrentarse a su destino y derrotar a su enemigo o, en general, cumplir su misión. Éste es, realmente, el esquema de muchos cuentos. Y el lector podrá seguirlo en muchos de los que forman este libro.

Cuanto más retrocedemos en el tiempo, la relación con creencias totémicas es más fuerte. Desde este punto de vista podemos suponer que muchos de los cuentos de animales pueden ser más antiguos que otras clases de cuentos. De hecho los ritos de iniciación no solamente prevén un paso temporal por el mundo de los muertos para tener poder sobre los animales, sino que muchas veces pueden interpretarse como la transformación en el propio animal, en el propio tótem. En muchos de estos casos esta transformación viene simbolizada por el engullimiento: la casa donde se celebra la iniciación a menudo tiene elementos zoomorfos (unas patas, la puerta en forma de gran boca...); y la misma iniciación consistiría en el hecho de que el animal se traga al iniciando, al neófito, que de esta manera se convierte en el propio animal. Determinadas formas de enterrar a los muertos, por ejemplo envolviéndoles en pieles de animales, tienen también relación con este tipo de creencias.

Todo esto se puede encontrar en los cuentos annoboneses, como se puede rastrear entre los cuentos ndowe, fang o cualesquiera otros. Pero hay más: la vieja legañosa tiene los ojos vendados por el pus y las legañas, está privada de la vista. Ello puede interpretarse como un elemento más de la iniciación con los términos traspuestos: porque, de hecho, el que no tiene la capacidad de ver es el propio neófito, ciego a las realidades del otro mundo. Solamente el paso temporal por el reino de la muerte, la superación de las pruebas a las que será sometido, le harán capaz de ver, de percibir la realidad más auténtica, la que concede un poder mágico.

No hay duda de que algunos de los ritos de iniciación a la madurez perviven en la Guinea Ecuatorial actual. En ellos podemos encontrar todavía el alejamiento de la casa paterna, el adentramiento en el bosque, la instalación del neófito en una casucha preparada al efecto, la presencia de ancianos con disfraces y máscaras (otra forma de invisibilidad), la aplicación de pruebas dolorosas (entre las cuales las quemaduras), el paso por una situación de trance (equivalente a la muerte temporal), el cese de dicho trance (equivalente a una resurrección), la explicación del sueño mantenido durante el trance, la imposición de un nuevo nombre (que suele ser el del animal soñado), el aprendizaje de determinados secretos, historias y cuentos... Nuestros informadores annoboneses nos han narrado algunos de estos ritos, frecuentemente reducidos a actividades residuales.

La raíz de muchos cuentos, pues, y gran parte de su significación puede remontarse a este tipo de prácticas. Pero el lector de estos cuentos annoboneses todavía puede encontrar más: porque, de la misma manera que los cuentos reflejan el fenómeno de los ritos iniciáticos, también reflejan en algunas ocasiones el rechazo que dichos ritos pueden provocar —aunque sea inconscientemente— cuando la sociedad ha evolucionado tanto que deja de comprenderse su significado.

Entonces la anciana de la casucha se convierte en una bruja mala; la comida que da al protagonista es una estratagema para engordarle y comérselo después de asarle (engullimiento y fuego que dejan de ser elementos de purificación y de conocimiento); y en definitiva, tal como sucede en el cuento 45, *La esposa desobediente*, se trata ahora de matarla para poder tener éxito en la aventura emprendida, en lugar de recibir su ayuda.

Igualmente el animal (proverbialmente la tortuga) deja de ser el tótem protector, sabio y bueno; el engullimiento ya no es vivido como una experiencia gratificante y aparece la serpiente, el dragón o el ogro (gigante o monstruo, en los cuentos annoboneses) raptor de criaturas inocentes, al que hay que derrotar y matar: a veces después de ser tragados por él, posteriormente intentando que tal engullimiento no llegue a producirse. En cualquier caso todavía hay rasgos de la situación anterior: el gigante continúa viviendo en el bosque, en el que ejerce su poder —como la vieja legañosa, señora del río—, tiene su guarida en un lugar de difícil acceso, ofrece su comida al protagonista, etcétera. Pero ahora todo está al servicio de su maldad y de sus perversas intenciones.

Los cuentos, pues, no nos sirven para trazar un argumento de los acontecimientos de la Historia; pero sí para seguir el rastro de la evolución de determinados fenómenos y creencias: las sociedades totémicas, la concreción de los ritos de las colectividades de cazadores e incluso su superación posterior. Y de alguna manera hemos intentado que la organización del material de este libro responda a esta posible interpretación.

II

Siguiendo el razonamiento realizado hasta aquí, el lector encontrará en primer lugar una serie de cuentos que se aproximan mucho a las características propias de las leyendas: son los llamados cuentos de origen, que nos ofrecen una visión ingenua y divertida sobre la procedencia del ser humano, de determinadas características de un lugar, de

ciertas costumbres, de las cosas, de las creencias, de algunos episodios que rozan la pretensión de veracidad.

El núcleo central está formado por los cuentos que presentan indicios más claros de su relación con antiguos ritos de iniciación.

Consideramos en primer lugar todos los cuentos de animales, a pesar de que muchos de ellos no pueden considerarse propiamente como iniciáticos, desde los que narran las características de una especie o las razones de la enemistad entre ellas —muy próximos a los cuentos de origen— hasta los más elaborados que tienen como protagonista a la tortuga, paradigma de la inteligencia, de la astucia y del poder, vencedora incluso del propio diablo (cuento 29), vencida solamente por otras de su misma familia (cuentos 30 y 31) y rey de todos los animales (cuento 32). A destacar la ausencia absoluta de cuentos del ciclo «La tortuga y el leopardo», característico de la narrativa oral ndowe y, sobre todo, de la fang.

A continuación se encuentran los cuentos de la vieja señora, habitante de la casucha del bosque y presta a conceder sus mágicos dones: en primer lugar se encuentran los cuentos de la anciana donadora, a la que sigue la vieja legañosa y, finalmente, la anciana malvada.

Sigue este bloque central con los cuentos de gigantes, monstruos y dragones: en primer lugar los que narran un engullimiento; después los que se centran en un rapto y, finalmente, los que basan la victoria sobre el malvado en otro tipo de episodios. A destacar la lucha contra el gigante desarrolla la tortuga (cuentos 60 y 61), la trasposición que existe en el cuento 62 (donde el monstruo malvado es sustituido por un hombre de enorme pene que cumple las mismas funciones) y el hecho de que en una sola ocasión (cuento 63) este ser feroz no es derrotado.

Se cierra esta parte central con otros cuentos de carácter maravilloso, frecuentes en la mayoría de las literaturas orales. Así los cuentos 68 y 69, basados en series de transformaciones sucesivas; o el cuento 70, en que el anciano donador aparece en sueños al protagonista, lo que en la mayor parte de las culturas africanas se interpretaría como la intervención de un antepasado muerto en la vida del protagonista.

Todos los cuentos restantes se agrupan en la tercera parte, que a su vez hemos dividido en dos grupos.

En primer lugar los que están relacionados con el matrimonio, otra de las constantes de la narrativa oral africana: la búsqueda de esposo, o esposa, ocupa buena parte de las posibilidades (la imposición de una tarea difícil para acceder al matrimonio, los malos casamientos provocados por el rechazo de pretendientes aceptables para el entorno socio-familiar, etc.). Mientras que la rivalidad entre mujeres y la maldad de

las madrastras son los problemas más frecuentes en matrimonios ya consumados.

En segundo lugar hemos agrupado, bajo el epígrafe de «Moralidades», aquellos cuentos que, sin pertenecer a grupos anteriores, se centran en la transmisión de un valor de comportamiento.

Y, finalmente, un pequeño resto donde podemos encontrar un cuento del ciclo de los tres viajeros (cuento 101); dos más relacionados con el de los fantasmas, tan importante entre los ndowe (cuentos 102 y 103), y otros dos que tienen como eje la pura diversión (cuentos 104 y 105).

Igual que en ocasiones anteriores, cierra el libro un apéndice de veinticinco cuentos en lengua original. Se trata de los veinticinco primeros que pudimos grabar a lo largo de nuestra investigación; la versión en lengua ambú ha sido realizada por Braulio Lorenzo Huesca Pueyo, bibliotecario annobonés del Centro Cultural Hispano-Guineano de Malabo.

No podemos finalizar esta introducción sin agradecer la colaboración de nuestros informadores, todos ellos estudiantes jóvenes, miembros de las colonias annobonesas instaladas en Malabo y Bata:

Luis Alcántara.
Juan Tomás Ávila.
Estanislao Blanco.
Diosdado Bodipo Segorbe.
Suleimán Brigol Bestué.
Orlando Briones Poimo.
Pulina Cachina Tarifa.
Fernando Esteban Huesca.
Braulio Lorenzo Huesca Pueyo.
Leonor Majeda Nazaret.
Fernando Malé.
Eusebio Menambo.
Fernando Olivera Correa.
Luis Sabadell Bizantín.
Rebeca Sabadell Bizantín.
Basilio Salas Marqués.
Cristóbal Zanababuy.

Ojalá que entre todos hayamos logrado dar a la imprenta una buena aportación a un mejor conocimiento de la isla de Annobón y de Guinea Ecuatorial.

Torelló (Osona), octubre de 1990.

PRIMERA PARTE

CUENTOS DE ORIGEN

1. LOS PRIMEROS HOMBRES

Dios creó la isla de Annobón y decidió que vivieran en ella un hombre y una mujer, sin que el uno supiera nada de la existencia del otro. Un día el hombre bajó a la playa y quedó muy extrañado al ver unas huellas semejantes a las suyas. Se dirigió a un montículo donde había una cueva, y desde allí intentó divisar al extraño ser que producía aquellas pisadas. Pero la mujer acudía a la playa muy tarde y el hombre no advertía su presencia.

Una mañana, el hombre construyó un monolito en la playa. La mujer lo descubrió más tarde y quedó maravillada. Vio las huellas que el hombre había dejado, las siguió, y de esta manera el hombre y la mujer se encontraron y empezaron a vivir juntos.

En la isla vivía también un monstruo terrible, que no les dejaba vivir. De manera que el hombre y la mujer decidieron construir una casa con una torre muy alta. Cuando les parecía que el monstruo dormía, echaban una cuerda y salían de la casa para buscar su sustento.

El monstruo olió que en aquella torre había carne fresca; y, cogido de la cuerda, empezó a trepar. Cuando ya se encontraba muy arriba, su enorme peso hizo que la cuerda se rompiera; y, dando un golpe terrible en el suelo, murió.

El hombre y la mujer, desde entonces, pudieron vivir juntos con toda tranquilidad.

2. LA CUEVA DE LOS MUERTOS

Cerca de un pueblo de la costa vivían dos familias: una en Mesimenx y la otra en Osopain, detrás de la montaña. La primera estaba formada por un matrimonio y un único hijo que se llamaba Juan de la Cruz; el matrimonio de la segunda tenía seis hijos y una hija.

Un día Juan de la Cruz encontró a sus padres muertos. Se realizó el entierro y los mayores de la segunda familia sugirieron que quizás no habían muerto de manera natural. ¿Cómo saberlo? Se dirigieron a la cueva de los muertos, cerca de allí, donde les recibió una voz cavernosa: «¡Juaaaaan! ¡Juaaaaan! Soy tu padre. ¿Por qué vienes a buscarme al otro mundo?».

El pobre Juan de la Cruz se sentía atemorizado e incrédulo: «¿Cómo puedo saber que eres realmente mi padre? Dáme una señal: yo extenderé mi brazo y tú me lo cogerás». Juan extendió su brazo y lo mantuvo así durante largo tiempo, sin que ocurriera nada.

El muchacho, por tanto, no pudo solucionar su duda. Y, saliendo de la cueva a toda prisa, decidió irse a vivir con sus vecinos de Osopain. Se trasladó allí, se casó con la muchacha y nadie regresó jamás a la casa deshabitada de Mesimenx.

3. UN BUEN PURGANTE

Un padre, una madre y un hijo vivían en el pueblo de Awal. Cada mañana el hijo se dirigía a la playa para recoger agua salada: la dejaban evaporar y, con la sal que se depositaba, la madre podía preparar la comida para todos.

Sin embargo, la buena mujer estaba intrigada: cada vez que su hijo iba a la playa encontraba a un viejo encima de una roca que, ofreciéndole una vasija, le pedía que se la llenara también de agua salada. El chico era complaciente y obedecía al anciano. Pero su madre era curiosa y le sugirió: «Cuando vuelva a pedirte agua salada, dile que podría compartir su comida contigo».

El muchacho cumplió lo que su madre quería. Y el viejo, que no tomaba más que aquella agua, contestó: «No tengo ningún inconveniente en compartirla, aunque a lo mejor te resultará una comida un poco amarga».

Al regresar a casa, el chico sentía un dolor de vientre muy agudo, que le obligó a acostarse con rapidez. Y al día siguiente sufrió una fuerte diarrea.

La madre comprendió lo ocurrido. Y desde aquel día, en la isla de Annobón, se utiliza el agua del mar para ablandar y limpiar el estómago.

4. LA CAÑA MÁGICA

Tamai era un viejo pescador que tenía muchas hijas y una caña mágica con la que pescaba más y mejor que los demás hombres del pueblo. Antes de morir indicó que la caña debía pasar de generación en generación, pero su propietario debía ser siempre un varón.

Una de sus hijas dio a luz un niño. Y cuando se hizo mayor heredó la caña, tal como el abuelo había dispuesto. Pescaba muchos peces y los repartía siempre con sus amigos. Pero un día salió solo y el anzuelo se le atascó en una roca del fondo. Su padre le había advertido que, cuando esto ocurriera, no cortara el hilo; de manera que el muchacho dejó una boya con la caña y regresó al pueblo a contárselo a su padre.

Éste había aprendido de labios de Tamai una canción mágica para estos casos. Embarcó con el muchacho en el cayuco y, al llegar a la boya, empezó a cantarla:

*Tamai txadun.
Padjil txadun ¹.*

Al instante el anzuelo salió y el chico pudo volver al trabajo. Pero como el muchacho lo compartía todo con sus amigos, también les enseñó la canción. Y desde entonces todos los niños de Annobón, cuando se les atasca algún anzuelo, la cantan:

*Tamai txadun.
Padjil txadun.*

¹ Tamai, sácalo.
Dios, sácalo.

5. EL PESCADOR AVARO

En el pueblo de Mabana vivía un pescador muy avaro: cuando regresaba de la pesca solía costarle mucho arrastrar su cayuco hasta la orilla para dejarlo resguardado del oleaje; pero no pedía ayuda a nadie, porque en la isla de Annobón existe la costumbre de dar algo de pescado a cualquiera que ayude a otro en alguna tarea.

El hombre se iba haciendo viejo y cada vez era más difícil realizar aquella tarea sin ayuda. Así que pensó una solución: cortó el tronco de un árbol delgado y lo utilizó como rodillo para arrastrar al cayuco.

Aunque fruto de la avaricia, aquella solución era ingeniosa. Y desde entonces se viene utilizando en Annobón con el nombre de *javalu*.

6. EL COCOTERO Y LA PALMERA

Cuando Dios hubo terminado su obra creadora, se le acercó el insidioso Luzbel y le propuso: «Podríamos comprobar quién es el más inteligente de los dos: escóndete donde quieras, que yo te encontraré». Y Dios, para comprobar hasta dónde podían llegar la maldad y la astucia del ángel caído, aceptó el juego.

Primero se escondió debajo de la tierra; pero las profundidades y el fuego eran el medio habitual de Luzbel, que lo encontró muy pronto. Después se escondió en un cocotero; pero allí estaba la serpiente, amiga del diablo, que le contó a éste dónde se encontraba Dios.

Por fin se ocultó en una palmera que, cerrando sus ramas, le dio cobijo y escondite hasta que Luzbel se dio por vencido. Y Dios bendijo a la palmera, que desde entonces nos da el aceite de sus frutos y el espumoso tope de su tronco.

7. EL ÁRBOL DEL DEMONIO

Cuentan los más viejos de Annobón que una vez, no se sabe de dónde, el diablo apareció en un pueblo de la isla un día en que descargó una fuerte tormenta.

El demonio buscó refugio bajo una palmera, pero ésta tiene tan pocas hojas que aquel malvado seguía mojándose. Por lo que se fue a otro árbol, el pangola, que es muy frondoso y le guareció de la lluvia.

Por eso se dice que el diablo se enemistó con la palmera y bendijo al pangola. Y hoy, cuando alguien quiere hacerle brujería a otro, espera a que pase junto a un pangola.

8. EL PUEBLO DONDE FALTABA COMIDA

Hubo una época muy dura en la que, en un pueblo de la isla, faltaba la comida. Gobernaba el pueblo un hombre muy rico, que decidió convocar a todos los vecinos para convencerles de que —para hacer frente a tanta carestía— cada familia debía pagar un tributo mensual.

A partir de entonces cada mes mandaba a sus soldados a todas las casas para cobrar aquel impuesto que habían acordado; y a menudo aumentaba el tributo para poder acumular más dinero. Hasta que por fin hubo el suficiente para comprar comida para tres años enteros.

Un barco había fondeado en el puerto. Y todo el pueblo acudió a celebrar el encargo: entregaron el dinero al capitán para que, a la vuelta, regresara cargado con aquel alimento que sería su salvación. El hombre aceptó gustoso el encargo y al cabo de unos meses regresó con las bodegas llenas de provisiones que el pueblo descargó y almacenó en las casas del gobernador.

Éste, alborozado al ver tanta comida, quiso quedársela; y anunció que la vendería a un precio determinado. Entonces todo el pueblo se rebeló; mas el gobernador mandó a sus soldados y la gente, amedrentada, volvió a su casa sin hacerles frente.

Excepto un muchacho soltero que organizó una partida de compañeros, todos ellos muy valientes: se enfrentaron a los soldados, les vencieron y echaron al déspota. A partir de entonces se terminó aquella hambruna, porque todo el mundo podía disponer de los alimentos que necesitaba.

9. EL ROBO DEL VINO DE PALMA

Anteriormente el vino de palma era muy codiciado en la isla de Annobón porque resultaba imposible conseguir bebidas extranjeras. Fabricarlo tenía sus peligros: los hombres debían trepar hasta lo alto de las palmeras, quedar suspendidos de sus copas y dejar unas calabazas para que se llenaran del precioso líquido.

Los vinateros de la isla habían acordado que cada día, después de su trabajo, se reunirían para cambiar impresiones. Así lo hacían y un día los que procedían de cierta parte de la isla comentaron que alguien se llevaba el vino de sus calabazas. Decidieron que todos irían aquella misma noche a vigilar la zona: no vieron a nadie pero, tras inspeccionar el lugar, descubrieron unos granos de arroz, un manjar desconocido para ellos.

Intrigados por el hallazgo continuaron la vigilancia. Hasta que una noche empezaron a oír un susurro que poco a poco se convirtió en un gran ruido: al cabo de poco rato un extrañísimo objeto aterrizaba en aquel sitio y bajaban de él unos extranjeros africanos.

Los forasteros hicieron fuego, prepararon su arroz y bajaron las calabazas de las palmeras para beber durante la comida. Al terminar su festín se encontraron rodeados de annoboneses que les atacaron con sus lanzas.

Algunos de ellos pudieron huir, pero la mayoría murió en la refriega. Desde entonces ya no hay personas extrañas en la isla.

SEGUNDA PARTE

**CUENTOS Y RITOS
DE INICIACIÓN**

2.1. CUENTOS DE ANIMALES

2.1.1. *Características y enemistades*

10. EL CULO ROJO DEL MACACO

En la selva ecuatorial hay muchas clases de animales: tranquilos, rabiosos, fuertes... Hubo un tiempo en que todos vivían juntos en un cerco en forma de campamento, bajo la jefatura del leopardo, con una única condición: que aquél que faltara a la ley o que faltara a otro animal sería muerto y devorado por los demás. La tortuga era la encargada de la intendencia; y, a causa de su misión, solía ser la última en acostarse.

Sucedió que una mañana los animales se despertaron con los cuerpos llenos de heces. Se disgustaron mucho, y la mayoría acusaba a la tortuga de ser la culpable de tal desmán. Ella lo negaba rotundamente; y, al cabo, prometió solemnemente que atraparía al responsable de aquel desaguisado, para poder darle su merecido.

Por la noche, antes de acostarse, colocó una cuchilla de afeitar erguida sobre su caparazón: comprendía que, quienquiera que fuese el animal que quisiera defecar sobre los demás, sentiría tentaciones de limpiarse el trasero en su brillante concha; y entonces se llevaría su castigo.

Y así fue como ocurrió: entrada la noche, el macaco se levantó del lugar donde dormía y empezó a hacer sus necesidades encima de los demás animales. A la luz de la luna, vio la concha resplandeciente de la tortuga y se dirigió hacia ella para limpiarse; nada más situarse encima, sintió un profundo corte en las posaderas, por donde empezó a sangrar.

La herida del macaco no se curó. El animal murió desangrado, víctima de la astucia de la tortuga. Su falta fue descubierta y castigada: y por esta razón, desde entonces, todos los macacos tienen el culo rojizo.

11. POR QUÉ LA TORTUGA DE MAR PONE SUS HUEVOS EN LA ARENA

En el mar vivían dos tortugas, un hombre y una mujer. Ella se encontraba a punto de poner huevos y dijo a su marido: «Acompáñame, que ya llega el momento y no quiero ir sola». Efectivamente, la acompañó; y dispusieron los huevos junto a una enorme roca que estaba en el fondo.

Al cabo de tres días regresaron a la roca para llevarse a sus pequeños. Pero había sucedido que otros animales se habían comido los huevos, y no se veían ni las cáscaras. El marido proclamó: «No vuelvas a pedirme que te acompañe, ni a poner los huevos ni a buscar a nuestros hijos; porque ya ves que aquí no hay nada; y debes haber sido tú la que ha dado buena cuenta de nuestros pequeños».

La tortuga, que había escarmentado, cuando tuvo que volver a poner huevos se dirigió a la playa sin comentar nada a su marido; una vez allí hizo un agujero, metió los huevos dentro y regresó al mar. Al cabo de tres días se acercó a la playa y silbó para que sus hijos acudieran junto a ella. Las pequeñas tortuguitas salieron del agujero y empezaron a andar por la playa; pero iban tan despacio que las aves que había por allí las picoteaban salvajemente.

Cuando, por fin, llegaron al agua y se reunieron con su madre, ésta las llevó ante su marido, que dijo: «Veo que has traído a nuestros hijos. Pero a uno le falta una pata, al otro la cola... ¿Qué ha sucedido?». La mujer contó todo lo acontecido, para que el marido tortuga se diera cuenta de que no era ella la que se comía a sus hijos.

Y desde aquel día la tortuga de mar pone sus huevos en la arena.

12. EL PÁJARO BIBÍ

Bibí es el nombre de un pájaro de Annobón que vive en los pueblos, no en la selva. Tiene las plumas negras y rojas, muy bonitas. Un día, un viejo se encaprichó de él y se propuso atraparlo. El pájaro dijo: «Si quieres cogermé, tírame una piedra y podrás atraparme».

El viejo se admiró mucho al ver que aquel pájaro era capaz de hablar, y decidió hacer lo que le había dicho: cogió una piedra y la lanzó con todas sus fuerzas hacia donde se encontraba el ave. Sin embargo, Bibí la esquivó, y la piedra fue a parar a un garrafón de tope que se rompió.

El dueño del garrafón, al darse cuenta de lo que había sucedido, fue a pedir explicaciones al viejo. Estuvieron discutiendo durante mucho tiempo, y el pobre viejo era el hazmerreír de todos los que pasaban por aquel lugar: el pájaro había sido más listo que él.

Desde entonces todo el mundo sabe que Bibí no es un pájaro de la selva, sino de los poblados. Y nadie intenta atraparlo.

13. LA GALLINA Y LA PALOMA

La gallina y la paloma vivían juntas en un pueblo de animales. En cierta ocasión sus padres les mandaron a trabajar a la finca, advirtiéndoles: «No os adentréis en la selva, porque os podríais perder y no sabríais regresar a casa». Las dos aves prometieron que, efectivamente, no irían más allá de la finca.

Pero las dos encontraban la selva tan bonita que, pese a los consejos de sus familias, se adentraron en ella. Y, tal como sus padres habían pronosticado, se perdieron.

Al darse cuenta de que no sabían regresar a su pueblo construyeron una cabaña y vivieron allí durante muchos meses. Hasta que, un buen día, cayó una tromba de agua y sufrieron una tempestad de viento tan fuerte como no recordaban haber visto: su cabaña quedó destruida y ellas fueron arrastradas por el agua hasta el río.

Aquel río pasaba por un pueblo de personas. Y éstas, al verlas tan apuradas, las recogieron del agua y les dieron cobijo y alimento. Se trataba de cacahuetes. Y, como vieron que les gustaban tanto, desde entonces la gallina y la paloma viven entre las personas.

14. EL GALLO Y LA CUCARACHA

El gallo y la cucaracha, que se habían casado, formaban una pareja desigual. El señor Gallo, a lo largo del tiempo, aprendió que su mujer, la señora Cucaracha, no se portaba demasiado bien con él: porque cada tarde, cuando regresaba a casa después del trabajo, ni la casa estaba arreglada ni la comida a punto; y su mujer, tumbada siempre en la cama, afirmaba que no se encontraba bien. De manera que el señor Gallo, a pesar de que regresaba cansado, tenía que tener cuidado tanto de la casa como de la comida.

Hasta que un día decidió comprobar qué había de cierto en todo lo que su mujer le contaba. Se despidió de ella por la mañana y, en lugar de irse a trabajar como de costumbre, se escondió debajo de la cama.

Entonces vio con sorpresa que su mujer se levantaba, acudía al mercado a comprar comida, regresaba a casa para prepararla, se acicalaba con toda clase de cremas, y atendía la visita de un señor Cucaracha al que el señor Gallo no conocía.

Al llegar la tarde, las dos cucarachas se separaron; y ella, la mujer, se metió de nuevo en la cama fingiéndose enferma. Entonces el gallo salió de su escondrijo; y, ante las excusas de costumbre de la mala cucaracha, le contó exactamente todo lo que había visto; y, de un picotazo terrible, acabó con su vida y se la tragó.

Desde aquel momento, los gallos y las gallinas no pueden soportar que las cucarachas se les acerquen.

15. EL GALLO Y LA CUCARACHA

El gallo y la cucaracha vivían en la misma casa. El gallo trabajaba duramente, iba a la finca, traía comida, la cocinaba y la compartía con la cucaracha.

Ésta no hacía nada porque, según decía, se encontraba enferma. Pero, en realidad, cada vez que el gallo se iba a la finca sacaba una guitarra de debajo de la cama y empezaba a cantar:

*He mentido al gallo:
le he dicho que estoy enferma
y enferma no estoy.*

Algunas veces el gallo insistía en que le ayudara. Pero ella se negaba en redondo: su estado de salud no se lo permitía, pese a su buena disposición.

Hasta que un día el gallo, que no acaba de creerse tanta comedia, se quedó escondido junto a la ventana de la casa. Cuando oyó lo que cantaba la mala amiga se enfadó tanto que entró de repente en la casa y se la comió.

Y ahí terminó la amistad entre el gallo y la cucaracha.

16. LA BALLENA Y EL TIBURÓN

Una vez la ballena paseaba por el mar; y el tiburón, a pesar de verse tan pequeño a su lado, tuvo la desfachatez de dirigirse a ella para preguntarle la razón de su enorme tamaño. La ballena le respondió con soberbia: «Yo he sido la primera en existir, la primera, y no puedes dirigirte a mí como si fuera igual que tú».

El tiburón estaba enfadado, y se prometió comer a la ballena: así que, dirigiéndose de nuevo a quien se había burlado de él, le propuso una carrera hasta la superficie. La ballena, engreída, se dirigió rauda hacia la meta; sin advertir que —en Annobón— cuando se divisa el resoplido de una ballena los cayucos salen a arponearla.

Y esto fue lo que sucedió. Los hombres mataron a la ballena; y, al derramarse su sangre, acudieron una multitud de tiburones que hicieron una gran fiesta y se la comieron.

17. EL ESCARABAJO Y LA ARAÑA

Sucedió que un hombre se había casado con dos mujeres y las dos quedaron embarazadas: una de ellas dio a luz a un escarabajo y la otra parió una araña. El padre estaba orgulloso de sus hijos pero se quedó solo: las dos mujeres, al darse cuenta de que habían alumbrado a sendos animales, se marcharon.

El hombre no podía atenderles debidamente: se pasaba el día realizando sus quehaceres y por la noche se metía en la cama muy pronto. El único cuidado que tenía era comprobar que cada día se bañaran para que estuvieran bien limpios.

Un día se dio cuenta de que la araña no estaba tan limpia como el escarabajo y se le quejó. La araña protestó: «No sé cómo puede ser que el escarabajo esté tan limpio; pero debes considerar que me baño todos los días. Éste es mi color natural».

Y es que el escarabajo en lugar de bañarse se echaba aceite y se tumbaba al sol. Así quedaba tan brillante y reluciente que la araña, a su lado, parecía sucia. Pero no quería contarle el secreto a su hermana; y por más que ésta se lo pedía con insistencia, mantenía la boca cerrada.

Hasta que la araña terminó por cansarse de verse vituperada continuamente por su padre: le acechó y, al ver que hacía trampa, le mató y lo chupó.

El padre, al volver a casa, se dio cuenta de que el escarabajo ya no estaba. Y, al ver a la araña llena de sangre, comprendió lo que había pasado y la mató.

Éste es el origen de la enemistad entre la araña y el escarabajo.

18. LA ARAÑA Y EL GUSANO DE SEDA

En un pueblo muy tranquilo vivían la araña y el gusano de seda. Se habían hecho tan amigos que compartían la misma casa y se turnaban para el trabajo: mientras uno se quedaba a hacer los trabajos domésticos, el otro iba a la finca.

Por entonces no se conocía el aceite; y la araña observó que mientras ella cocinaba unos guisos aburridos, el gusano los hacía deliciosos porque fabricaba unas salsas exquisitas. ¿Cómo podía hacerlas sin aceite?

Un día la araña se quedó escondida para intentar descubrir el secreto de su amigo. Vio que ponía la sartén al fuego y que él mismo se metía dentro: como el gusano tiene el cuerpo grasiento, así obtenía el aceite para cocinar.

Al día siguiente ella quiso hacer lo mismo: puso la sartén al fuego y se metió dentro de ella. Pero como la araña no tiene grasa en el cuerpo, se quemó y murió abrasada dentro de la sartén.

Cuando el gusano de seda regresó de la finca lloró amargamente la suerte de su amiga; la amortajó y fue a enterrarla al bosque.

Desde entonces las arañas no son nada amigas del fuego.

19. EL GATO, EL PERRO Y LA PALOMA ¹

Unos hombres que iban a recoger agua al río encontraron al perro que, hambriento como estaba, les pidió algo para comer. Los hombres no llevaban nada pero le prometieron que en caso de encontrar algo le avisarían. Más adelante encontraron al gato que tenía la misma pretensión y recibió idéntica respuesta.

Al llegar al río vieron que la paloma estaba en lo alto de un árbol, feliz de poder vivir en aquel lugar. De regreso al pueblo le dijeron al gato: «Junto a la orilla del río vive una paloma. Si consigues atraparla tendrás buena comida». Y cuando encontraron al perro le hicieron una afirmación similar: «Sabemos una comida succulenta para ti: acércate al río y podrás atrapar a un gato».

El gato se acercó al río, vio a la paloma e intentó convencerla para que bajara del árbol. La paloma no le hacía caso y entonces el gato escribió algo en un papel y lo mostró a la paloma diciendo: «Es un edicto del rey. Ordena que todos los animales seamos amigos. De manera que puedes bajar sin ningún temor».

La paloma, más confiada, empezó a bajar. Pero en aquel momento llegó el perro y empezó a perseguir al gato. La paloma pensó que era muy raro que ahora el gato no utilizara el edicto real para salvar su propia vida, y comprendió que solamente había sido una estratagema para poder comérsela.

Desde aquel día el perro, el gato y la paloma son enemigos y se persiguen el uno al otro.

¹ Obsérvese el parecido de este cuento con la fábula XV, libro segundo, de Jean de La Fontaine, *Le Coq et le Renard*.

20. UNA HISTORIA DE LAGARTOS

En una casa había dos lagartos, un hombre y una mujer. El hombre siempre estaba fuera de casa; y ella pensaba que a lo mejor iba a visitar a otras mujeres. Así que un día decidió enfrentarse con el problema y, ante sus preguntas, él repondió furioso: «El hombre debe estar fuera, y la mujer en casa».

Pero ella no lo veía claro: siempre decía que salía a cazar, pero nunca había traído nada para compartirlo con ella. El marido continuaba furioso: «Lo que pasa es que no quiero que me vean demasiado contigo, porque hay otras mujeres que me cogen el rabo para ser mis amantes y tengo que esquivarlas».

Ella quería comprobarlo, de manera que salieron a la calle; y, nada más pisar fuera, una mujer se les acercó y se dirigió al lagarto: «Eh, hombre, ¿ya no te acuerdas de mí?». Él la miraba de reojo, sin contestar nada; así que aquella mujer prosiguió: «¿No te acuerdas de que el otro día estuvimos juntos en un bar, y me diste un pedazo de carne para que lo compartiera con mis hijos?».

La esposa estaba perpleja: «¡Ah, con que ésas tenemos! ¡Ahora mismo voy a pelearme con esa mujerzuela!». Y echó a correr detrás de ella, hasta que la atrapó y empezaron a pelearse.

El hombre gritó pidiendo que alguien separara a las dos contendientes; pero él no hacía nada, porque temía recibir algún golpe si intentaba poner orden. Tuvo que ser un pobre viejo el que las separara, tras regañar al marido por su pasividad.

Al regresar a casa, la esposa pidió a su marido que le contara quién era la otra mujer. Entonces el marido apretó a correr para no tener que contestar aquella pregunta. Y dicen que todavía hoy no ha vuelto a su casa.

21. LOS TRES CERDOS HAMBRIENTOS

Tres cerdos trabajaban en el palacio del rey. Como éste no les pagaba pasaban tanta hambre que decidieron ir a ganarse la vida a otro lugar. Antes de marcharse, el rey, en recompensa de tantos años de trabajo, les dio un saco de arroz y una gallina.

Decidieron matar a la gallina para prepararla con el arroz; y estaban tan extraordinariamente hambrientos que quisieron buscar un lugar donde ni siquiera una mosca pudiera llevarse un grano de arroz. De manera que se adentraron en el bosque hasta encontrar un rincón donde no se observaba la presencia de ninguna criatura.

Entonces el mayor le pidió al pequeño que fuera a buscar un poco de leña. El cerdito aceptó el encargo mas, temiendo que no fuera más que una estratagema para dejarle sin comer, al andar mantenía la vista hacia atrás; tropezó y se rompió la cabeza contra una piedra.

El cerdo mayor quería comerse a la gallina él solo. Por lo que antes de cortar el cuello del pobre animal cortó el del hermano mediano; y entonces empezó a cocinar, ansioso de dar buena cuenta del ave. Cuando la comida ya estaba en su punto pasó por allí un ratón y en sus patas quedó un granito de arroz.

El cerdo mayor no quería renunciar ni siquiera a eso y persiguió al ratón hasta su agujero. Allí empezó a cavar, hasta que el pozo que hacía resultó ser más profundo que él mismo. Entonces se derrumbó y el hermano mayor quedó allí sepultado y también murió.

Así pues aquella comida tan preciosa quedó en el bosque sin que nadie se la comiera.

22. EL GALLO Y EL REY

Había un gallo muy trabajador: cosechaba trigo, comía lo necesario, vendía lo que le sobraba y ahorra mucho. De manera que, cuando llegó una época de hambre, el rey del pueblo vecino le pidió un préstamo de cien francos.

El gallo se los dejó con orgullo; mas, al ver que no se los devolvía en el tiempo convenido, decidió ir a reclamárselos. Por el camino encontró a un perro salvaje que, al conocer su historia, quiso acompañarle; el gallo se lo tragó y lo llevó en la garganta. Más adelante también el río quiso conocer su historia y, después de oírla, se mostró interesado en ir con él; también se lo tragó y el río viajaba junto con el perro en la garganta del gallo.

Al llegar al palacio del rey éste tenía una visita muy importante, de manera que decidió que el gallo esperara en el corral. El ave, para poder descansar, vomitó al perro y éste se comió a todas las ovejas y cabritos que había por allí.

Los guardias contaron al rey lo sucedido; y éste ordenó que metieran al gallo en el gallinero. Allí volvió a sacar al perro para poder descansar mejor; y éste continuó su carnicería.

El rey estaba desesperado y mandó llamarle: «Tengo una visita muy importante y no sólo no dejas que la atienda debidamente sino que arruinas mi corral y mi gallinero. Confisco, pues, tus cien francos, y ordeno que te metan en prisión». Entonces el gallo, furioso, sacó al río; éste arrasó el pueblo y la mayoría de sus habitantes perecieron ahogados.

El rey huyó despavorido y el galló se quedó a gobernar aquel pueblo.

2.1.2. *La astuta tortuga*

23. EL PERRO Y LA TORTUGA

El perro y la tortuga vivían en el mismo pueblo; y eran tan amigos que siempre se les veía juntos. Pero sus familias eran miserables y se morían de hambre; de manera que tuvieron que preparar unas fincas para poder cultivarlas y sacar provecho de ellas. Con todo, ni siquiera eso les alcanzaba para vivir dignamente.

Una mañanita, cuando se dirigían a trabajar, decidieron pasar por el bosque virgen. Y allí, junto al camino, encontraron un baúl. Llenos de curiosidad, lo abrieron; y observaron con sorpresa que estaba repleto de dinero y de oro. Decidieron esconderlo; y desde entonces cada mañana, en lugar de ir a la finca, acudían a su escondite y retiraban del baúl lo que necesitaban gastar durante el día.

La gente del pueblo estaba sorprendida: sus familias comían cuanto querían, los niños ya no iban descalzos, y nadie comprendía de dónde sacaban tanto dinero.

Pero la tortuga era astuta y avariciosa, y quería quedarse con todo. Una noche se levantó, se dirigió al bosque y cambió el baúl de lugar. De manera que a la mañana siguiente el baúl no apareció. Los dos amigos rompieron en sollozos y regresaron cabizbajos a sus hogares.

El perro, sin embargo, no se resignó. Temía que su amiga le hubiera engañado. Y con el dinero que le quedaba fue a comprarse una sotana, una campanilla y un tambor. Por la noche, vestido con la sotana y haciendo sonar aquellos instrumentos, deambuló cerca de la casa de la tortuga mientras exclamaba con voz hueca: «Aquel que lo vio, así fue. Aquel que lo tocó, que lo devuelva». Y proseguía su paseo a paso de funeral.

La tortuga estaba consternada. Oía el lúgubre lamento y creía que se trataba del mismo Dios, que había bajado del cielo para amedrentarla y castigarla por su fea acción. Así que, en cuanto el perro cesó su representación, se dirigió rápidamente al lugar en que había escondido el baúl; lo cogió y lo dejó cerca del escondite que ambos habían acordado.

Al amanecer, los dos amigos volvieron al bosque para esconder su tesoro. Esta vez no tardaron mucho en recuperarlo. Y el perro, conocedor de las trampas de su amiga, sugirió que se repartieran el oro y el dinero a partes iguales, y que cada cual conservara lo suyo.

A partir de entonces, el perro y la tortuga no tuvieron ningún problema: se habían dado cuenta de que «mientras caminas, no te debes fiar de nadie; ni siquiera de tu propia sombra».

24. LA TORTUGA Y LA BALLENA

Todas las especies marinas vivían en el mismo lugar del océano, y todas gozaban de una vecindad tranquila. Hasta que cierto día la tortuga tuvo la mala idea de enfrentarse a la ballena: «Oye, ballena, ¿cómo es que cuando sientes hambre te comes a las especies menores?».

La ballena estaba de mal humor y se enfadó con la tortuga: «Tengo un estómago y una boca tan grandes que puedo tragar todo lo que me apetezca. Mañana mismo, por ejemplo, te desayunaré a ti y a toda tu familia».

La tortuga, aterrorizada por tan malos augurios, cogió a su familia y bajó a vivir entre las rocas para siempre. Y así fue como consiguió salvarse.

25. EL REY, LA TORTUGA Y EL PERRO

Todos los animales vivían juntos en el mismo pueblo. Y todos vivían miserablemente; excepto el rey, que satisfacía todos sus caprichos y los de su familia acaparando los bienes del pueblo y los del bosque.

Por casualidad, la tortuga había descubierto un sendero secreto que comunicaba con el patio del rey. Agazapada, siguió aquel camino hasta llegar a una finca de árboles frutales: cogió cuantos quiso y regresó a su casa cargada de alimentos para su familia.

Desde entonces, cada día repetía la misma operación. Y la comida le alcanzaba no sólo para los suyos, sino también para su amigo el perro, al que solía invitar. Éste, asombrado al ver que su amiga disponía de tanta comida, le pedía insistentemente que compartiera su secreto con él. Al fin la tortuga accedió a que le acompañara, con una condición: «Si alguna fruta cae encima de tu cuerpo, debes permanecer en silencio para que los soldados del rey no tengan ninguna sospecha».

Aquella misma noche los dos amigos emprendieron su primera expedición, de la que regresaron sin novedad y bien cargados. Al día siguiente, vuelta a la finca; una vez en pleno trabajo, una de las frutas cayó del árbol y dio de lleno en el cuerpo de la tortuga; ésta aguantó el dolor sin rechistar, para que su amigo comprendiera cómo debía comportarse. Durante la tercera noche, una fruta cayó sobre el lomo del perro; éste lanzó un aullido tremendo y echó a correr; al instante los guardianes se lanzaron detrás de él, que logró zafarse de la persecución gracias a su velocidad; mientras tanto la tortuga había podido esconderse entre la hojarasca.

El perro pidió perdón a su amiga. La noche siguiente, sin embargo, la escena se repitió: una fruta cayó encima del perro y éste, aullando con ferocidad, echó a correr. Los guardianes, esta vez, quisieron perseguir a la tortuga. Y, claro está, la atraparon rápidamente y la llevaron ante el rey.

Éste ordenó que le dieran muerte. A lo que la tortuga espetó: «Si me perdonas la vida podrás ver algo extraordinario». La curiosidad del rey venció a su crueldad, y la tortuga se comprometió: «El próximo domingo defecaré ante ti y ante todo el pueblo sin realizar ningún esfuerzo».

Sucedía que, al siguiente domingo, debía llegar un nuevo barco que el rey había comprado. La tortuga hizo coincidir la hora y, mientras todo el pueblo se hallaba reunido para verla, empezó a señalar al nuevo barco que llegaba. Cuando volvieron de nuevo la cabeza hacia la tortuga, ésta ya había defecado y mostraba el resultado de su acción a toda la concurrencia: «¿Os dais cuenta? Sólo yo sé hacerlo sin realizar ningún esfuerzo».

Y obtuvo así su libertad.

26. LA TORTUGA Y EL REY

Un rey que vivía en Mabana con su familia ordenó que ningún hombre se acercara a su pueblo; solamente podían estar allí las mujeres.

La esposa de la tortuga vivía también en Mabana. Y la tortuga sufría mucho por no poder ver a su mujer ni a los hijos que tenían. De manera que pensó que podría ponerse un disfraz. Y, al cabo de unos días, apareció recubierto con una funda de hojas de plátano para no ser reconocido.

Aquella funda pesaba mucho, y su mujer y algunas amigas tuvieron que ayudarle a llegar hasta el pueblo. Una vez en casa, aguardaron a que anoheciera; y entonces la tortuga salió de su funda y pasó la noche con su mujer.

El rey, que tenía espías en todas partes, se enteró de lo ocurrido y mandó prender al malhechor. Y así fue como la tortuga fue condenada a trabajar en el palacio del rey durante muchos años.

Más adelante, el rey prohibió defecar en ningún lugar que estuviera a la vista. La tortuga, que trabajaba en el palacio, aprovechó un paseo del monarca para hacerlo encima de su trono. Cuando el rey se apercebó de lo sucedido montó en cólera. Y las defecaciones sobre el trono real se sucedían cada vez que salía del palacio, sin que nadie pudiera darse cuenta de quién era el responsable de tal desaguisado.

Por fin el rey, decidido a terminar con aquel problema, ordenó que llevaran a todos los sirvientes al río para matarlos. La tortuga, astuta como siempre, sugirió que las cosas se hicieran con orden; y que dispusieran a todos los reos en hilera, junto al río, de menor a mayor estatura.

Los guardianes creyeron que la tortuga tenía razón. Y, como ella era la más bajita, quedó junto a la orilla. Cuando los guardianes empezaron la matanza, ella se deslizó hasta el agua y esquivó el real castigo.

27. LAS TRES PRUEBAS DE LA TORTUGA

Se trataba de un pueblo tan tranquilo que el rey tuvo que inventarse un juego para salir de tanto aburrimiento: «Daré todo lo que me pida a aquel que sea capaz de comerse una marmita de picante sin soplar; que pueda defecar sin que se le aprecie ningún esfuerzo; y que pueda mantenerse bajo el agua durante una hora entera». Las pruebas eran tan difíciles que nadie quiso probar suerte y el aburrimiento continuaba.

Hasta que la tortuga se decidió y se presentó ante el rey para intentar superar la primera prueba. Los guardianes trajeron una marmita llena de picante y la tortuga, después de cada cucharada, preguntaba: «Habéis dicho que no puedo decir bufff, bufff..., ¿no es verdad?». Y el rey asentía, sin darse cuenta de la estratagema.

Convinieron que la segunda prueba se realizaría a la orilla del mar. De manera que la tortuga se colocó sobre una roca y, cuando se disponía a defecar, gritó: «Hapa navi dili dja»¹. El rey miraba hacia el mar, donde su barco no se veía por ningún lado; y la tortuga aprovechaba la ocasión para defecar sin que se le notara esfuerzo alguno.

Entonces la tortuga debía lanzarse al mar para intentar superar la tercera de las pruebas. Miró fijamente al rey y le dijo: «No he visto nunca a un soberano tan tonto como vos, majestad. Presumis de ser el más listo, pero os habéis dejado engañar como un niño».

Sin esperar respuesta, la tortuga se zambulló en el agua. Y todavía no se la ha visto por allí; de manera que debemos suponer que pasó la tercera prueba con éxito notable.

¹ Mira tu barco, majestad.

28. LA TORTUGA Y EL CURA

En un pueblo vivían una tortuga y un cura que eran muy amigos: trabajaban juntos, comían juntos, paseaban juntos... Un día, en uno de sus paseos encontraron un ataúd. La tortuga se alejaba y el cura le advirtió: «Si dentro de este ataúd solamente hay un muerto, lo enterraré y nada más. Pero si hay dinero me lo quedaré todo».

La tortuga no le hizo caso y siguió alejándose. Mientras tanto el cura abrió el ataúd y vio que estaba lleno de monedas de oro. Tal como habían acordado se lo iba a quedar todo; pero pensó que, ya que lo compartía todo con la tortuga, también tenía que repartir con ella su riqueza. De manera que la llamó y la tortuga, al ver tanto oro, pretendió quedarse con la mayor parte; el cura, sin embargo, hizo el reparto de manera que él mismo se quedó con algo más, encerró lo suyo en el propio ataúd y lo enterró frente a su casa.

Cuando la tortuga llegó a su casa con las monedas que le habían tocado su mujer se puso la mar de contenta. Pero ella estaba disgustada porque el cura se había quedado con una parte más grande y aquella misma noche le robó el ataúd. El cura, al darse cuenta, esperó a que volviera a anochecer. Entonces se puso una luz bajo la sotana y, tocando una campanilla, empezó a dar vueltas a la casa de la tortuga mientras gritaba con voz lúgubre:

*Kube kube
odje san xima
jalmax omama
oya mabape
dadalan¹.*

La tortuga se atemorizó tanto que inmediatamente lo devolvió todo. Aunque por la noche siguiente, repuesta del susto, volvió a robarlo y el cura repitió su actuación. Los robos y restituciones se fueron sucediendo hasta que el cura fue a visitar a la tortuga y le dijo: «Habíamos establecido que si dentro del ataúd había dinero me lo quedaría

¹ Eso me lo has cogido tú. Devuélvemelo, ladrón.

todo y aun así lo he repartido contigo. Deberías mostrarte agradecida y, en cambio, sólo pretendes robar mi parte. De ahora en adelante ya no te consideraré mi amiga».

Y dicho esto cogió todas sus cosas y se marchó a un lugar desconocido.

29. LA TORTUGA Y EL DEMONIO

La tortuga y el demonio eran amigos íntimos; este último tenía que vivir en el bosque para no ser reconocido, mientras que su amiga vivía en la ciudad de Pale.

Un día la tortuga se dirigió al bosque con unos amigos, y llegaron al lugar donde el demonio vivía: «Venimos a trabajar: tenemos que preparar tablas para reparar mi casa y solicitamos que nos hospedes». El demonio no podía negarle nada a su amiga, así que no tuvo inconveniente. Al cabo de unos días, cuando hubieron terminado su trabajo y se preparaban para regresar a Pale, el demonio demostró su interés en acompañarles: «Pero no es demasiado prudente porque, con lo feo que soy, la gente se burlará de mí».

La tortuga encontró una solución: podía taparse la cara hasta llegar a su casa, donde su mujer les atendería a la perfección. El diablo estuvo de acuerdo y emprendieron la marcha. Poco antes de llegar a la ciudad se detuvieron en un cruce de caminos. La tortuga dijo: «Espera aquí, amigo, porque voy a avisar a mi mujer para que lo tenga todo listo».

Pero en realidad se dirigió a la plaza y, convocando a todo el pueblo, anunció que iba a traer al mismísimo diablo. Efectivamente: regresó al cruce de caminos y volvió a la ciudad en tan innoble compañía. Al pasar por la plaza, de repente la tortuga destapó la cara del energúmeno y todo el pueblo, con grandes carcajadas, se rió de su fealdad.

Aprovechando el desconcierto general la tortuga se dirigió al río. Hasta allí la siguió el demonio, dolido por la traición de su amiga. Pero ésta, al ver que se acercaba, se echó al agua y desapareció.

30. LA TORTUGA

La tortuga vivía en un pueblo con su mujer y una hija que era adivina. Poseía aves de corral y ganado, pero su esposa no dejaba que comiera nada de carne: la reservaba para el día en que venían sus padres a visitarles.

Sin embargo, los suegros de la tortuga no acudían muy a menudo y nuestra amiga tenía tantas ganas de comer que, aprovechando una extraña enfermedad de su hija, imaginó un ardid. Se dirigió a su mujer y le habló así: «Hoy he estado en una cueva en la que he encontrado a un santo. Le he pedido que curara a nuestra hija y me ha respondido que para eso tienes que llevar un lechón bien cocinado al Santo Cristo de la Pasión, que también suele visitar la misma cueva».

La mujer deseaba que su hija se curara. De manera que degolló al lechón más grande que encontró, lo guisó magníficamente y se dirigió a la cueva: «Santo Cristo de la Pasión, aquí te traigo este lechón para que cures a nuestra hija». Y, dejando el manjar en el suelo, volvió a casa.

La tortuga siguió la escena a escondidas. Y no solamente se zampó el lechón entero, sino que al regresar a casa habló de nuevo con su mujer: «He vuelto a ver al santo, que está muy satisfecho por la ofrenda que le has llevado. Dice que tienes que repetirla tres veces para que nuestra hija se cure». Y la mujer, llena de esperanza, al día siguiente mató otro lechón, lo guisó tan bien como sabía y lo llevó a la cueva, donde la tortuga dio buena cuenta de él.

Entonces la hija tuvo el presentimiento de que su padre la engañaba; y dijo a su madre: «Mañana repites la operación; pero cuando guises el lechón ponle una gran cantidad de picante, a ver qué sucede».

La madre conocía las facultades de adivinación de su hija y le hizo caso. Cuando, al día siguiente, la tortuga se comió el tercer lechón se abrasó, vio cómo el cuerpo se le llenaba de ampollas, y proclamó: «Soy el animal más astuto que existe; pero esta vez me han descubierto».

31. LA TORTUGA PEREZOSA

En Awal vivía la familia tortuga con tres hijos. El padre tortuga era muy holgazán y lo único que hacía era comer. Su mujer le preparaba comidas suculentas y él se las comía sin aportar nada; excepto el *ifoh*, un manjar que aseguraba que no le gustaba.

Un día la madre tortuga dejó preparada una olla de *ifoh* y se fue a la finca con sus hijos. Cuando regresaron a casa observaron que alguien se lo había comido todo y había dejado en la olla algo maloliente. Preguntaron al padre qué había sucedido y él respondió que había estado fuera de casa todo el tiempo; y que, como a él no le gustaba esa clase de comida, tampoco le preocupaba saber quién se la hubiera comido.

La misma escena se repitió durante muchos días. Hasta que el hijo pequeño decidió esconderse para investigar lo que ocurría. Vio que, en cuanto los demás se hubieron marchado, el padre tortuga —pese a haber afirmado tantas veces que el *ifoh* no le gustaba— se lo zampaba sin dejar una migaja. Después defecaba en la misma olla y la cubría con hojas de plátano.

Cuando la madre volvió a casa y advirtió que el desaguisado se había repetido, preguntó otra vez a su marido. Éste, mostrándose enojado, respondió: «¿A mí qué me cuentas? Ya sabes que esa clase de comida no me gusta. Me da igual quién se la coma». Pero entonces el hijo menor salió de su escondrijo y lo contó todo.

El padre tortuga recibió tal paliza que tuvo que echarse al mar. Desde aquel día no ha regresado a Awal; y su mujer y sus hijos pueden vivir sin tener que soportar a un holgazán.

32. LA TORTUGA, LA BALLENA Y EL ELEFANTE

El elefante y la ballena vivían en lugares distintos, pero ambos estaban orgullosos de su tamaño y de su fuerza. La tortuga iba a visitarles a menudo, y siempre apostaba con ellos a que sería capaz de arrastrarles a cualquier sitio que le propusieran. La ballena sonreía y respondía que solamente esperaba a que la tortuga fijara fecha, hora y lugar; y también el elefante parecía dispuesto a aceptar la apuesta.

Por fin la tortuga los citó: lo hizo por separado, sin que el uno supiera que el otro también debería acudir. Al llegar el día, la tortuga se dirigió a la ballena y le pasó una cuerda por la cintura mientras le decía: «Ahora me voy hacia aquella roca; cuando adviertas que la cuerda empieza a tensarse, ya puedes tirar de ella con todas tus fuerzas».

A continuación se dirigió a la costa, donde le aguardaba el elefante. Le pasó por la cintura el otro extremo de la cuerda y le dio las mismas instrucciones. Luego fue hasta la roca: desde allí podía divisar a los dos animales; ellos la veían, pero no podían distinguirse entre sí.

La tortuga cogió la cuerda y pegó un buen tirón. Al instante, tanto el elefante como la ballena empezaron a tirar con todas sus fuerzas. Y lo hicieron con tanto ímpetu que la disputa duró muchas horas, sin que ninguno de los dos sospechara que estaban enfrentándose. La tortuga, encima de la roca, bailaba y se reía a carcajadas.

Por fin, la cuerda se rompió. La tortuga se acercó al lugar donde se encontraba la ballena, postrada y jadeante, que le dijo: «Mientras yo sudaba y luchaba con todas mis fuerzas, tú bailabas sobre la roca y te reías. Eres pequeña, pero me has ganado. De ahora en adelante siempre te respetaré». Y también el elefante, postrado y sudoroso, rindió admiración a la presunta fuerza de la pequeña tortuga y le prometió respeto para toda la vida.

2.2. LA VIEJA SEÑORA

2.2.1 *La anciana ayudante*

33. LA BANANA MÁGICA

Un pescador muy egoísta vivía en un pueblo con su familia. Eran muy pobres y, como él solía pescar muy poco, pasaban hambre y vivían mal.

Un día, al regresar de la pesca, el hombre subió a un cocotero y cortó un coco: éste, al llegar al suelo, empezó a rodar y se metió en un hoyo. El pescador lo fue siguiendo, y al bajar al hoyo se encontró en un sótano donde había una vieja. Ésta escuchó la amarga historia de su familia y, conmovida, le dio una banana mágica: «Te dará todo lo que le pidas. Pero tienes que prometerme que lo compartirás todo con los tuyos».

El hombre así lo prometió. Pero se metió en el bosque y allí pidió a su banana que dispusiera una mesa con toda clase de comida. La banana así lo hizo. Y el hombre, después de hartarse cuanto quiso, la escondió y regresó a casa. Entregó a su mujer lo que había pescado y él, quejándose de un gran dolor de barriga, se metió en la cama.

Durante muchos días las cosas se repitieron de la misma guisa. Hasta que la mujer, desconcertada por la conducta de su marido, pidió a uno de los hijos que le siguiera. El muchacho observó lo que su padre hacía y, regresando a casa, lo contó a su madre.

Entonces la mujer cogió a los hijos y se dirigieron todos al bosque. Cogieron la banana y le pidieron que dispusiera una mesa igual de grande. Cuando hubieron saciado su hambre le ordenaron que les construyera una gran casa donde vivir, con muchos guardianes para impedir que entrara en ella el pescador egoísta.

Cuando éste terminó su trabajo y regresó al bosque, descubrió sorprendido que su banana había desaparecido. Entonces cortó otro coco; y, al llegar al sótano de la vieja y contarle lo sucedido, vio con satisfacción que la anciana le daba otro objeto mágico, un palo, con las mis-

mas instrucciones: «Te dará todo lo que le pidas, pero debes compartirlo con los tuyos».

El pescador, sin embargo, se dirigió de nuevo al bosque. Una vez allí pidió al palo que dispusiera una mesa llena de toda clase de comida. Pero el palo, en lugar de eso, hizo aparecer un ejército de guardianes armados que apalearon al egoísta hasta dejarlo muerto.

34. PAPÁ KENKELE DJABE

Cerca de la costa vivía un pescador llamado Kenkele Djabe, que se había casado con una mujer tonta que no le sabía decir el nombre de los peces que pescaba ni el suyo propio.

Cada tarde, cuando regresaba de la pesca, Kenkele Djabe se sentaba frente a su mujer y, sacando uno a uno los peces que traía, le iba preguntando: «¿Cómo se llama este pescado?». La tonta no conocía ningún nombre y no respondía nada. Y el marido proclamaba: «Si no conoces el nombre de los peces no puedes comértelos. ¿Cómo me llamo yo?». La mujer tampoco respondía y se quedaba sin comer.

Esto ocurría cada día, hasta que en cierta ocasión se presentó una vieja en casa de la mujer y le dijo: «¿Cómo puedes ser tan tonta? Lo que debes hacer es aprender los nombres de todos los peces del mar, y yo te los voy a enseñar: un pescado plano con los ojos en el mismo lado se llama lenguado; otro que parece una serpiente se llama anguila; otro de gran cabeza y dientes afilados es el tiburón...». La vieja le fue enseñando los nombres de todos los pescados, y por la tarde, cuando su marido regresó y le preguntó cuáles eran los peces que traía, los acertó todos.

El hombre estaba sorprendido. Mas, como no quería compartir los peces con su mujer, continuó su interrogatorio habitual: «¿Y cómo me llamo yo?». La vieja no le había enseñado tanto, y la tonta no supo qué cosa responder; de manera que también se quedó sin probar bocado.

Y así fueron pasando los días: la mujer conocía bien los nombres de los peces pero desconocía el del marido. Hasta que la vieja volvió a presentarse en la casa y le comunicó: «Tu marido es el papá Kenkele Djabe».

El hombre, cuando comprobó que su mujer ya sabía contestar a todas sus preguntas, no salía de su asombro. Pero ahora no tenía excusa para dejar a la pobre mujer sin comer, por lo que su enfado era también muy grande: «De ahora en adelante podrás comerte mis pescados. Yo moriré, pero antes tengo que saber quién es el que te ha enseñado todas las respuestas».

La pobre tonta, claro está, no supo responder aquella pregunta

que nadie le había enseñado a contestar. Y el marido, enardecido, fue hasta el bosque y se lo preguntó al árbol llamado abamasak¹; como tampoco contestó a su pregunta, lo cortó con su machete. A continuación se lo preguntó al río, que tampoco supo responderle; el hombre se arrojó a sus aguas, y se salvó de la corriente gracias a su habilidad en el nado.

Por fin se lo preguntó a la hoguera: como tampoco le respondió, se arrojó a ella; y el marido egoísta, incapaz de salvarse del fuego, murió abrasado.

¹ Clase de árbol muy resistente que se utiliza para construir casas.

35. LA MUJER QUE NO TENÍA HIJOS

Dos vecinas se querían mucho. Una de ellas tuvo una niña y, al poco tiempo, se le murió el esposo. La otra, a partir de entonces, las cuidaba a las dos, madre e hija, con todo esmero, y les daba la comida que necesitaban.

Pero su marido se hartó de la situación: él hubiera querido tener algún hijo a quien cuidar, en lugar de tener que ayudar a una vecina cualquiera. Así es que prohibió a su mujer que las continuara visitando para nada.

La esposa quería obedecer al marido, pero su corazón le decía que no debía dejar de ayudar a las vecinas que tanto amaba. Y su marido, al ver que no le hacía caso, cogió una olla que estaba puesta al fuego y se la tiró a la cara, con tan mala fortuna que la pobre mujer quedó ciega.

Desde aquel momento la vecina y su hija, agradecidas por todos los favores que les había hecho, la ayudaron siempre. Y un día la muchacha, que ya había crecido, se encontró con una vieja a la que también ayudó. Esta vieja le dijo: «Si vas a la otra parte de esta montaña, encontrarás una hermosa *sagua-sagua*¹. Prepara una infusión con sus hojas y obtendrás un líquido que cura toda clase de ceguera».

La niña pensó que no le costaba nada probar suerte. Así es que se dirigió a la otra parte de la montaña, cogió la *sagua-sagua* y preparó la infusión. Después llamó a la vecina y, limpiándole los ojos con aquel preparado, la curó inmediatamente.

Las tres mujeres, libres de tan gran preocupación, decidieron abandonar al marido y se dirigieron al bosque. Allí encontraron un jardín grande y hermoso y un palacio con toda suerte de comodidades. También había un apuesto joven que se casó con la muchacha.

La vida, pues, discurrió a partir de entonces con toda clase de felicidad. Mientras que el marido cruel se quedó solo y amargado para el resto de su existencia.

¹ Chirimoya.

36. EL MAESTRO PAPADIENTE

Unos padres querían que su hijo aprendiera más que su maestro. Pero nadie quería comprometerse a enseñar más que lo que él mismo sabía. De manera que se dirigieron al bosque y encontraron a un hombre sentado en un riachuelo: era el maestro Papadiente, que sí se comprometió a satisfacer su deseo. Los padres, satisfechos, le dejaron al niño y regresaron a casa. Y el maestro Papadiente, en cuanto los perdió de vista, lo convirtió en un asno y lo utilizó para el trabajo de sus fincas.

Los padres no sospechaban nada de lo que ocurría. Un día decidieron ir a visitar a su hijo. Al no encontrarle en el bosque, y al ver que el maestro tampoco acudía a sus llamadas, se dirigieron a una casita donde había una vieja que tenía un diente larguísimo, casi de cien metros. La vieja les prometió que una hermana suya que vivía en otra casita podría ayudarles.

Al llegar a la segunda casita encontraron a otra vieja que tenía un dedo del pie larguísimo, casi de cien metros. Escuchó su historia y les anunció que quien podía ayudarles era una tercera hermana que vivía más allá. Los padres se dirigieron a la tercera casita, donde vivía una vieja que veía las cosas desde muy lejos. Y, efectivamente, empezó a mirar por el bosque hasta darse cuenta de lo que sucedía.

Entonces les dijo: «Veo que el maestro Papadiente ha convertido a vuestro hijo en un asno. Voy a dejaros un águila para que os lleve hasta su casa. Una vez allí liberaréis a vuestro hijo y volveréis con el águila. Debéis llevaros este huevo y esta piedra, que os serán de utilidad».

Los padres montaron en el águila; al llegar a la casa del maestro Papadiente vieron al asno y, montándolo también en el gran pájaro, se lo llevaron. Entonces el maestro Papadiente empezó a perseguirles, transformado en vampiro, entre una multitud de murciélagos. El águila se dio cuenta de que les alcanzaría porque llevaba mucho peso; y sugirió que dejaran caer el huevo.

Inmediatamente aparecieron una gran cantidad de nubes que les ocultaban a la vista del maestro; éste regresó a su casa, cogió otro huevo que deshacía aquel embrujo y renovó la persecución. Entonces

los fugitivos dejaron caer la piedra y apareció una gran montaña; el maestro, que no se dio cuenta de su aparición, chocó contra ella y se rompió los huesos.

Regresaron sanos y felices a su pueblo donde, con la ayuda del agua bendita, su hijo recuperó su forma normal. Entonces le dijeron: «¿Qué es lo que has aprendido?». El chico se transformó en un caballo con una cadena en el cuello; y el padre, siguiendo sus instrucciones, lo llevó al mercado, lo vendió y regresó con el dinero y la cadena. Al llegar a casa su hijo volvía a estar allí, porque aquella cadena era su espíritu.

Cada vez que les faltaba dinero repetían la misma operación. Hasta que un día el maestro Papadiante apareció disfrazado por el mercado, compró el caballo y emborrachó al padre para quitarle la cadena. Se llevó al muchacho a su casa y lo convirtió en cerdo; y el chico se escapó tan veloz como pudo, perseguido por su maestro.

Cuando ya estaba a punto de darle alcance, pasó por el bosque el cortejo de la princesa. La hija del rey recogió al cerdo y lo puso en su caballo. El maestro Papadiante comprendió que no podía atacar a la princesa y lanzó una maldición: «Ya que no puedo atraparte, conviértete en el anillo de esta mujer». Y así sucedió. La princesa, al ver lo que ocurría, vio que aquel anillo era un joven encantado, y lo guardó con gran esmero.

Algún tiempo después la princesa enfermó y nadie conseguía curarla. El maestro Papadiante acudió al palacio del rey y con sus embrujos le quitó el mal que tenía. Cuando el rey, agradecido, le ofreció cualquier cosa que deseara, él solicitó el anillo de la princesa. Ésta, disconforme, se lo quitó del dedo y lo arrojó al fuego para salvar a su amigo.

Al instante el maestro se convirtió en gallina y empezó a picotear entre la ceniza, buscándolo. Y entonces el muchacho se convirtió en gato, se comió a la gallina y pudo vivir en paz para siempre, casado con aquella bella mujer que era la hija del rey.

Así pues, el alumno había aprendido más que el maestro.

37. EL AGUA DE LA VIDA

En un pueblo vivía una familia con tres hijos. La madre murió y el padre, enfermo de muerte, reunió a sus hijos y les dijo: «Dejaré la mayor parte de mi fortuna a aquel que consiga traerme el agua de la vida».

Los tres hermanos partieron juntos hasta llegar a un cruce de tres caminos. Allí decidieron separarse y acordaron que, a la vuelta, se esperarían para regresar juntos a la casa paterna. Así, el pequeño tomó el camino de la derecha y al cabo de un rato tropezó con un gigante que, al conocer sus deseos, le dijo: «Para encontrar el agua de la vida debes seguir por ese camino que está lleno de cadáveres: son personas que lo han intentado antes que tú y que yo me he encargado de matar, porque mi misión es impedir que alguien pueda encontrarla. Si quieres seguir vivo, pues, regresa por donde has venido».

El chico era prudente y no se enfrentó al gigante. Dio media vuelta y al cabo de poco encontró a una vieja que, tras pedirle algo de comida y al ver que el muchacho era generoso, le dio una hierba: debería encenderla al encontrar al gigante y éste moriría. En efecto, así sucedió; y el chico emprendió el camino del agua de la vida y caminó y caminó durante años enteros sin dar con ella.

Por fin volvió a encontrar a la anciana que, tras pedirle nuevamente algo de comida y comprobar su generosidad, dijo: «Ya estás muy cerca del lugar que buscas. Sigue un poco más y encontrarás un palacio. Entra en él y hallarás a una chica dormida. Debajo de su almohada se encuentra una botellita llena del agua de la vida. Como vas a necesitar ayuda, te doy este caballo flaco para que no tengas problemas».

La vieja desapareció y el muchacho montó en el caballo y prosiguió su aventura. Llegó al palacio y, al entrar en él y ver a la chica dormida, pensó que su hermosura era tan extraordinaria que le gustaría vivir con ella. Pero era consciente de su misión y, saliendo del palacio, montó en el caballo flaco para regresar a casa.

Había tardado tanto que sonó una de las campanas del palacio; la chica se despertó y, observando lo ocurrido, emprendió una veloz persecución en un caballo volador. Desde lo alto divisó al muchacho y, lanzándole su arma, le mató. Mas al acercarse vio que era muy bello:

dijo unas palabras mágicas y él resucitó y pudo seguir su camino hasta llegar al cruce de caminos.

Allí encontró a sus hermanos y regresaron a la casa de su padre. Entonces el hermano pequeño sacó la botellita con el agua de la vida y el padre sanó y le entregó la mayor parte de su fortuna.

Los otros dos hermanos, envidiosos, querían matarle. La chica, que les había seguido a distancia sin que se hubieran dado cuenta, cogió al muchacho y, volando en su corcel, se lo llevó a su palacio del bosque. Desde entonces viven allí con toda suerte de felicidad.

38. MENAHÍ

En los tiempos más remotos de la isla de Annobón las brujas tenían una costumbre portuguesa: cuando veían que una mujer regresaba de la finca decían: «Todo lo que llevas ahí es de mi propiedad. Yo me lo quedaré». Y se enfrentaban a la mujer, o a cualquiera que intentara ayudarle, causándole heridas atroces, para poder quedarse con todo lo que llevaba.

Menahí era una bruja que vivía en aquellos tiempos de nuestros antepasados. El rey del mar estaba enamorado de ella y hacía tiempo que la proponía en matrimonio. Ella dudaba, hasta que su pretendiente le dijo: «Si accedes a casarte conmigo te daré el poder de curar cualquier herida».

Menahí y el rey del mar se casaron. Y desde aquel momento la mujer fue considerada una bruja muy buena: porque cuando los demás brujos y brujas herían a alguien para robarle, ella acudía siempre y con su poder le curaba milagrosamente.

39. EL GUAPO Y EL FEO

Dos mujeres que eran muy amigas tenían caracteres absolutamente opuestos: mientras que una era generosa y simpática, la otra era desconfiada y avariciosa. Ambas dieron a luz a dos muchachos varones: la mujer buena tuvo un hijo muy feo y la mala lo tuvo guapo y hermoso.

Con el paso del tiempo se vio que también su manera de ser era opuesta y poco acorde con su físico: mientras que el feo se comportaba con nobleza y honradez, el guapo era torpe, perezoso y descortés.

Los dos muchachos iban juntos a pescar; y, en el momento del reparto, el feo era objeto de las trampas más burdas; pese a lo cual callaba y permanecía fiel a su amigo.

En cierta ocasión vieron a un viejo que se encontraba frente a un precipicio. El guapo se dispuso a ver un espectáculo escalofriante; pero el feo, haciendo gala de su buen corazón, acompañó al anciano por el buen camino, lo llevó hasta su casa, le fue a buscar un montón de leña y le preparó la comida. El pobre viejo se sentía agradecido y desde aquel día fueron buenos amigos.

Días más tarde se propagó una excelente noticia: la muchacha más hermosa del lugar quería contraer matrimonio con el chico más guapo que se le presentara. El guapo ya se veía casado con la joven; mientras que al feo, consciente de su físico, ni siquiera se le ocurrió que pudiera presentarse a ella.

Aquella noche se lo comentó al viejo; y éste, deseoso de ayudarle, le dijo: «En la otra parte del pueblo encontrarás un árbol rojo; y detrás de ese árbol verás tres ríos. Báñate en el tercero de ellos, a ver qué puede suceder». Él lo hizo tal como el viejo le aconsejó; y nada más salir del baño vio —reflejado en el agua— al más hermoso joven que pueda imaginarse. Al darse la vuelta y no observar la presencia de ninguna otra persona, se dio cuenta de que él mismo se había transformado en aquel joven apuesto.

Entonces el guapo temió por su fortuna. Y como su amigo continuaba siendo tan bueno como siempre, no tuvo inconveniente en indicarle cómo había conseguido cambiar su aspecto. De manera que el guapo se dirigió al árbol rojo; pero, como era muy perezoso, no esperó

a encontrar el tercer río y se metió en el primero. Al instante quedó transformado en una persona fea y repugnante.

Así pues, el feo se convirtió en guapo y el guapo en feo. A partir de entonces el aspecto físico de cada uno estuvo de acuerdo con su personalidad. Y la chica, lógicamente, escogió como marido al guapo que había sido feo; y fueron muy felices.

2.2.2 *La vieja legañosa*

40. MAGUTÍN Y LA VIEJA

En un pueblo vivía una chica muy hermosa que se llamaba Magutín. Era buena y amable; y después de realizar el trabajo de su casa acudía a buscar agua para una vecina suya, muy vieja y con los ojos llenos de unas asquerosas legañas de las que supuraba mucha porquería.

La vieja estaba agradecida de la ayuda que la bella Magutín le prestaba. Y a partir de un cierto momento empezó a pedirle que le lamiera las legañas. Magutín quería complacerla; pero cada vez que acercaba su cara a la de la vieja, unas terribles náuseas le provocaban los vómitos más dolorosos.

La vieja insistía e insistía, prometiéndole una importante recompensa si su deseo se cumplía. Por fin Magutín sacó fuerzas de flaqueza, se inclinó sobre la vieja y empezó a lamérselas. Al instante empezó a manar leche de los ojos de la anciana, al tiempo que depositaba en las manos de la chica un anillo mágico que, según dijo, le proporcionaría todo lo que deseara.

Mientras tanto, el rey de aquel lugar estaba triste: su mujer la reina había enfermado, y ninguna de las medicinas que habían probado surtía efecto. La reina empeoraba de día en día; y el rey decidió mandar a su hijo por todo el reino, para que viera de encontrar alguna otra medicina más efectiva.

Así fue como el apuesto príncipe llegó al pueblo de Magutín. Al ver a aquella chica tan bella, quedó prendado de su hermosura. Y, acercándose a ella, le contó su historia. Magutín entró en su casa y pidió al anillo mágico una medicina eficaz para la reina; pero, como no apareció nada, temió que el poder del anillo no fuera cierto. Salió de la casa y se despidió del príncipe, que continuó su camino.

Sin embargo, cuando Magutín regresaba a su hogar vio que en el jardín había una planta nueva, que jamás había visto, con la flor más hermosa que uno pueda imaginarse. La muchacha guardó algunas hojas de aquella planta en su bolsillo; y, dirigiéndose a su anillo, le ordenó que la llevara a la cocina del palacio del rey.

Una vez allí sacó sus hojas, preparó una infusión con ellas y la llevó a la habitación donde la reina se hallaba postrada. La infusión surtió efecto en el acto y el rey, al ver a su esposa curada, ofreció a Magutín la mano de su hijo el príncipe. Se casaron, vivieron muy felices y tuvieron muchos hijos.

Por eso, en la isla de Annobón, cuando alguna mujer titubea ante algún ofrecimiento, las personas que la rodean suelen decir: «Lame, Magutín, no dejes pasar esta oportunidad».

41. LA NIÑA Y LOS GIGANTES

A una niña pequeña le pusieron una cadena para que la librara de los malos espíritus. Un día se acercó a un lago que había en el otro lado del pueblo a recoger agua, y la cadena se le cayó.

Inmediatamente aparecieron cinco gigantes que se la llevaron a su cueva. Allí la cuidaron con esmero y la alimentaron bien hasta que se puso muy gorda.

Una mañana los gigantes se fueron de la cueva; y entonces apareció una vieja con los ojos cubiertos de legañas. Se dirigió a la niña prometiéndole que le haría saber algo muy importante si se las lamía. La niña sólo se las quería limpiar, sin tener que pasar la lengua por aquellas legañas tan asquerosas. Pero la vieja insistió tanto que al fin la complació.

Le dijo: «Has de saber que los gigantes te han tratado tan bien para que, una vez así de gorda, te puedan comer. Huye, pues; y si ves que ellos te persiguen, deja en el suelo la tapa de esta olla que te doy».

La vieja desapareció y la niña emprendió la huida. Cuando los gigantes regresaron a la cueva y comprobaron que su alimento había desaparecido, iniciaron una rápida persecución. La niña, al ver que la atraparían, dejó la tapa de la olla en el suelo; al instante empezó a salir de allí una música tan bonita que los gigantes se pararon a escucharla y a bailar. Pero iban bailando hacia atrás, retrocediendo hacia su cueva.

La niña aprovechó la oportunidad para llegar hasta su pueblo sana y salva. Y jamás volvió a perder su cadena protectora.

42. LA HUÉRFANA QUE QUERÍA UNA MADRE

Una pequeña huérfanita necesitaba tanto una madre que pedía insistentemente a su padre que se casara con la vecina. El padre le advirtió que a lo mejor aquella mujer la trataría mal; pero aun así la huérfanita continuó insistiendo hasta que se celebró la boda.

La madrastra tenía un hijo al que trataba maravillosamente. Y la pobre huérfanita pronto recibió el peor trato, las tareas más pesadas y los golpes más frecuentes. Incluso un día aquella mujer la mandó a buscar hojas a un bosque donde había un gigante.

Por el camino encontró a una vieja con unas asquerosísimas legañas. La anciana se le acercó y le suplicó que se las lamiera; y que, si satisfacía su deseo, le contaría algo muy importante. La pequeña se ofreció a limpiárselas con un pañuelo, a lo que la mujer siguió insistiendo en que debía lamerlas con la lengua. Cuando la niña accedió por fin, observó que las legañas supurientas se transformaban en leche.

La vieja dijo: «Cuando entres en el bosque encontrarás un gigante. Debes tener en cuenta que si tiene los ojos abiertos está durmiendo profundamente; si los tiene cerrados, en cambio, vete con mucho cuidado porque lo estará observando todo».

La pequeña se adentró en el bosque y encontró al gigante. Tenía los ojos bien abiertos, de manera que la niña recogió las hojas que le habían encargado y regresó a casa. La madrastra, al ver que su plan había fallado, a la mañana siguiente volvió a mandarla al mismo bosque a por hojas.

La muchacha quiso hablar con su padre, pero éste replicó: «Ya te había advertido que las cosas podían ir mal. Ahora debes obedecer a tu madrastra».

La pequeña emprendió el camino del bosque; y de nuevo encontró a la vieja legañososa que, una vez limpia de sus legañas, le repitió la advertencia. Sin embargo, la niña no le hizo caso: pese a que el gigante tenía los ojos cerrados, intentó recoger las hojas que debía llevar a su casa.

Entonces el gigante se la llevó dentro del bosque y, una vez allí, la trató con mucha delicadeza y la alimentó hasta que quedó bien gorda.

Parece ser que la intención del gigante era comérsela. Pero resultó que tenía un hijo que se había enamorado perdidamente de nuestra muchacha. Como se trataba de un chico muy dulce y amable, ella accedió a la boda: se casaron y vivieron muy felices junto con el gigante mayor.

43. EL CHICO QUE QUERÍA SER RICO

Una vez un chico oyó que los ancianos comentaban lo siguiente: «Si alguno de nuestros muchachos fuera una temporada a otro pueblo, volvería rico». Él quería serlo, así que decidió irse del pueblo a buscar fortuna. Después de pasarse muchos días andando, encontró un río. Se acercó a él para beber agua, y en el momento de agacharse alguien le llamó: volvió la cabeza y vio a una mujer muy vieja con los ojos llenos de legañas. Ella le dijo: «Yo soy la dueña de este río. No bebas su agua, porque no tendrás buen camino. Lo que debes hacer es limpiarme las legañas con tu lengua».

El muchacho quería ayudar a la vieja, pero aquellas legañas le causaban una gran repugnancia. Se ofreció a limpiárselas con un pañuelo limpio, pero ella rehusó. Entonces el joven montó en cólera; y pese a la insistencia y las advertencias de la vieja, bebió agua de aquel río y prosiguió su camino hasta llegar a un pueblo desconocido.

Encontró trabajo en casa de un mercader. Al cabo de un mes el hombre hizo inventario de su tienda y advirtió que le faltaban mercancías y dinero. Como allí sólo trabajaba el muchacho, le acusó delante del tribunal; y en lugar de pagarle su salario le metió en la cárcel. El pobre chico era inocente, pero sus proclamas no sirvieron de nada: dio con sus huesos en la prisión del pueblo y allí vivió miserablemente hasta que un día, aprovechando que le habían llevado a trabajar al bosque, se escapó y emprendió el camino de regreso a su pueblo natal. Mientras caminaba por el bosque volvió a encontrar a la vieja, que le dio una segunda oportunidad: «Pero sólo tendrás buen camino si me lames las legañas y no bebas el agua de este río». Esta vez el muchacho complació a la anciana sin rechistar: le lamió las legañas hasta que tuvo los ojos limpios y regresó al pueblo del mercader, que volvió a aceptarlo a su servicio. Siguiendo los consejos de la vieja, cada vez que el dueño salía de la tienda el chico cantaba tres veces esta canción:

*Fiole fiole
amandjingria mandjangra
fiole fiole*¹

¹ Fórmula mágica carente de significado.

Al cabo de un mes el mercader hizo inventario de la tienda; y, al encontrar que tenía mucho más de lo debido, se mostró agradecido con el muchacho: le pagó el salario de aquel mes y el de la otra vez, y le ofreció una buena recompensa.

El muchacho regresó al pueblo rico y todos celebraron su hazaña.

44. LA HUÉRFANA QUE SE QUEDÓ SIN NADA

Una familia muy rica tenía una hija. Los padres murieron y la gente del pueblo se aprovechó de la circunstancia: uno decía que los fallecidos le habían prometido los muebles en herencia, otro la casa, otro el dinero... la pobre huérfana se vio reducida a la miseria, y entonces la echaron del pueblo y tuvo que vivir en el bosque, comiendo frutos silvestres.

Hasta que un día, en un claro del bosque, divisó una casucha. Entró en ella y observó que estaba habitada por una vieja que tenía los ojos llenos de pus. Al darse cuenta de que tenía una visita, la vieja le suplicó que le lamiera los ojos. La muchacha dijo que aquel pus era repugnante; pero que, como quería ayudarla, podía limpiarle los ojos con unas hojas.

Sin embargo la anciana siguió insistiendo; hasta que la niña accedió a su deseo y, pasándole la lengua por los ojos, sintió un gusto muy dulce. La vieja, agradecida, le dijo: «Ya sé que eras una niña rica y te han convertido en una huérfana pobre. Pero yo te ayudaré: sigue por este camino hasta que encuentres otra casita; verás que allí hay una maleta vieja y otra maleta nueva; sin hacer caso de lo que nadie te diga, coge la vieja y tráela aquí».

La muchacha hizo todo lo que la vieja le había dicho. Y, al regresar a la casucha del bosque, la anciana desapareció dejándola sola con su maleta. Entonces la abrió y comprobó que estaba vacía. Mas de pronto salió un chispazo de allí dentro y apareció un magnífico jinete, hermoso y apuesto, montado en un caballo blanco: «Llevaba mucho tiempo aguardando este momento. ¿Quieres venir conmigo?».

La joven aceptó el ofrecimiento de aquel hombre, que la llevó hasta su pueblo. Allí se casaron, fueron felices y vivieron en la abundancia.

2.2.3 *La vieja malvada*

45. LA ESPOSA DESOBEDIENTE

En un pueblo vivía una vieja que era experta en el arte de la brujería. Su hijo, harto de la mala fama de su madre, decidió poner tierra por medio; y un día abandonó casa y familia para ir a vivir a San Antonio de Palé.

Allí ganaba algún dinero haciendo pequeños trabajos que le encargaban. Y allí conoció a una mujer que quiso casarse con él. Tuvieron varios hijos, y él nunca explicaba nada de su vida anterior. Por eso su esposa sentía una gran curiosidad y le preguntaba constantemente. Hasta que un día le contó la historia de su madre y le prohibió que fuera a visitarla por ningún motivo.

La mujer prometió que así lo haría. Pero su corazón seguía expectante de curiosidad. De manera que aprovechó una ocasión en que su marido fue a pasar unos días a San Pedro con el fin de salir pescando, para dirigirse al pueblo donde vivía la bruja.

Al llegar allí, la abuela se encontraba en la finca. Así es que se dispusieron a esperarla. Cuando llegó la vieja, con la excusa de darles de comer les hizo entrar en la cocina. Y, llamándoles aparte uno por uno, les iba echando a una gran olla dispuesta en el fuego para la ocasión.

Cuando el marido regresó a la casa de San Antonio y la encontró vacía, temió lo que durante tanto tiempo había intentado evitar. Se dirigió a su pueblo e imploró, llorando, a su madre. Pero ya no había nada que hacer: la mujer y los hijos habían sucumbido a los hechizos de la bruja. La curiosidad y la desobediencia les habían llevado a la muerte.

2.3. CUENTOS DE GIGANTES, MONSTRUOS Y OGROS

2.3.1 *El engullimiento*

46. LA HISTORIA DE AFIYU-KITYI

En un pueblo de la isla llamado Agandji vivía una familia que, poco a poco, quedó reducida a la abuela y a su nieto Afiyu-Kityi. No es que los demás murieran a causa de alguna enfermedad, sino que había un monstruo que los iba devorando, especialmente a los que iban a buscar agua del mar para preparar el *ja-zugu-zugu*¹.

Un día, Afiyu-Kityi se dirigió a la playa: quería coger agua del mar. Y, efectivamente, el monstruo se dirigió hacia él al instante; pero era un chico tan pequeño que apenas se le veía, de manera que optó por atraparle cantando una melodía:

*Afiyu-Kityi ya; Afiyu-Kityi
bi pen ku bôh.*

Que significa: «Afiyu-Kityi, ven que te comeré». A lo que respondía el muchacho:

*Ih memu fa pe mbi plawa de se bo ke
fa pe mbi bo kuh mu, naa menke bi.*

Que significa: «No, mi madre me ha mandado traer agua salada y dices que vaya ahí para que me comas; no iré». Y regresó a casa, donde contó lo sucedido.

Su abuela le prohibió que volviera a aquella playa. Pero él, lleno de valor, cogió una navajita y se dirigió al lugar donde se hallaba el monstruo. Nada más llegar se situó frente a él. Y el monstruo lo engulló en un momento y se dirigió a la cueva para hacer la digestión.

¹ Clase de comida annobonesa que suele prepararse al atardecer.

Pero, en lugar de poder hacerla con tranquilidad, empezó a sentir grandes molestias en el estómago, cada vez más agudas, que le obligaron a salir de la cueva gimiendo, gritando y pidiendo socorro.

Y es que Afiyu-Kityi, una vez dentro del estómago del monstruo, había sacado su navajita para cortarle las tripas. Al cabo de un rato el monstruo cayó al suelo, muerto. Y Afiyu-Kityi, contento y feliz por haber terminado con aquella pesadilla, regresó a casa de su abuela.

47. LA MUJER QUE TENÍA SIETE HIJOS Y EL PÁJARO GIGANTE

Una buena mujer había enviudado antes de dar a luz a su séptimo hijo. Tenía que sacarlos a todos adelante, de manera que cultivaba la tierra con la ayuda de los hijos mayores.

Un día se dirigía a la finca con su primer hijo. En mitad del bosque se posó ante ellos un pájaro gigante, que vomitó a sus pies y exigió: «Quiero que tu madre se coma mi vómito asqueroso». El muchacho no quería que su madre se viera obligada a realizar algo tan repugnante; pero el pájaro amenazó con tragárselo y el chico cedió: la mujer se tragó el vómito y después pudieron seguir su camino, trabajar en la finca y regresar a casa, donde no contaron nada de lo sucedido.

Al día siguiente la mujer fue a la finca con su segundo hijo, y les ocurrió lo mismo; e igual suerte corrió cuando la acompañaron el tercero, y luego el cuarto, el quinto y el sexto.

Hasta que un día la acompañó el pequeñito, armado con un cuchillo. Al llegar al bosque y encontrar al pajarraco con las mismas pretensiones, el muchacho se negó en redondo: «Mi madre no va a tragar semejante porquería». Y, al persistir en su actitud, el pájaro se lo tragó entero.

La mujer regresó a casa y contó lo sucedido. Todos creían que el pequeño no aparecería nunca más. Pero en el estómago del pájaro gigante ocurría algo extraordinario: el muchacho encontró allí un anillo mágico; se lo quiso guardar en el bolsillo y, al meter la mano para dejar allí el anillo, se apercibió de la presencia de su cuchillo. Inmediatamente empezó a cortar el estómago del animal; que, al cabo de un rato, caía al suelo fulminado.

El muchacho regresó a casa, donde fue recibido con gran alborozo. Mostró el anillo a su madre; y desde entonces vivieron con toda clase de comodidades, porque aquel anillo les concedía todo lo que le pedían.

2.3.2 *El rapto*

48. LA PRINCESA Y EL MONSTRUO

En un pueblo vivía un hombre casado con dos mujeres. Cada una de ellas tuvo un hijo; y los niños eran tan parecidos que nadie podía saber cuál era el hijo de una y cuál el de otra.

Una de las dos mujeres murió. Y la otra cuidaba a los dos muchachos con ecuanimidad. Aun así, tenía ganas de saber cuál de los dos era su hijo; y decidió acudir a un curandero para solucionar su problema. El curandero le dijo: «Pon un hilo negro al pie de la escalera de tu casa. Cuando vuelvan los chicos, aquel que no te salude será tu hijo».

Así lo hizo. Y desde aquel momento empezó a cuidar magníficamente al hijo propio y a discriminar al ajeno. Éste, cansado de aquel trato vejatorio, decidió irse de casa. Así que llamó a su hermano y le dijo: «Voy a irme, pero dejaré mi cuchillo clavado en este árbol para que te ayude: si alguna vez cambia de posición, significará que te acecha algún peligro». Una vez hecho esto, se fue para no volver.

Al llegar al río encontró a un viejo que le sugirió que se acercara al siguiente pueblo: había allí un monstruo llamado Esganx que había raptado a la hija del rey para comérsela, por lo que su padre había prometido la mano de la princesa a quien la liberara.

El muchacho se dirigió al bosque donde vivía Esganx y lo mató, salvando a la hija del rey. Ya era de noche, y los dos jóvenes se dispusieron a dormir; antes, el chico cortó una oreja y la lengua del monstruo y se las metió en el bolsillo.

Por la noche otro chico se acercó al bosque; raptó a la muchacha y se dirigió al palacio del rey proclamando su heroísmo y reclamando su recompensa. Cuando la boda estaba ya a punto de llevarse a cabo, se presentó nuestro muchacho llevando consigo la lengua y la oreja de Esganx como prueba de su valor.

Entonces expulsaron al impostor, y se celebró la boda con el auténtico libertador de la princesa. Los dos fueron muy felices y tuvieron muchos hijos.

49. EL MUCHACHO Y LA PRINCESA

En un pueblo vivía un rey que daba grandes fiestas e invitaba a ellas a todos sus súbditos. Por esta razón le querían mucho y le deseaban toda clase de prosperidad junto con su esposa, la reina, y su hija, la princesa.

Un día, mientras celebraban una de aquellas fiestas en medio del pueblo, el cielo se oscureció como si fuera a llover. Y a lo lejos apareció volando un monstruo, que era un gigante, que raptó a la princesa y se la llevó. El rey prometió la mano de su hija al que la liberara, y todos los jóvenes del pueblo emprendieron la persecución.

Uno de ellos, que era de familia muy pobre, se pasó años enteros buscando a la bella princesa sin hallar rastro de ella. Por fin, un día en que erraba por un bosque lejano, se encontró con una vieja que le pidió un poco de agua. El muchacho no se hizo rogar y la anciana, agradecida, se dirigió a él con estas palabras:

«Sé muy bien lo que estás buscando y voy a ayudarte: cuando salgas de este bosque encontrarás un cruce de cuatro caminos. Toma el de la derecha y al cabo de un rato verás una casita iluminada: allí está la princesa que buscas. Como estará sola, no tendrás ningún problema para llevártela. Pero el gigante, cuando se dé cuenta, os perseguirá. Por eso te doy un huevo, una piedrecita y una espina: si ves que el gigante os alcanza, arroja el huevo y aparecerá un lago; si el gigante puede cruzarlo y os continúa persiguiendo, arroja la piedrecita y aparecerá una gran montaña; si persiste en la persecución, arroja la espina y aparecerá un bosque espinoso. Si ninguna de estas soluciones le conviene para que os deje en paz, pelea con él y mátalos».

El chico cogió lo que la vieja le ofrecía y cumplió todo lo que le había dicho: encontró la casa del gigante, liberó a la princesa y emprendieron la huida. Poco después el gigante regresaba a casa y, al darse cuenta de lo acontecido, emprendió una veloz persecución.

Ya estaba a punto de dar alcance a aquellos osados jóvenes cuando, sin saber cómo, apareció un lago en su camino: nadó y nadó hasta llegar, ya muy cansado, a la otra orilla. Pero debía continuar la persecución para recuperar a la princesa, y continuó su marcha.

De nuevo tenía a los fugitivos al alcance de su mano. Y, de pronto,

apareció una montaña altísima que tuvo que superar. Cuando, sacando fuerzas de flaqueza, continuó la persecución en pos de los jóvenes, un bosque espinoso se interpuso en su marcha. De manera que, al lograr cruzarlo, estaba exhausto.

El muchacho, por tanto, había hecho un buen uso de los regalos de la anciana. Y, al ver al gigante tan agotado, se dirigió a él con una espada en la mano y le cortó el cuello de un golpe certero.

El buen rey cumplió su palabra y le concedió la mano de su hija. Ambos vivieron muchos años y fueron tan felices como en los cuentos.

50. LAS TRES AMIGAS Y EL GIGANTE

Tres amigas eran tan presumidas que no querían bañarse con las demás y lo hacían solas, río arriba. Dejaban sus toallas en una roca y se zambullían en el agua.

Un día un gigante cogió la toalla de la más pequeña y se escondió, esperando a que salieran del agua. La pequeña sollozaba por la pérdida de su toalla cuando el gigante salió de su escondrijo diciendo: «Aquí la tengo. Si quieres recuperarla tendrás que seguirme». Las otras dos amigas salieron despavoridas: mientras que el gigante, mirando a la pequeña y retrocediendo, la hizo llegar a su guarida, un lugar alejado y tenebroso.

Allí la trató bien, aunque no la dejaba salir para nada: «Por estos alrededores viven otros gigantes; y ellos sí te comerían si observasen tu presencia». Al cabo de un tiempo tuvieron un hijo; pero, aun así, la chica estaba decidida a intentar escapar de aquella prisión.

Su oportunidad se presentó en cierta ocasión en que el gigante había ido a merodear a un lugar desconocido. Temerosa de que efectivamente aquel lugar estuviera habitado por más gigantes, llegó hasta la costa. Al cabo de un rato pasó un cayuco y la muchacha le hizo señales. La embarcación se acercó y, después de que la chica contara su situación, la recogió y empezó a adentrarse en el mar.

En aquel momento el gigante regresaba. Y, al darse cuenta de la situación, cogió a su hijo en brazos y empezó a gritar desde la orilla: «¿Es que vas a abandonar a tu hijo?». El cayuquero advirtió a la muchacha: «No vuelvas la vista atrás, porque tu corazón de madre te traicionaría».

La chica no hizo caso de las razones del gigante. Y así pudo regresar a su pueblo, donde los suyos la recibieron como una bendición.

51. TRES HERMANOS

Eran tres hermanos que vivían solos con su madre, que ya era muy anciana. Acordaron que debían casarse para tener a alguien que les cuidara. Y así, un día, el hermano mayor partió de casa en busca de esposa.

Caminó y caminó durante mucho tiempo, hasta que llegó al río A Bobo. Junto a la orilla había una hermosa casa donde vivía una bruja llamada Makus. Al ver llegar al muchacho dijo: «¿Es que no sabes que toda esta zona está prohibida?». E inmediatamente el cielo se oscureció y un enorme monstruo cogió al hermano mayor y, burlándose de él, lo mantuvo raptado en lo alto de una enorme montaña.

Al cabo de mucho tiempo el hermano mediano también quiso ir a buscar esposa. Tomó la misma dirección que el mayor y, al llegar junto al río A Bobo, le sucedió lo mismo: al conjuro de Makus, el monstruo lo raptó y lo encerró con su hermano.

Le tocaba el turno al más pequeño: al ver el poco éxito que habían tenido sus dos hermanos mayores, partió en dirección opuesta. Llegó a un pueblo lejano donde, al no conocerle, le encerraron en la cárcel. Pero pronto se dieron cuenta de su bondad y, liberándole de la prisión, le dieron trabajo y afecto.

El rey de aquel pueblo conversaba a menudo con él; y le cogió tanto cariño que, al fin, le propuso que se casara con su hija. El muchacho accedió; y una vez celebrada la boda pidió al rey que enviara a sus soldados a luchar contra el monstruo. Éste fue vencido y los hermanos liberados.

Después hizo llamar a su madre. Y todos juntos vivieron muy felices para siempre jamás.

52. LA MUJER QUE DIO A LUZ A UN MONO

En el pueblo de Awal vivía un matrimonio que tenía dos hijos, un varón y una chica. Ésta, cuando empezó a crecer, quiso ir a conocer la ciudad de Pale. Se dirigió allí y observó con sorpresa que aquella gente siempre estaba contenta. Regresó a casa entusiasmada por su pequeña aventura y desde aquel día siempre iba a la ciudad a divertirse.

Cada vez que regresaba a casa se sentaba junto a una roca en mitad del camino. Un día la esperó allí un mono que le pidió algo para comer. Ella se lo dio y desde entonces el mono la esperaba cada día y se hicieron muy amigos. Así es que cada vez regresaba a casa más tarde.

El hermano mayor sospechó que algo sucedía. Y una mañana la siguió a escondidas y observó sorprendido que, a la vuelta, jugaba con aquel primate y hacía el amor con él. Contó a sus padres todo lo que había visto y éstos dijeron: «Si tu hermana queda encinta y da a luz a un mono, mátanos a los dos y échala de casa».

No pasó mucho tiempo antes de que la muchacha quedara embarazada. Cuando le llegó el momento se encerró en una habitación para dar a luz, pero no pudo ocultar que había alumbrado a un pequeño mono. El padre se dirigió a la parte posterior de la casa y cavó dos hoyos; el hermano, tomando una escopeta, dio muerte a los dos ancianos, les dio sepultura y echó a su hermana de la casa paterna.

La pobre joven se dirigió al bosque. Allí la encontró un monstruo que la raptó y la mantuvo en su cueva, engordándola para poder comérsela. El hermano, mientras tanto, se sentía mal por haber arremetido contra la muchacha y salió a buscarla: se dirigió al bosque, y una vez allí, fue capturado por el mismo monstruo y llevado a la misma cueva.

La chica le perdonó de todo corazón. Y, aprovechando un descuido del monstruo, el muchacho sacó una navaja afiladísima que llevaba escondida, se la clavó en el corazón y le mató. Los dos hermanos huyeron de aquel lugar y en adelante vivieron juntos y felices.

2.3.3 *La derrota del gigante*

53. LA PEQUEÑA FLAUTA

Cerca de un pueblo merodeaba un gigante que de cuando en cuando se comía a una persona. La gente del pueblo estaba aterrorizada y procuraba no acercarse mucho a Akabubu, lugar donde el gigante vivía. Las mujeres cultivaban sus fincas lo más lejos posible; y a causa del temor que sentían permanecían en ellas lo menos que podían.

Un día, una mujer de aquel pueblo se llevó a su hijo a la finca para no estar sola. Al llegar allí le explicó la historia del gigante y le suplicó que tuviera los ojos bien abiertos. El niño, cuando su madre empezó el trabajo, se hizo una flauta y empezó a tocar.

Al regresar a casa se dieron cuenta de que habían olvidado la flauta. La madre ordenó que esperara hasta el día siguiente, pero el hijo desobedeció: se dirigió a la finca, recuperó su flauta y empezó a tocarla mientras regresaba.

El gigante se cruzó con él en el camino. Y el chico, lejos de amedrentarse, inició una canción que se llamaba *Okulen fola bubu*. El gigante estaba estupefacto y la música de aquella flauta le atraía tanto que empezó a seguir al muchacho.

Los dos entraron juntos en el pueblo. La gente salió de sus casas y, al ver al gigante absorto en la música, fueron a buscar sus armas y le rodearon. Al oír el griterío se dio cuenta de lo que sucedía e intentó regresar a su guarida.

Pero ya era demasiado tarde. La gente se abalanzó sobre él y lo mató sin piedad. Gracias a la música, a la flauta y al muchacho, la tranquilidad volvió a reinar en aquel pueblo.

54. EL CAZADOR

Había un pueblo en el que vivía una mujer con su marido, que era cazador. Éste tenía tres perros muy feroces; pero no se los llevaba nunca a cazar, sino que los dejaba atados en casa.

También dejaba siempre una olla en el fuego, y decía a su mujer: «Esta olla me la regaló mi abuelo y siempre tiene que estar puesta al fuego. El agua siempre tiene que hervir. Si alguna vez observas que se transforma en sangre, significa que estoy en grave peligro: entonces debes soltar a los perros para que acudan en mi ayuda». La mujer prometía que cumpliría sus deseos y el hombre marchaba a la caza dejando a los perros atados.

Y sucedió que un día el agua de la olla empezó a transformarse en sangre. La mujer se apercebó de ello; pero en vez de soltar a los perros los ató con cadenas. La sangre empezaba a derramarse de la olla y los perros ladraban furiosos e intentaban soltarse con todas sus fuerzas.

Por fin uno de los perros consiguió romper la cadena. Y acudió raudo, siguiendo la pista de su amo, hasta la entrada de una cueva que estaba habitada por gigantes. Parece ser que allí el hombre había disparado a una de las ovejas que los gigantes cuidaban, y éstos le habían dado muerte. El perro, rabioso, se enfrentó a los gigantes y consiguió matarles.

La mujer, mientras tanto, se había dado cuenta de su error. Soltó a los otros perros y les fue siguiendo. Al llegar a la entrada de la cueva recogió el cadáver de su esposo para llevárselo a casa. Y en aquel momento aparecieron unos monstruos que eran vecinos de los gigantes.

Los monstruos, al ver a sus amigos muertos, creyeron que era la mujer la que los había matado. Se abalanzaron sobre ella y le dieron una muerte horrible.

55. EL CAZADOR VALIENTE

En un lejano país vivía una mujer viuda con su hijo. Éste era un buen cazador y gracias a su esfuerzo en el bosque podían sobrevivir sin pasar hambre.

En cierta ocasión el joven cazador, apostado en el bosque, pudo encarar su escopeta a un enorme gato. Cuando éste se dio cuenta se dirigió a él y le habló de esta manera: «Aunque me veas en forma de gato, debes creer que en realidad soy una persona. Sucede que la mujer de Esganx, una bruja muy perversa, me ha transformado la apariencia. Siempre hace lo mismo con las personas que se acercan a su pueblo, para que Esganx pueda estar tranquilo sin que nadie se enfrente a él».

El muchacho era muy valiente. Por eso, en lugar de atemorizarse, pidió al gato que le condujera hasta aquel pueblo maldito. Al entrar allí se dio cuenta de que había un extraño silencio. No se oía ni siquiera el cacareo de una gallina. Por fin, oyó que alguien le llamaba: «¡Pst, pst!».

Nuestro joven cazador volvió la vista y vio a una vieja que le invitaba a entrar en su casa. Una vez sentado alrededor del fuego le contó que en aquel pueblo vivían Esganx y su mujer, la bruja, que cada día se comían a un par de personas.

El chico no se inmutó. Continuó en la casa de la vieja hasta el regreso del gigante. Y, luchando con él bravamente, le mató. Desde entonces es el rey de aquel pueblo.

56. EL MUCHACHO QUE NO PODÍA BAÑARSE

En un pueblo de la isla de Annobón vivía un matrimonio de pescadores que no tenían hijos. Ella solía ir sola, cuando el marido estaba pescando, a un lugar llamado Palia donde podía conseguirse sal: había allí unos pozos de agua salada; y, cuando la marea se retiraba, el sol evaporaba el agua depositándose la sal.

Pero además de la sal también podía encontrarse allí a un monstruo que, por pura maldad, solía comerse a las mujeres que encontraba. La mujer del pescador, que estaba embarazada, se tropezó un día con él. Aterrorizada ante la perspectiva de la muerte, suplicó: «Si me perdonas la vida te daré cualquier cosa que me pidas».

El monstruo aprovechó la ocasión: «Recuerda que has dicho “cualquier cosa que me pidas”. Pues bien: ya que estás embarazada, tienes que prometerme que me entregarás a tu hijo en cuanto nazca. Si no lo haces así, cuando se acerque al mar acabaré con él». La mujer se mostró de acuerdo y el monstruo la dejó tranquila.

Sin embargo, el hijo que dio a luz era tan hermoso que de ninguna manera quiso regalárselo al monstruo para que lo devorara. Y, a medida que el niño iba creciendo, se extrañaba más y más de que su madre le prohibiera la única diversión que existe entre los pueblos pescadores: bañarse en el mar.

Su madre, pues, tuvo que contarle su infortunada historia. Y el chico decidió que, ya que no podía acercarse al mar, iría a la selva. Y cogiendo su equipaje se dispuso a atravesar la isla hasta el pueblo de Awal.

Por el camino encontró a unas hormigas que se peleaban por una semilla de dátil: el muchacho la cortó en dos pedazos y ellas, agradecidas, le regalaron un anillo con el que podría convertirse en hormiga cuando lo deseara. Más adelante encontró a unos perros que se peleaban por un hueso: también lo partió y, agradecidos, le dieron otro anillo que le permitiría convertirse en perro. Luego encontró a dos gigantes que se peleaban por un pedazo de carne: el chico lo partió y los gigantes le dieron un tercer anillo que le permitiría convertirse en uno de ellos.

Por fin llegó al pueblo de Awal. Y, sorprendido, comprobó que no

había más que una casa suspendida del cielo. Subió por una escalera y encontró a una hermosa muchacha que le dijo: «El monstruo de las salinas viene cada tres días al pueblo. Por eso la gente ha huido; solamente quedo yo, porque ese monstruo no puede subir a mi casa cuando retiro la escalera».

El muchacho, al saber que se trataba del monstruo que quería devorarlo, pidió a la chica que preparara dos comidas: una buena y otra llena de piedras, agujas y cuantas cosas pudieran dañar al estómago. Y le advirtió: «Verás que se pelean el monstruo y un gigante; cuando éste te pida comida, dále la buena; si te la pide el monstruo, ofrécele la otra».

Al cabo de tres días el monstruo se presentó en Awal. Nuestro muchacho, tocando el anillo que los gigantes le habían regalado, se convirtió en uno de ellos y empezó una terrible lucha con el monstruo. Agotado por el esfuerzo, el gigante se acercó a la muchacha y le pidió comida. Ella, tal como habían acordado, le entregó la buena.

Entonces el monstruo también quiso comer. La chica le dio la comida mala y poco después aquel ser malvado moría entre atroces dolores.

Los dos jóvenes se casaron y vivieron felices y contentos.

57. LOS GIGANTES HAMBRIENTOS

El rey de un pueblo ordenó que todas las familias acumularan los víveres que pudieran y no salieran de casa: hacía tiempo que unos gigantes, hambrientos, bajaban al pueblo y comían al que encontraban para saciar su hambre.

Una de las familias era muy pobre y terminó bien pronto sus alimentos. Entonces el padre, pese a las protestas de su mujer, salió a pescar. Pasaron horas y horas y el hombre no regresaba. De manera que el hijo decidió ir en su ayuda. Nuevamente las protestas de la mujer fueron vanas, porque el muchacho se dirigió a la playa sin hacerle caso. Una vez allí se metió en un cayuco y se puso a dormir, esperando la llegada de su progenitor.

Poco después los gigantes bajaron a la playa; y al darse cuenta de que en uno de los cayucos se encontraba un chico tan tierno, cogieron el cayuco y se lo pusieron sobre sus cabezas. De regreso a su cueva iban cantando:

*Xacundu xacundu
ope bang bang*¹.

Y estaban muy contentos. Los cantos y los gritos despertaron al joven, que enseguida se dio cuenta de su situación. Sin perder la calma esperó a que pasaran por debajo de un árbol y, entonces, se cogió de las ramas quedándose allí. Cuando los gigantes advirtieron que el muchacho había volado, dieron la vuelta hasta encontrarle subido a un árbol.

El chico no quería bajar de ninguna manera. Pero les pidió que abrieran bien la boca y les fue echando frutas desde lo alto. Cuando el hambre de los gigantes estuvo saciada se pusieron a dormir; entonces el joven bajó del árbol y, con un cuchillo bien afilado, les cortó el cuello y les sacó el corazón y los pulmones; lo metió todo dentro de un saco y regresó al pueblo.

Fue en busca del rey y le mostró lo que traía dentro del saco. El rey llamó a la gente y todos se dirigieron al lugar del bosque donde se

¹ Juego de palabras sin traducción posible.

hallaban los restos de los gigantes que durante tanto tiempo les habían atemorizado.

Cuando, por fin, el padre del muchacho regresó de la pesca, vio con sorpresa que el rey compartía el reino con su hijo; y se sintió enormemente feliz, porque pensó que nunca más volverían a pasar hambre.

58. EL OGR0 QUE SE COMÍA A LA GENTE

La gente que vivía en el pueblo de San Pedro estaba aterrorizada: un ogro les amenazaba constantemente y se comía a los que salían al bosque. Por eso habían decidido cultivar las fincas detrás mismo de las casas. Eran unas fincas pequeñas y en el pueblo se pasaba mucha hambre.

Una noche oyeron una voz cavernosa que decía: «Ya no tenéis que tener miedo. El ogro que os atemorizaba ha muerto. Podéis ir al bosque con tranquilidad». Alborozados, a la mañana siguiente se dirigieron a rehacer sus fincas. Pero en mitad del camino aquel ogro volvió a aparecer y se comió a cinco de ellos.

De cuando en cuando la voz se repetía. Y los habitantes de San Pedro iban engordando al ogro con su credulidad. Hasta que un niño de siete años decidió investigar qué pasaba: se ocultó bajo unas matas y esperó a que llegara el propietario de aquella voz, que resultó ser el mismo ogro: cada vez que sentía hambre se acercaba al pueblo y efectuaba el engaño.

El niño pidió a los mayores que a la entrada del pueblo hicieran un gran hoyo con una trampa. Cuando el ogro regresó a repetir el engaño cayó en ella; y a la mañana siguiente todos los habitantes del pueblo acudieron allí con piedras y con flechas para darle muerte.

Gracias a aquel niño pequeño la tranquilidad retornó a la gente.

59. EL GIGANTE Y EL VIEJO

Hubo una época en que un pueblo muy tranquilo fue presa del terror: cuando los mayores habían salido a pescar o a la finca y sólo quedaban los niños y los enfermos, venía un gigante y cada día se llevaba a algunos de ellos. Hasta que el pueblo se quedó sin niños porque se los había llevado a todos, incluso al hijo del rey.

Éste hizo una proclama: «Al que sea capaz de encontrar a mi hijo le daré la mitad de mis riquezas». Y a partir de aquel momento todos los hombres y mujeres del pueblo se adentraron en el bosque para buscar la guarida de aquel miserable.

Buscaron durante días y días y nadie la encontró. Hasta que un pobre viejo, merodeando en lo más profundo de la espesura, oyó esta canción:

*Mañana me comeré a un niño
su padre no sabe su nombre
su nombre es Berberino.*

El viejo se mantuvo al acecho y observó que se trataba del malvado gigante: tenía a su alrededor muchos cadáveres de niños y se aprestaba a dar cuenta de algunos más. Entonces regresó al pueblo donde se organizó una gran partida de hombres armados: se dirigieron a la guarida del gigante y entre todos consiguieron vencerle y rescatar a los niños, entre los que se encontraba el hijo del rey.

El monarca cumplió su palabra y concedió la mitad de sus riquezas al viejo, que desde entonces pudo vivir sin trabajar.

60. LA TORTUGA Y EL GIGANTE

En un pueblo había un rey que era muy querido por todos porque era muy bueno. También vivían allí la tortuga y su esposa, que, como los demás habitantes del lugar, gozaban de la protección del rey.

Un día llegó al pueblo un gigante terrible, que atemorizaba a todo el mundo y se comía a los que intentaban enfrentársele. El rey mandó muchas veces a sus soldados a combatirle; pero jamás lograban vencerle, y el gigante se los iba comiendo. De manera que el rey estaba desolado.

Entonces la tortuga se presentó ante el rey para ofrecerle sus servicios: «Yo solucionaré tu problema y traeré al gigante atado para que puedas matarlo. A cambio deseo que me prometas la mitad del reino». El rey accedió gustoso, puesto que deseaba el bienestar del pueblo; y la tortuga se dirigió al bosque cercano, donde el gigante terrible aguardaba a sus nuevas víctimas.

Se acercó a él sin ninguna clase de miedo y le hizo la siguiente proposición: «Me atarás las patas con esta cuerda que he traído; si logro sacármela ataré tus piernas con un alambre; si no consigues des-embarrassarte de tus ligaduras, te habré vencido y todo el mundo sabrá que soy más fuerte que tú».

El gigante, complacido por un desafío que no parecía difícil de superar, lo aceptó sin darse cuenta de que la cuerda que había traído la tortuga estaba podrida. Así es que ésta no tuvo ninguna dificultad en deshacerse de las ataduras que el gigante le hizo. En cambio, cuando los alambres de la tortuga sujetaron las piernas del gigante con gran fuerza, éste no pudo librarse de ellos por más que lo intentó.

La tortuga cogió un buen garrote y, pegándole constantemente, le llevó ante el rey para que éste pudiera matarle. El rey le metió en una gran jaula; y concedió la mitad del reino a la tortuga, tal como había prometido.

Sucedió, sin embargo, que un día los hijos del rey empezaron a jugar cerca de la jaula del gigante. Y la pelota, accidentalmente, fue a parar dentro de la jaula. Como los pequeños sabían dónde se guardaba la llave, abrieron la puerta para recuperar su juguete; y el gigante aprovechó la ocasión para escaparse.

Furioso y lleno de rabia, merodeó por todo el pueblo buscando a la tortuga para vengarse de ella. Al llegar a la playa vio que allí estaba, con su esposa. Pero las dos tortugas, al darse cuenta de su presencia, se metieron en el agua y nadaron mar adentro.

Los esfuerzos del gigante resultaron baldíos. Y, al ver que no podría vengarse de su enemiga, subió a lo alto de un barranco y se precipitó al vacío. De esta manera el pueblo recuperó su tranquilidad.

61. LA TORTUGA Y EL DRAGÓN

En un pueblo vivía la tortuga con su familia. Un dragón merodeaba por aquellos contornos y nuestra amiga decidió enfrentársele: se acercó al lugar donde vivía, comiendo tambarinos; y el dragón, que estaba hambriento, le pidió unos cuantos; al ver que la tortuga iba en son de paz, le propuso que jugaran juntos.

La tortuga aceptó: cogió unas cuerdas de banano que había traído, se ató con ellas y, simulando una gran fuerza, se desató. El dragón también quería demostrar su poderío, por lo que pidió a la tortuga que le atara; ésta así lo hizo, pero esta vez con unos alambres; de manera que el dragón no pudo desatarse y la tortuga le llevó ante el rey, que lo enjauló.

Al cabo de un tiempo, el dragón prometió al rey que jamás volvería a practicar la maldad. El rey ordenó que lo soltaran. Y el dragón, que no podía sacarse de la cabeza la mala jugada que la tortuga le había hecho, fue a buscarla y le anunció que se la iba a comer.

La tortuga le dijo: «Ya sabes que nosotras olemos muy mal cuando nos cocinan. Espera un momento a que me limpie y luego me haces lo que te plazca».

El dragón aceptó y la tortuga se deslizó hasta lo más profundo de un pozo; pero su enemigo la había seguido y vigilaba aquel pozo día y noche. Por fin la tortuga, al ver que su estratagema no daba resultado, salió del pozo y le anunció: «La carne de tortuga está muy dura, y tendré que hervir durante mucho tiempo. Deja que suba a este árbol: te iré echando leña, y tú la recoges. Así tendrás suficiente fuego para una cocción tan larga».

El dragón estuvo de acuerdo. La tortuga empezó a cortar ramas y a echárselas abajo. Hasta que una de las veces se cogió de la rama que caía. El dragón no se dio cuenta de que la tortuga estaba en el suelo y siguió esperando a que cayera la rama siguiente. Mientras tanto la tortuga se escondió entre los helechos e inició una huida temerosa. Empezó a llover y se refugió bajo una roca que estaba situada junto a un acantilado.

El dragón, molesto por la lluvia y por la espera, temió que su presa se hubiera escapado y se aprestó a seguirla. Cuando la encontró bajo la

roca, le ordenó que le siguiera hasta su casa. La tortuga, en lugar de obedecerle, indicó: «Date cuenta de que esta roca puede causar daño a alguien. Empújala y luego te seguiré». El dragón empezó a empujarla y la tortuga, echándose desde lo alto, cayó al mar; y, burlándose de la ingenuidad de aquel dragón, nadó hasta que estuvo en lugar seguro y fuera de su alcance.

Su astucia le había salvado la vida.

62. HANDUMAT

En un pueblo muy tranquilo vivía un hombre que desarrolló una extraña propiedad: su pene era tan largo que, a la distancia de un kilómetro, cogía todo lo que encontraba y se lo comía. Por eso la gente le llamaba Handumat. Con el tiempo se aficionó a comerse a hombres y mujeres; perseguido, pudo refugiarse en las montañas del sureste y por aquellos parajes sembraba el terror en cuantos se acercaban a menos de ese kilómetro que él dominaba.

Un hombre y una mujer que vivían en una casita cercana estaban aterrorizados: debían ir al pueblo a efectuar unas compras y no querían que Handumat les atrapara y se los comiera. ¿Cómo librarse de él? La mujer concibió un plan ante el cual el esposo mostró admiración: él iría por el mar, en cayuco, y ella acudiría al encuentro de Handumat; cuando el maleante quisiera atraparla, gritaría y el marido se acercaría a la costa para recogerla.

Yendo al pueblo, Handumat no apareció por ningún lado. Sin embargo, a la vuelta, la mujer lo vio sentado junto a una palmera. Cuando el malvado se dio cuenta de su presencia y ya se dirigía a ella para atraparla, le dijo: «No te alarmes, Handumat: eres tan maravilloso que he venido a pasar un buen rato contigo. Pero antes de que estemos juntos sube al cocotero y echa todos los cocos que puedas a este camino cuya pendiente va al mar: es que estoy tan cansada de andar que, antes que nada, debo reponer mis fuerzas».

Handumat estaba excitado por la perspectiva de estar con aquella mujer. Así es que subió rápidamente al cocotero y empezó a tirar los cocos al camino. La mujer los iba recogiendo y cada vez se acercaba más a la costa; hasta que, una vez allí, llamó a su marido y embarcó en el cayuco ante el desespero de Handumat.

El hombre extraordinario, el malvado, el maleante, estaba tan rabioso que, cogiendo uno de los cocos más grandes que quedaban en el suelo, se reventó los testículos y cayó muerto.

Desde entonces se puede ir con toda tranquilidad a las montañas del sureste.

63. LOS GIGANTES MALVADOS

Aquel pueblo había sido tranquilo y alegre. Pero desde hacía algún tiempo había cambiado mucho: nadie se atrevía a salir de su casa, ni siquiera para ir a la finca, porque los gigantes atacaban y se comían a todo el que encontraban.

Una mujer muy tozuda quiso ir a visitar a su hijo, que vivía en Pale. Su marido le rogó que no saliera para nada; pero ella metió comida en una bolsa y emprendió el camino.

Al llegar a Jada, lugar donde todos los caminantes encuentran reposo, se sentó para descansar un rato. Entonces llegaron los gigantes y ella, aterrorizada, les entregó la comida que traía en la bolsa.

Pero no era aquélla la comida que los gigantes deseaban. Y así uno empezó a comerle una mano, el otro un pie, el otro la cara... y la mujer, que no había sabido comportarse con prudencia, murió entre horribles dolores, devorada por aquellos monstruos.

2.4. OTROS CUENTOS MARAVILLOSOS

64. PAXIKU

Paxiku era un muchacho que vivía con su padre. Estaban solos en el pueblo; y, como no tenían ni material ni utensilios para trabajar, comían frutos y semillas como los animales.

Un día, Paxiku se adentró en el bosque y solamente pudo conseguir unos frutos muy pequeños; su padre no había encontrado nada y aquellos frutos sabían muy mal, de manera que los tiraron detrás de la casa.

Y sucedió que en aquel lugar empezaron a crecer unos árboles, que al poco tiempo eran altísimos y corpulentos. Paxiku, intrigado, trepó por uno de ellos: era tan alto que tardó horas y horas hasta que, ya en lo alto de la copa, vio la entrada de una cueva.

Entró en ella y la encontró llena de tesoros. Cuando ya había bajado una parte, llegaron unos gigantes, treparon al árbol y limpiaron la cueva.

Con el dinero que había recogido antes de la llegada de los intrusos, Paxiku puso remedio a su precaria situación: compró una buena casa en un pueblo grande y vivieron allí muy felices.

65. LOS TRES HERMANOS

En un pueblo donde la comida escaseaba, vivían tres hermanos: Ebeme, Oja y Pipi.

Ebeme se fue de casa para encontrar trabajo y dejar de ser una carga para la familia. Cuando llevaba cuatro días de camino encontró un riachuelo y, dejando la bolsa en el suelo, se agachó para beber agua. Le pareció oír una voz: miró por todos lados y, al no ver a nadie, recogió la bolsa para proseguir su camino. Al reemprender la marcha observó que, a cada paso que daba, la voz sonaba de nuevo.

Entonces vio a un viejo que se interesó por el motivo de su viaje. Ebeme le contó su situación, y el viejo le aconsejó: «Sigue por este camino hasta que encuentres un palacio; en él hallarás el trabajo que buscas». Y, efectivamente, las instrucciones del viejo resultaron correctas: encontró el palacio, llamó a la puerta, y le encargaron que cuidara del jardín, de los animales y de la casa.

Ebeme estuvo trabajando sin cobrar durante todo un año. Al cabo de este tiempo anunció a su amo que deseaba regresar a casa. El dueño del palacio no tenía dinero; pero le ofreció un pañuelo que, según dijo, le proporcionaría todo lo que deseara. Ebeme se despidió y partió hacia su pueblo.

Cuando ya llevaba cuatro días andando vio la cabaña de unos viejos; se acercó a ella y solicitó que le acogieran durante aquella noche. Como los viejos no tenían nada que ofrecerle, Ebeme sacó el pañuelo y le ordenó que hiciera aparecer una mesa llena de toda suerte de manjares. El pañuelo cumplió su cometido; y los tres comensales se hartaron tanto como quisieron y se fueron a dormir. En mitad de la noche los viejos cogieron el pañuelo mágico de Ebeme y se lo cambiaron por otro que era exactamente igual.

A la mañana siguiente, Ebeme continuó su camino y llegó hasta su pueblo, donde sus padres y hermanos le recibieron con júbilo. Él estaba orgulloso de lo que había ganado y llamó a todo el pueblo para observarlo. Cuando toda la gente estaba reunida, se dirigió al pañuelo ordenándole que hiciera aparecer una gran mesa con comida suficiente para todos. El pañuelo, para vergüenza del pobre chico, no sacó más que animales feroces que pusieron en peligro a todos los invitados.

Pasó el tiempo y Oja, el segundo de los hermanos, anunció que se iba a buscar trabajo. Hizo el mismo recorrido que Ebeme, encontró al mismo viejo, se dirigió al mismo palacio, trabajó durante el mismo tiempo y regresó de la misma manera: porque también aquellos dos viejos se quedaron con su pañuelo; y, al querer demostrar a todo el pueblo lo que había ganado, también quedó en ridículo.

Pipi crecía y crecía. Cuando se hizo mayor siguió los pasos de sus dos hermanos hasta aquel palacio maravilloso donde, al cabo de un año de trabajo, recibió como paga un tercer pañuelo. Pipi emprendió el regreso y, al cabo de cuatro días, paró en la casa de los dos viejos. Por la noche, sin embargo, en lugar de dormirse se mantuvo al acecho. Y cuando se disponían a robarle el pañuelo, se levantó de la cama, se arrojó sobre los viejos y les obligó a devolverle los pañuelos de sus hermanos.

Pipi volvió a casa con los tres pañuelos. No convocó al pueblo, porque ya nadie se fiaba de sus afirmaciones. Así que, una vez en casa, contó a sus hermanos lo sucedido y les devolvió los pañuelos que les habían robado. Allí mismo celebraron un gran festín. Y jamás volvieron a pasar hambre.

66. LOS FRUTOS Y LA CADENA

Una pobre viuda iba cada día a pescar cangrejos para poder alimentar a su hija. Cuando ésta fue un poco mayor la llevaba consigo al río; y la pequeña observaba que siempre aparecía un palo que las seguía a todas partes. Su mamá no la creía; pero, cuando se convenció de que la niña decía la verdad, pensó que si el palo las seguía debía tratarse de algún hechizo; así que decidió cogerlo y plantarlo frente a su casa.

El palo crecía y daba hojas; pero los pájaros se las comían inmediatamente. Así que la buena mujer fue a casa de una vecina rica y le suplicó que le dejara un cubo viejo para poder plantarlo y meterlo dentro de la casa. El palo siguió creciendo y dando hojas; y, como ahora los pájaros ya no podían comérselas, al cabo empezó a dar frutos; unos frutos que nadie había visto nunca y que nadie sabía para qué podían servir. Mucho tiempo después llegaron a aquel pueblo unos forasteros. Al ver aquellos frutos se dirigieron a la mujer y le dijeron: «Hace muchos años que andamos buscando esta clase de frutos. Si usted nos los quiere vender, le daremos todo el dinero que nos pida y cada año volveremos a comprárselos». La buena mujer recibió dinero para vivir bien todo un año; y un año después los forasteros volvieron y le compraron nuevamente aquellos frutos.

Entonces la vecina rica, que quería que nadie más que ella misma tuviera mucho dinero, le dijo: «Gracias a que te dejé el cubo cuando no tenías dinero para comprarlo, te has hecho tan rica como yo. Ahora debes devolverme ese cubo, porque soy su dueña legítima». La mujer se negó porque la planta estaba tan enraizada que para quitarla del cubo había que cortarla. La vecina rica se quejó a las autoridades y éstas, después de examinar el caso, ordenaron que la planta fuera cortada y el cubo devuelto a su dueña primitiva.

Cuando, al año siguiente, los forasteros volvieron al pueblo, se compadecieron de la mujer y le dieron una bella cadena de oro para su hija: pero nadie más que la niña debía llevarla. Cuando, días más tarde, iba a celebrarse una fiesta, la vecina le pidió que le dejara aquella bellísima cadena para su propia hija; y la mujer, después de que la otra insistiera tanto, se la prestó.

Mas, al terminar la fiesta, aquella joya no podía salir del cuello de

la hija de la vecina. Así es que la mujer fue a reclamar a las autoridades: «Si ella hizo cortar mi planta para recuperar lo que era suyo, ahora será justo que yo pida lo mismo». Las autoridades atendieron su deseo y ordenaron que se cortara el cuello de la niña. De esta manera la cadena volvió a su dueña legítima.

67. TRES HERMANOS Y UNA GALLINA

Un hombre que tenía tres hijos era tan pobre que tenía que robar para darles de comer y por eso le llamaban *umalum*¹. Tenía un vecino rico y un día le robó una gallina. Él insistía para que su mujer la matara, pero ésta no quería hacerlo.

¿A qué se debía el extraño comportamiento de la esposa? Pues resulta que ésta tenía un amante que era muy amigo del propietario de la gallina y sabía que era una ave prodigiosa que podía conceder algunos dones: el que se le comiera el hígado tendría un montón de dinero; el que se le comiera la cabeza obtendría una lluvia de monedas cada vez que se peinara; y el que se le comiera el corazón lo sabría todo. Por eso aquel amante, que quería apropiarse de estos dones, insistía en que la mujer se divorciara para compartirlos.

Finalmente ésta lo hizo así. Y, ya divorciada, se llevó a sus hijos y a la gallina a la casa de su nuevo marido. Éste ordenó que, mientras iba a visitar a unos amigos, mataran a la gallina. Efectivamente la mataron; pero tenían tanta hambre que, sin esperar el regreso del esposo, se la comieron: al primer hijo le tocó el hígado, al segundo la cabeza y al tercero el corazón.

Cuando el hombre volvió a casa y se encontró con aquel desaguizado pretendió matar a los tres chiquillos. Pero ahora el tercero lo sabía todo y advirtió a sus hermanos. Los tres huyeron al bosque. Entonces el tercer hermano supo que aquel hombre estaba maltratando a su madre; regresaron los tres y le pegaron tal paliza que lo dejaron muerto.

La madre, enfurecida al darse cuenta de que habían matado al hombre que amaba, cogió al sabelotodo y lo estranguló. Los otros dos hermanos huyeron al instante y, lejos de aquel pueblo, compartieron sus riquezas y su felicidad. Mientras que la madre se quedaba sola, sin marido y sin hijos.

¹ Mano larga.

68. EL PERRO Y LA PRINCESA

La mujer del rey y una vecina suya quedaron embarazadas y dieron a luz el mismo día: la reina tuvo una hermosa niña y la vecina dio a luz a un perro. Como no podía matarlo, ya que al fin y al cabo se trataba de su hijo, lo crió y lo cuidó como si fuera una persona.

La princesa iba creciendo y solamente quería jugar con aquel perro. Le colmaba de regalos y pretendía estar con él a todas horas. Hasta tal punto llegó su devoción por el animal que, cuando tuvo la edad de casarse, rechazó a todos los pretendientes y anunció que solamente se casaría con el perro de la vecina.

Los reyes estaban desconcertados; pero la insistencia de su hija les hizo ceder y empezaron los preparativos para la boda. Durante la víspera de la celebración la princesa y el perro se quedaron a solas y del cuerpo de este último salió una especie de rayo que le transformó en un joven apuesto y hermosísimo. Pasaron la noche juntos y, a la salida del sol, el joven tomó de nuevo su apariencia perruna.

La ceremonia se desarrollaba sin novedad. Cuando llegó el momento de consentir en el matrimonio, de nuevo aquel rayo salió del cuerpo del animal y apareció a los ojos de todos la figura deslumbrante del hermoso joven. Desde aquel momento todos envidiaron la suerte de la princesa y los nuevos esposos vivieron con toda clase de felicidad.

69. EL COCO SECO

Tres hermanos emprendieron camino a la casa del rey para pedir trabajo. El más pequeño era un coco seco que iba rodando hacia el palacio. El rey los aceptó a todos y les dio trabajo en su misma casa.

Las tres hijas del rey estaban en edad de casarse y los tres hermanos se habían enamorado de ellas. El mayor pidió al rey la mano de su primera hija, y el monarca respondió que debía chapear una gran finca en un solo día; el mayor no pudo realizar tanto trabajo y el rey le concedió una segunda oportunidad: debía chapear una gran finca en una sola noche; esta vez el pequeño coco le ayudó y, como el trabajo estuvo listo a tiempo, pudo casarse con la princesa.

Con el hermano mediano ocurrió lo mismo: pidió al rey que le concediera la mano de la segunda princesa y éste le ordenó que chapeara una gran finca en una sola noche; con la ayuda del coco, el hermano mediano pudo casarse con la princesa mediana.

Y le llegó el turno al más pequeño. El rey se enfureció al oír sus pretensiones: «¿Cómo puedo conceder la mano de mi hija pequeña, la que más quiero, a un coco? Pero te daré una oportunidad: tienes que chapear, plantar y recoger una gran finca en una sola noche». El rey estaba convencido de que aquel coco miserable no sería capaz de realizar tanto trabajo. Pero lo hizo y el monarca, pese a las protestas de la gente, tuvo que cumplir su palabra.

En el momento de la boda sucedió que el coco se convirtió en un apuesto príncipe: había sido encantado y ahora recuperaba su figura real. De manera que el rey y todo el pueblo se mostraron felices por esta circunstancia y la princesa no tuvo que casarse con un coco sino con un joven hermoso.

70. EL CHICO QUE CAZABA MURCIÉLAGOS

Dos pobres ancianos tenían a un único hijo; éste era muy pequeño para salir a pescar o para ir a la finca, por lo que se dedicaba a cazar murciélagos: esperaba a que acudieran a alimentarse a los bananos y, lanzándoles piedras, conseguía cada día un par de ellos. Éste era el único sustento de la familia.

Una noche el muchacho soñó que un anciano se acercaba a él para ayudarle: de ahora en adelante podría cazar los murciélagos con más facilidad, cantando esta canción:

*Sia sia ton mene kete*¹.

Al día siguiente esperó a los murciélagos bajo los bananos. Y, cuando éstos aparecieron, empezó a cazarlos con facilidad. Aquella noche apareció en la casa con un saco lleno de ellos. Y desde entonces cada noche llenaba un saco de murciélagos. Hasta que el anciano volvió a aparecer en sus sueños y le dijo: «Te enseñé esa fórmula mágica para ayudarte y no para que abusaras de ella. Debes cazar solamente los murciélagos que necesitas para comer. Si no actúas así te castigaré».

Esta vez el muchacho no le hizo el menor caso y el viejo cumplió su palabra: desde aquel momento ya no pudo cazar a ningún murciélago. Y el número de éstos aumentaba y aumentaba, hasta que hubieron dado cuenta de todos los bananos. Se quedaron sin murciélagos y sin bananos; y se murieron de hambre por culpa de la falta de moderación de aquel chico.

¹ Fórmula mágica sin significado.

TERCERA PARTE

CUENTOS RESTANTES

3.1. RELACIONADOS CON EL MATRIMONIO

3.1.1 *En busca de esposo/esposa*

71. MACUS DE AWAL

Macus de Awal era una muchacha que vivía con sus padres, que ya eran viejos. Era una chica preciosa, pero también muy desgraciada: porque había intentado casarse varias veces; y en cada ocasión el marido había muerto durante la misma noche de bodas. De manera que ya no pensaba en el matrimonio.

En la isla de Annobón existe la costumbre de sazonar la comida con agua del mar. Y por esta razón Macus de Awal se acercó un día a la playa. De pronto observó que un cangrejo se dirigía al lugar donde ella se encontraba; y situándose frente a ella, le propuso una fórmula para terminar con su desgracia.

La bella Macus estaba muy sorprendida de que un cangrejo pudiera hablar. Sin embargo, su problema la abrumaba tanto que escuchó con toda atención aquello que el crustáceo dijo: «Toma tres palitos de tu escoba y guárdalos bien en tu casa; si viene algún pretendiente que te guste, recíbelo con alegría y cástate con él. Si durante la primera noche duerme con los tres palitos en el bolsillo, todo discurrirá normalmente».

Macus de Awal cogió los tres palitos y los guardó en su casa. A la mañana siguiente llegó un forastero al pueblo y, al darse cuenta de la belleza de Macus, solicitó su mano. Durante la primera noche siguieron al pie de la letra los consejos del cangrejo; y, efectivamente, no ocurrió ninguna desgracia.

Se oyeron muchos comentarios, en todo el pueblo, por lo sucedido. Macus y su esposo no hicieron el menor caso de ellos; y vivieron durante mucho tiempo con toda suerte de felicidad.

72. EL HOMBRE Y EL ESPEJO ¹

En un pueblo de la isla de Annobón vivía un hombre que era objeto de burla por parte de todos los vecinos, porque, pese a tener ya una edad bastante madura, no había conseguido casarse. El pobre porfiaba con su fortuna y envidiaba la de los demás. Pero sus intentos chocaban siempre con la negativa de las mujeres y de sus familias, que no querían emparentar con él.

Un día apareció en el pueblo una mujer hermosa como la hija del sol: era rubia y de una belleza singular. Ante el asombro de todos, accedió a las pretensiones del soltero maduro y se casó con él sin titubear. Se celebró la boda y la pareja vivía como en un ensueño: los dos eran muy felices, se comprendían y se ayudaban. Y al cabo de poco tiempo les nació un hijo varón, rubio como su madre.

El marido estaba deseoso de demostrar su gratitud a la mujer que amaba. Y en cierta ocasión, aprovechando un viaje a la ciudad, le compró un espejo y se lo regaló con toda ilusión. Ella aceptó complacida el regalo de su marido: había oído hablar de los espejos, pero nunca había tenido la ocasión de poseer uno. De manera que lo guardó con sumo cuidado.

Al día siguiente quiso verlo de nuevo. Era un objeto precioso, digno del amor que su marido le profesaba. Sin embargo, al darle la vuelta, descubrió que contenía otra mujer, rubia y hermosa como ella misma. Entonces se alarmó: «¿Es que no he sido una buena esposa para él, desde el mismo momento en que nos casamos? Y, si es así, ¿qué necesidad tiene de mantener una concubina en casa?».

Entristecida, guardó el espejo de nuevo. Y cada mañana lo volvía a mirar, con la esperanza de que aquella forastera hubiera abandonado su hogar; sin embargo volvía a encontrarla allí, gozando del favor de su marido.

¹ Nuestro informador nos contó la versión en castellano de este cuento en forma de versos rimados. Ello supone una elaboración posterior importante, a partir del original annobonés, por lo que no hemos considerado oportuno conservarla en un tipo de publicación como la presente.

La esposa se desesperaba por tal situación; y al cabo, celosa y dolorida, tomó el espejo entre sus brazos y se arrojó con él desde lo alto de un barranco.

La buena esposa se convirtió en estrella, y dicen que va preguntando: «¿Habéis visto ese lucero que se peina en el río?».

73. EL CAZADOR DE PÁJAROS

En el pueblo de San Pedro vivía una mujer viuda cuyo marido había muerto en la pesca. Por eso ella procuraba que su hijo no aprendiera a pescar, sino a cazar. Y efectivamente se convirtió en un gran cazador.

Cierta día se adentró en la espesura del bosque y vio a un pájaro tan bonito que quedó prendado de él: pensó que quería atraparlo, pero no para comérselo, como a las demás presas, sino para conservarlo vivo.

A la mañana siguiente volvió al bosque para buscarlo. Y al cabo de muchas horas lo sorprendió detrás de un riachuelo. Lo tenía a tiro de escopeta; pero en lugar de matarlo se quedó acechando para tener tiempo de pensar cómo lo atraparía.

Entonces vio que el pájaro se convertía en una hermosa muchacha que se metía en el agua para bañarse. El chico se acercó y la bella mujer le dijo: «Te doy las gracias por no haberme matado. ¿Quieres ser mi amigo?». Él aceptó encantado y le propuso que se casaran.

Así fue como aquel chico consiguió tener a la más hermosa de las mujeres.

74. TRES HERMANOS

Los reyes de San Antonio de Pale tuvieron tres hijos. Cuando se hicieron mayores y llegaron a la edad de casarse, hablaron con ellos: los dos primeros querían salir de Pale para ir a buscar una mujer que les conviniera. El más pequeño, en cambio, no solamente había oído rumores muy malos acerca de las mujeres, sino que además no quería salir de la ciudad para no tener que enfrentarse a ningún peligro.

Los padres estuvieron de acuerdo. Y los dos mayores emprendieron el camino juntos hasta que llegaron a un cruce de caminos. Entonces el mayor dijo: «Aquí debemos separarnos, pero dejaremos un pañuelo como prenda: si uno de los dos puede volver aquí y encuentra el pañuelo quemado, significará que el otro ha muerto y que debe volver a Pale».

El mayor siguió por la derecha y, al cabo de mucho tiempo sin encontrar a ninguna mujer que le quisiera, se enfrentó a un gigante y murió aplastado por aquella criatura. El mediano, por su parte, se pasó años y años buscando a una mujer a su gusto, y tampoco la encontró. Al pasar por el cruce, de regreso a la ciudad, vio que el pañuelo estaba quemado y lloró amargamente la muerte de su hermano.

Al llegar a Pale encontró que sus padres eran ya muy ancianos. De manera que se quedó allí con ellos y con su hermano pequeño, el cual, en vista de lo acontecido, se quedó soltero por el resto de sus días.

75. DOS CHICOS QUE SE QUERÍAN CASAR

Había dos chicos que habían crecido juntos en el mismo pueblo. Al llegar a cierta edad se enamoraron de dos muchachas de Awal; y, aunque ese pueblo estaba muy lejos, sus padres les dieron permiso para ir a buscarlas.

Al llegar a un cruce de caminos decidieron separarse: uno iría por la derecha y el otro por la izquierda, pasarían una semana en Awal y regresarían pero, de vuelta, el primero que llegara al cruce debería esperar al otro.

Así lo hicieron. El primero siguió por la derecha y, al cabo de un rato, encontró a un viejo que le dijo: «Cuando regreses de Awal no vuelvas la cabeza para nada». Mientras que el que tomó el camino de la izquierda llegó a Awal sin encontrar a nadie.

Estuvieron una semana en aquel pueblo: sus suegros les recibieron con toda clase de atenciones y permitieron a sus hijas que se casaran con ellos. Pasada aquella semana cada cual regresó con su novia por el mismo camino por el que había llegado.

De pronto, el que seguía el camino de la derecha oyó un feroz aullido: era un perro enorme. El muchacho protegió a su novia sin volver la cabeza; y cuando el perro estuvo a su altura cogió un cuchillo y lo degolló después de vencer una fuerte resistencia. Entonces salió del cadáver del perro la figura del anciano, que le dijo: «Has demostrado ser muy valiente. Debes casarte, porque has superado la prueba».

Llegó al cruce, donde esperó a su compañero. Ambos regresaron al pueblo con sus novias y, con la bendición de sus padres, se celebró la boda y fueron muy felices.

76. EL CHICO Y EL PÁJARO

En una aldea vivían tan pocos habitantes que todo lo hacían conjuntamente. Excepto un chico que actuaba siempre aparte de los demás: tenía su escopeta y con ella iba al bosque solo a cazar pajaritos.

Un día vio a un pájaro tan bonito que pensó en atraparlo vivo. Intentó cazarlo con la resina de los árboles; pero el pájaro no cayó en la trampa y se fue alejando más y más, perseguido por el muchacho, hasta llegar a un campo lleno de flores.

Entonces el pájaro desapareció entre las flores y en su lugar apareció una bella muchacha que le dijo: «Lo que has visto no era en realidad un pájaro, sino mi espíritu. He tenido que vivir durante mucho tiempo en este campo y busco a alguien que quiera compartir mi soledad. Si accedes a casarte conmigo tendrás el poder de convocar a todos los pájaros del bosque. Con una sola condición: que jamás mates a uno de ellos».

El muchacho aceptó la propuesta de la chica y le comentó que quería regresar al pueblo para contarle todo a sus padres. A partir de entonces ya no salió más al bosque solo, sino que lo hacía en compañía de los demás para no tener que cumplir su palabra. Y la hermosa joven, al comprobar que la había engañado, murió de tristeza y de añoranza.

77. EL MÉDICO Y LA CHICA

Había un hombre tan rico que consiguió que sus tres hijos fueran gobernadores: uno de Mabana, otro de Awal y el tercero de Agandji. Él se quedó solo con su hija, y al cabo de un tiempo quedó ciego.

Hizo saber que haría rico al que le curara. Muchos probaron suerte, pero solamente un médico de las montañas del sur de la isla consiguió que recuperara la visión. Agradecido, le ofreció cuanto quisiera; y aquel médico solamente quiso recibir la mano de su hija, que era una muchacha preciosa.

Se casaron y el hombre se la llevó. Al ver que se alejaban de la ciudad, la golpeó y la metió en un saco. Y, con el saco a la espalda, prosiguió su camino.

Al llegar a Agandji, la joven empezó a gritar: «El doctor ha curado los ojos a mi padre. Le han ofrecido muchas cosas, pero él sólo desea una mujer con pechos». El gobernador, que era su hermano, no comprendía nada; y dejó que el médico se fuera sin llamarle la atención. Al llegar a Awal la chica gritó de nuevo; y nuevamente su segundo hermano, que era el gobernador de aquel pueblo, no hizo el menor caso.

Por fin llegaron a Mabana. La muchacha gritaba con todas sus fuerzas y el gobernador, su tercer hermano, ordenó al médico que le dejara ver lo que llevaba en el saco. Como no hiciera caso le invitó a comer y a beber hasta que estuvo borracho. Y entonces liberó a su hermana, que le contó todo lo sucedido y las humillaciones que había tenido que sufrir.

Entonces el gobernador de Mabana, aprovechando que el médico estaba borracho, mandó que le echaran a una gran hoguera. Y aquel mal hombre murió allí, abrasado.

78. EL REY QUE ENCERRÓ A SU HIJA

Un rey tenía una hija tan hermosa que decidió encerrarla en su habitación para que nadie la viera. Un día llegó al palacio un huésped muy importante, un príncipe, que le pidió audiencia: se enamoraron y pasaron la noche juntos. Al día siguiente él le entregó un anillo: si había quedado embarazada debía hacérselo llevar.

Efectivamente, la princesa estaba embarazada; pero no dijo nada a nadie y nació un hermoso niño que mantenía escondido en su habitación. Hasta que un día una sirvienta olvidó un pañal en la cocina y el rey, después de interrogarla y saber lo que había sucedido, les mandó matar.

Sin embargo los soldados del rey tuvieron piedad y, en lugar de darles muerte, les abandonaron en el bosque. De manera que aquel niño creció como un animal, permaneciendo allí hasta que su madre murió.

Entonces empezó a deambular por muchos lugares, hasta que encontró a otro chico que quiso ser su amigo y lo llevó a su casa. Los dos compañeros eran felices, pero en aquel pueblo se dedicaban al tráfico de niños; y un buen día llegó un barco y se llevó al amigo de nuestro muchacho; éste, desesperado por la pérdida del camarada, huyó a una isla desierta, resignado a vivir de nuevo como un animal.

Un día apareció en la isla una vieja y le informó que el rey de aquellas tierras quería casar a su hija. El muchacho acudió al palacio real, donde el monarca le exigió que realizara un trabajo muy difícil si quería la mano de la princesa.

Era una tarea casi imposible de realizar, y el muchacho no cumplió su cometido. Cuando ya iban a ahorcarle, el rey advirtió que llevaba un anillo que él conocía: era el anillo que había entregado a aquella mujer que había amado tanto tiempo atrás, y comprendió que se disponía a ahorcar a su propio hijo.

Como es de suponer le perdonó la vida, y ambos se contaron sus historias. El chico vivió desde entonces con su padre y obtuvo la felicidad de ver resuelta su vida después de tantas peripecias.

79. EL CHICO QUE SE CASÓ CON UNA PRINCESA

El rey de una ciudad tenía una hija casadera. Cada vez que se acercaba un pretendiente, mandaba encender una gran hoguera; el pretendiente debía soplar hasta apagarla y, si al cabo de diez intentos no lo conseguía, era ahorcado. De esta manera, lo único que consiguió fue que murieran todos los jóvenes de aquella ciudad.

En medio del bosque vivía un matrimonio con un hijo único. Un hombre de la ciudad se había metido en el bosque y le había contado que, bajo aquella extraña condición, podría casarse con la princesa y llegar a ser rey. Pero sus padres, prudentes, querían conservar a su único hijo; y no le permitieron ir a la ciudad a probar suerte con la hoguera.

Y sucedió que, a partir de aquel momento, el chico salió al bosque tres veces; y cada vez regresaba a casa con una hoja que, sin saber cómo, se le metía en el bolsillo. De manera que guardó aquellas tres hojas misteriosas y obtuvo el permiso paterno para ir paseando hasta la ciudad.

Al llegar allí, toda la gente se le quedaba mirando: ya no quedaban jóvenes; en cambio él era guapo y apuesto. Regresó al bosque y, al cabo de unos días, pidió permiso de nuevo. En la ciudad hizo amistad con un hombre, al que invitó a su casa. Sus padres le atendieron debidamente, pero no dejaron que su hijo regresara a la ciudad con él.

El rey, mientras tanto, ya estaba advertido de la presencia en la ciudad de un joven apuesto. Y había ordenado a sus guardianes que le prendieran en cuanto volviera. Y así fue: cuando, al cabo de unos días, el chico se presentó de nuevo, los guardianes le llevaron a la presencia del rey. Éste le propuso la prueba de la hoguera: «Si consigues apagarla con tus soplidos antes de diez intentos, te casarás con mi hija. En caso contrario serás ahorcado como todos los demás».

El chico y la princesa, en el mismo momento en que se habían visto, se habían enamorado. Por eso la princesa le rogó que se sometiera a la prueba; pero el chico quiso consultarlo con sus padres y los guardianes acudieron al bosque a buscarlos: prendieron a la madre; y el padre, al observar que también se lo querían llevar, cogió aquellas tres hojas que su hijo había guardado y siguió a los guardianes hasta la

presencia del rey de la ciudad. Y ante él proclamaron: «Estaremos de acuerdo en que nuestro hijo se someta a la prueba, si él así lo desea».

El chico se encontraba dispuesto, pero antes que nada quiso encontrarse a solas con su padre. Éste le entregó las tres hojas y el chico se las metió en la boca. Inmediatamente se dirigieron al lugar donde se preparaba la gran hoguera; y, una vez encendida, el joven empezó a soplar con todas sus fuerzas: una vez, dos tres... nueve veces... y la hoguera no se apagaba.

Entonces concentró todas sus fuerzas, se encomendó a Dios y sopló por décima vez: las hojas que tenía en la boca salieron despedidas contra las llamas; y el fuego, al instante, se consumió.

Tal como había prometido, el rey le concedió la mano de la bella princesa; además le dio la mitad de sus riquezas. Y los dos jóvenes regresaron al bosque, donde pudieron vivir con toda suerte de comodidades.

80. EL REY DE SAN PEDRO

Hubo una vez un rey de San Pedro que solamente admitía casar a su hija con una condición: que el pretendiente estuviera siete días sin comer. De esta manera sólo consiguió que la mayoría de jóvenes de su pueblo murieran; y que no hubiera nada más que mujeres.

El rey de Pale tenía dos hijos, uno legítimo y otro natural. El primero quiso ir a probar suerte y se presentó ante el rey de San Pedro que, le dijo: «Durante las próximas siete noches podrás dormir con mi hija. Pero ya sabes que no podrás comer nada en absoluto».

El chico prometió que así lo haría. Pero por la noche, cuando todos dormían, su hermano —el ilegítimo— acudía a su cabaña para proporcionarle alimentos sin que nadie lo notara.

Esto ocurrió así hasta la última noche: la hija del rey velaba y descubrió la trampa de los dos hermanos. Sin embargo, cometió el error de perseguir al segundo; y mientras tanto el primero cambió el plato y la comida que le habían traído de Pale por un plato y una comida de hierro.

A la mañana siguiente el rey proclamó ante el pueblo: «El joven príncipe de Pale tampoco se casará con mi hija, porque ha estado comiendo a escondidas. Todos podéis comprobarlo». Y enseñó a la gente el plato y la comida que había confiscado. Entonces todo el mundo protestó: «Nadie puede comer hierro, y esta comida lo es».

Así pues, el joven príncipe de Pale pudo casarse con la hija del rey de San Pedro, que había impuesto una condición tan estúpida.

81. LA BODA DE LA PRINCESA

Había un rey presuntuoso que quería que su hija se casara; pero pedía que los pretendientes cumplieran dos condiciones: que le trajeran fuego envuelto en un papel, y que le trajeran algo que no tuviera nombre.

Como la princesa era hermosa y el padre rico hubo muchos jóvenes que probaron suerte; sin embargo, ninguno de ellos logró cumplir los requisitos exigidos por el rey y todos recibieron algún castigo por su improcedencia.

Hasta que un día el hijo de una viuda pidió permiso a su madre para intentar conseguirlo. La mujer quiso disuadirle, pero fue en vano: el chico cogió una brasa que ya se consumía sin llama y la envolvió con sumo cuidado en un papel mojado; asimismo cogió una jaula vacía.

El rey no estaba dispuesto a aceptar la primera prueba: le había traído humo, y él había pedido que le trajeran fuego. A lo que el chico replicó convencido: «Siempre se ha dicho que allí donde hay humo hay fuego». Los consejeros dieron el resultado de la prueba como válido y entonces el rey metió la mano en la jaula. Al ver que no había nada se enfureció; y el muchacho comentó: «Lo que su majestad ha sacado de la jaula no tiene nombre».

El rey cumplió su palabra y concedió la mano de su hija a aquel inteligente joven. Y los dos príncipes vivieron con toda clase de prosperidad y fueron muy felices.

82. SIMÓN EL TONTO

Un rey tenía una hija tan hermosa que, celoso de ella, impuso una condición imposible para aquél que quisiera pedir su mano: debería traerle algo invisible.

Muchos hombres probaron suerte: uno trajo humo encerrado en una botella, pero el humo se ve aunque no se palpe; otro dijo que había venido rodeado de viento, pero le hicieron notar que no era él quien lo había traído. Parecía que la princesa iba a quedarse soltera.

Xima Damadu, Simón el tonto, era menospreciado por la gente del pueblo a pesar de que nunca expresaba sus opiniones. Al saber la noticia tuvo una feliz idea y enseguida la puso en práctica: cogió dos cubos, metió dentro de ellos una papaya y un coco respectivamente, los llenó de agua y se presentó ante el rey: «Majestad, os he traído dos vacas».

El rey había observado que los cubos estaban llenos de agua; sin embargo, al oír hablar de las vacas, en lugar de mirar qué había dentro de los cubos empezó a buscar a los rumiantes. Simón aprovechó aquel momento de descuido para sacar de los cubos la papaya y el coco; e inmediatamente prosiguió: «Os las podréis llevar en cuanto terminen de beber». El rey volvió a mirar los cubos y vio que, efectivamente, el nivel del agua había descendido.

Muchos criticaron aquella boda, pero la palabra del rey es sagrada. De manera que se llevó a cabo y aquel tonto despreciado pasó a ser el príncipe del reino.

87. LA MUJER CELOSA

Un hombre se había casado con dos mujeres, ninguna de las cuales le había dado hijos. Una de ellas era muy celosa y no quería compartir a su marido con la otra; de manera que hacía todo lo posible para que su rival resultara desagradable para el hombre.

Así, por ejemplo, dejaba pudrir el pescado que su marido le traía cada día; y lo comía podrido para estar descompuesta. Cuando su rival tenía que dormir con su marido, se iba al lugar en cuestión y tiraba tantos pedos como podía; y de esta manera el hombre recibía aquel desagradable olor nada más entrar en la habitación de la otra mujer. Más adelante llegó a cavar un agujero junto a aquella habitación, y allí defecaba siempre.

Cuando el marido y la otra mujer estaban juntos, pues, debían soportar un olor nauseabundo; y, como no sabían quién lo provocaba, fueron a consultar a un adivino. Éste no contestó a su pregunta, pero les dio un objeto que producía ruido para que lo metieran en el agujero.

A la noche siguiente la mujer celosa fue de nuevo a defecar allí, sin darse cuenta de que el objeto ruidoso se metía dentro de su cuerpo: ñec, ñec, ñec... Y se asustó mucho al comprobar que aquel ruido misterioso sonaba siempre que se movía. Comprendió que había sido víctima de un hechizo y decidió quedarse en su habitación, de pie y sin moverse.

Cuando su marido, unos días después, se acercó para estar con ella, seguía así quieta. Hasta que el hombre se cansó y la empujó hacia la cama. Entonces el ruido sonó de nuevo: ñec, ñec, ñec... delatando su fechoría.

El marido comprendió lo sucedido y la echó de su lado. Y así fue cómo la mujer celosa se quedó sola para siempre.

84. LA PRINCESA Y EL DEMONIO

La hija del rey de Agandji era tan bonita que su padre no permitía que nadie la viera; y cuando se hizo mayor impuso notables condiciones para cualquier pretendiente que no quisiera ser decapitado: «Que sea alegre, guapo y rico». Empezaron a llegar los posibles novios, pero ninguno de ellos poseía aquellas cualidades a gusto del rey, y todos los jóvenes iban siendo decapitados.

Hasta que aquello llegó a oídos del mismo *Mpemasajajet*, rey de los demonios, que afirmó: «Yo, el príncipe de las tinieblas, conseguiré casarme con esa belleza». Todos sabemos que el diablo suele ir desnudo; de manera que en cada pueblo por donde pasaba pedía algo prestado: unos calzoncillos, unos pantalones, una chaqueta... cuando llegó a Agandji estaba vestido con suma elegancia y el rey y la princesa aprobaron aquel matrimonio con el pretendiente más alegre, más guapo y más rico de toda la isla.

Cuando la boda quedó atrás, el demonio quiso llevarse a su mujer al infierno. La chica aceptó encantada la posibilidad de ir a vivir al lejano pueblo de su marido. Emprendieron el camino: en cada pueblo el diablo iba dejando la ropa que le habían prestado y a cada momento su voz se enronquecía más y más.

La muchacha comprendió que se había casado con el mismo diablo. Pero no tuvo valor para enfrentarse a él y tuvo que habitar para siempre jamás en el reino de los infiernos.

85. LA PRINCESA QUE QUERÍA A UN CHICO SIN OMBLIGO

En lo alto de una montaña rocosa vivía un rey con su hija; más lejos había un pueblo habitado por una bruja y su hijo: como era bruja, la gente se había marchado del lugar y nadie quería casarse con el muchacho.

Llegó el día en que la princesa se había hecho mayor y había que casarla. Príncipes, guerreros, hombres ricos... multitud de pretendientes acudían a solicitar su mano y ella los rechazaba a todos. El rey estaba alarmado y le pidió qué sucedía. Ella respondió: «Solamente me casaré con un hombre que no tenga ombligo».

¿Y qué persona puede haber que no tenga ombligo? El rey estaba desesperado creyendo que su hija se quedaría soltera, cuando la cuestión llegó a oídos de la bruja. Ésta, sin perder tiempo, se transformó en un hombre sin ombligo y se dirigió a la montaña rocosa para entrevistarse con la princesa y su padre.

Inmediatamente se acordó la boda, que se celebró poco después. La princesa, radiante, siguió a su marido hasta el pueblo de donde procedía. Una vez allí la bruja recuperó su aspecto real y le suplicó: «Cásate con mi hijo, porque nadie le quiere».

La princesa comprendió que tenía buena parte de culpa en lo sucedido. Se casó con el hijo de la bruja, tuvieron muchos hijos y el pueblo volvió a llenarse de gente.

3.1.2 *Dificultades matrimoniales*

86. LAS DOS RIVALES

Había una vez un pueblo de la costa dividido por un río, donde vivía un hombre que tenía dos mujeres. El hombre pasaba dos noches con cada una de ellas; pese a lo cual una de las mujeres había tenido muchos hijos y la otra ninguno. Por esa razón se peleaban muy a menudo.

Un día, la que no tenía hijos se dirigió a su marido y le rogó que acudieran a una curandera para que solucionara su problema. El hombre estuvo de acuerdo, y la curandera les dijo: «Esta mujer tiene que ir al río que separa el pueblo a pescar cangrejos: si consigue uno, tendrá un hijo; si pesca dos, tendrá dos hijos; si captura tres tendrá tres hijos... y así sucesivamente. Pero si reveláis este secreto a alguien, los niños morirán en cuanto se acerquen al río».

Aquella misma noche la mujer acudió al río, donde consiguió pescar dos cangrejos. Y, efectivamente, tuvo dos hijos hermosísimos.

Pasó mucho tiempo, y la otra mujer no entendía qué podía haber hecho su rival para tener dos hijos tan bellos. Preguntó y preguntó, pero sus averiguaciones no tuvieron éxito. Hasta que decidió interrogar a su marido. Éste no le daba respuestas convincentes, por lo que seguía insistiendo. Por fin, el marido reveló su secreto.

A partir de aquel momento, la mujer sólo cavilaba la manera de matar a los dos pequeños. Y así, un día aciago los encontró solos en el pueblo y les comentó: «Vosotros no sois niños, sois cangrejos: vuestra madre os sacó del río y una curandera os transformó en personas».

Los niños, sollozando, se acercaron al río y se echaron al agua. Y en aquel mismo momento se convirtieron de nuevo en cangrejos.

Cuando la madre advirtió la desaparición de sus dos pequeños, fue preguntando por todo el pueblo si alguien los había visto. Una vecina, que lo había presenciado todo, le contó lo sucedido. Y la mujer, desconsolada, se encerró en su casa hasta que murió de pena.

87. LA MUJER CELOSA

Un hombre se había casado con dos mujeres, ninguna de las cuales le había dado hijos. Una de ellas era muy celosa y no quería compartir a su marido con la otra; de manera que hacía todo lo posible para que su rival resultara desagradable para el hombre.

Así, por ejemplo, dejaba pudrir el pescado que su marido le traía cada día; y lo comía podrido para estar descompuesta. Cuando su rival tenía que dormir con su marido, se iba al lugar en cuestión y tiraba tantos pedos como podía; y de esta manera el hombre recibía aquel desagradable olor nada más entrar en la habitación de la otra mujer. Más adelante llegó a cavar un agujero junto a aquella habitación, y allí defecaba siempre.

Cuando el marido y la otra mujer estaban juntos, pues, debían soportar un olor nauseabundo; y, como no sabían quién lo provocaba, fueron a consultar a un adivino. Éste no contestó a su pregunta, pero les dio un objeto que producía ruido para que lo metieran en el agujero.

A la noche siguiente la mujer celosa fue de nuevo a defecar allí, sin darse cuenta de que el objeto ruidoso se metía dentro de su cuerpo: ñec, ñec, ñec... Y se asustó mucho al comprobar que aquel ruido misterioso sonaba siempre que se movía. Comprendió que había sido víctima de un hechizo y decidió quedarse en su habitación, de pie y sin moverse.

Cuando su marido, unos días después, se acercó para estar con ella, seguía así quieta. Hasta que el hombre se cansó y la empujó hacia la cama. Entonces el ruido sonó de nuevo: ñec, ñec, ñec... delatando su fechoría.

El marido comprendió lo sucedido y la echó de su lado. Y así fue cómo la mujer celosa se quedó sola para siempre.

88. LA MUJER BUENA Y LA MUJER MALA

En un pueblo vivían dos mujeres solas, una buena y otra mala, que cultivaban sus fincas y podían vivir bien y sin que nunca les ocurriera nada extraordinario.

Un día la mujer buena estaba trabajando en su finca y oyó que alguien la llamaba. Miró a su alrededor y, al no ver a nadie, continuó su trabajo. La llamada se repitió y a la tercera vez apareció detrás de ella una vieja con una niña en brazos: «He visto cómo sufres, trabajando en la finca, y te he traído a esta niña para que, cuando sea mayor, te ayude. La única precaución que debes tener es no llamarla nunca por su nombre, Men Tawa, porque entonces desaparecería».

La buena mujer regresó a casa contentísima y contó todo lo ocurrido a la mala. La niña creció y, efectivamente, ayudaba a su madre en todo lo que podía; además era bonita y generosa.

Hasta que un día la mujer mala aprovechó la ausencia de la buena y se dirigió a la niña con estas palabras: «Ven a ayudarme, Men Tawa». Al instante la muchacha desapareció para siempre.

Cuando la mujer buena regresó a casa y observó que la niña había desaparecido, fue a buscar a su vecina. Se enzarzaron en una pelea terrible y ambas resultaron muertas.

89. LA SONRISA

Una familia de la isla de Annobón tenía una hija. La madre contrajo una extraña enfermedad y, al verse abocada a la muerte, rogó a su marido que no se volviera a casar.

El marido intentó seguir el consejo de la difunta esposa. Pero con el paso del tiempo contrajo segundas nupcias porque se encontraba solo y necesitaba a alguien que compartiera su vida. La nueva esposa, sin embargo, aprovechaba las ausencias del marido para maltratar a la hija de éste.

La muchacha llegó a hartarse tanto de la situación que se marchó al bosque. Poco a poco fue perdiendo sus facultades humanas. Y un día, al acudir a beber al río, vio la imagen de una hermosa joven reflejada en el agua. Aquella chica le sonreía y, sin darse cuenta de que se trataba de ella misma, se acercó tanto al agua que cayó dentro del río y pereció ahogada.

Cuentan que su espíritu todavía se pasea por la orilla buscando una sonrisa.

90. LA MADRASTRA MALA

En un pueblo vivían un hombre y una mujer con su hija. La mujer enfermó y, cuando se sentía morir, llamó a su marido y le advirtió: «No te cases enseguida con otra mujer, porque maltratará a la niña».

La pobre falleció al cabo de poco. Y una vecina empezó a ayudar al marido: le hacía la comida, le limpiaba la casa... el viudo se sentía solo y se casó con ella sin recordar las advertencias de su primera esposa. Y éstas resultaron ciertas: la nueva mujer maltrataba a la niña, no le daba comida y le encargaba los peores trabajos de la casa.

El hombre comprendía que había cometido un error, pero no se enfrentaba a la madrastra por temor a perderla. Y lo único que hacía era compartir su parte de comida con la pequeña.

Un día la mala mujer ordenó a la niña que fuera al río a limpiar una cantidad exagerada de platos. No habían advertido que río arriba había llovido con intensidad; y, de pronto, un golpe de corriente se llevó todos los platos. La niña, desolada al comprender que su madrastra le daría una paliza, se adentró en el bosque para buscar un lugar donde morir.

El padre, al ver que su hija había desaparecido, se dio cuenta de que había perdido lo mejor que tenía. Se adentró en el bosque y anduvo buscándola durante tanto tiempo que al final murió de angustia y de cansancio.

La niña, mientras tanto, había descubierto un pueblo en medio del bosque. Allí la recibieron bien y, cuando fue mayor, se casó, tuvo muchos hijos y vivió feliz lejos de la madrastra mala.

3.2. MORALIDADES

91. LA LUZ DESCONOCIDA

En un lugar remoto de la isla de Annobón vivían dos mujeres que eran amigas íntimas: lo compartían todo, incluso el trabajo, que realizaban en la finca de una de ellas.

La otra era muy perezosa y aprovechaba cualquier oportunidad para descansar. Sin embargo, cuando sabía que en la finca había alguna fruta madura, se levantaba por la noche e iba a robarla sin ninguna clase de miramientos.

La trabajadora veía que a menudo faltaban cosas en la finca, y dedujo que alguien acudía por las noches a quitarle lo que era suyo. Un día, al observar que faltaba de nuevo el fruto de su trabajo, lanzó una maldición: «Que esa persona que me está haciendo daño vague errante por el bosque durante toda su vida».

Aquella misma noche la dueña de la finca observó que su amiga no estaba. Y al volver la vista hacia el bosque observó una luz desconocida. Entonces comprendió con aflicción que su maldición se había cumplido, y que era su propia amiga la que le robaba en la finca.

Hasta hoy, la mala mujer no ha vuelto a su pueblo. Y todas las noches se la puede observar en el bosque con una antorcha encendida.

92. EL PÍCARO AYUDANTE

Un viejo muy viejo vivía en el pueblo de San Antonio, dedicándose a la fabricación de vino de palma ¹. Tenía algunos problemas en la vista, de manera que optó por tener un joven ayudante.

Éste empezó haciendo los trabajos que el viejo no podía realizar; pero como la enfermedad del anciano se iba agudizando, terminó por hacerlo todo. Entonces empezó a aguar el vino, que cada vez sabía menos dulce. El viejo comprendía lo que estaba pasando, y decidió darle una pequeña lección.

Un día de gran fiesta preparó dos calabazas llenas de agua. Cuando el joven llegó a la casa, le dijo: «Estas dos calabazas están llenas del mejor vino que dan mis palmeras preferidas. Llévalas a la ciudad y vende caro, ya que se trata de vino de la mejor calidad».

El muchacho cogió las calabazas y, nada más llegar a la ciudad, se dirigió al mercado proclamando las excelencias de su mercancía. Mas al llegar el momento, de aquellas calabazas no salió más que agua, para disgusto de los clientes y ridículo del vendedor.

El pícaro ayudante no comprendía lo que había sucedido, mientras que el viejo no cesaba de repetir: «Era el mejor vino de mis palmeras preferidas». Hasta que el joven advirtió que se estaba burlando de él.

Entonces prometió que en adelante sería más honrado. Y los vinos de su amo recuperaron su dulzura.

¹ Tope.

93. EL CONSEJO PATERNO

Cuentan los hombres de Vidjil¹ que en el pueblo de Awal vivía un matrimonio muy viejo con un hijo llamado Saukus.

El viejo fue instruyendo a Saukus en el arte y los secretos de la pesca, que había de ser su quehacer y su sustento. Y, al llegar el momento en que ya estaba preparado, le aconsejó: «Cuando salgas, regresa siempre con lo primero que hayas pescado; que no se te ocurra nunca pescar por segunda vez».

El muchacho prometió que así lo haría. Y a la mañana siguiente salió solo por primera vez. Regresó por la tarde con un pescadito; y, siguiendo la costumbre annobonesa, aunque se trataba de un pescado muy pequeño fue muy alabado por todos.

A partir de entonces el chico salía a la pesca cada día. Y, siguiendo el consejo de su anciano padre, regresaba siempre con lo primero que había pescado.

Hasta que un día, lleno de curiosidad, intentó pescar por segunda vez. Capturó un pez mucho mayor que el primero; y, animado por aquel éxito, continuó pescando. A cada oportunidad pescaba piezas más y más grandes. Tenía el cayuco casi lleno de pescado, pero él continuaba trabajando sin reparar en que se le estaba agotando el cebo y debía regresar a casa.

Cuando por fin se le terminó, cortó un pedazo de uno de los pescados para utilizarlo como nuevo cebo. Ahora pescaba piezas cada vez más pequeñas, y él seguía cortando y cortando pedazos de las piezas que había pescado anteriormente. Hasta que, por fin, en el cayuco no había más que un montón de espinas.

Regresó a su casa cabizbajo, y tuvo que soportar con resignación la regañina de su padre por no haber seguido su consejo. Desde aquel día, cuando uno regresa con mala pesca se suele decir: «Ha tenido un día de pesca como Saukus de Awal».

¹ Nombre de un campamento que se utiliza esporádicamente cuando se sale a pescar y hay que quedarse en el lugar durante algún tiempo.

94. LA MUJER PEREZOSA

En un pueblo vivía una mujer pobre y hermosa que tenía un gran defecto: era muy perezosa. Siempre decía que tenía algo urgente que hacer para poder librarse del trabajo.

Un día los hombres consiguieron pescar una ballena. Todos lo consideraron como un don del cielo y se aprestaron a realizar el reparto. Ella, en cambio, pensó que la ballena es un animal muy grande y que ya tendría tiempo de recoger su parte.

Cuando por fin se acercó a la playa, de la ballena solamente quedaba el olor: se lo habían repartido todo, porque todo se aprovecha. Y un viejo que la vio acercarse le dijo: «Llegaste tarde, la ballena ya se ha hundido».

Desde entonces, cuando alguien llega tarde a algún sitio se dice: «La ballena ya se ha hundido».

95. LA MUJER ROBADA

Vivía una mujer en un pueblo donde la mayor parte de la gente no trabajaba: los ratones solían comerse las plantaciones de las fincas y muchos habían decidido no trabajar más.

Sin embargo, ella acudía cada día a la finca; y aunque los roedores se le comían la mayor parte de las cosas que plantaba, siempre conseguía regresar con algunos tubérculos, suficientes para preparar un potaje que los annoboneses llaman *poposup*. Comía una parte y apartaba el resto por si al día siguiente no tenía tanta suerte.

Alguien del pueblo solía aprovecharse de la pobre mujer, que ya era vieja, y le robaba la comida. Entonces ella salía por todo el pueblo dando grandes voces y recriminando que hubiera alguna persona que se atreviera a robar la comida de una pobre vieja que vivía sola.

Un día volvió de la finca con una gran carga de excelentes malangas. El día había sido provechoso y afortunado, por lo que pudo preparar un potaje magnífico. Tan bueno parecía que decidió guardarlo para el día siguiente.

Por la mañanita, pues, salió hacia la finca. Y regresó muy tarde, porque sabía que ya tenía la comida a punto. Pero al llegar a casa vio que de nuevo la habían saqueado, y vociferó por todo el pueblo:

*Kengi kum poposup mina mina o o,
o vivo vivo mina mina*¹.

Y solicitaba que, quienquiera que fuera el ladrón, le devolviera su comida. Hasta que, por fin, cansada de dar vueltas, regresó a casa y se quedó dormida².

¹ ¿Quién es el que se come mi potaje?

² Este final —que no da solución al problema planteado— resulta insólito. Cabe pensar en la posibilidad de que se trate de un fragmento de un cuento más completo, o bien en que el final original ha desaparecido de la memoria popular: la literatura tradicional exige que el que obra mal debe ser descubierto y castigado, y su fechoría reparada.

96. EL PUEBLO DONDE CRIABAN GALLINAS

Había un pueblo gobernado por un rey muy cobarde. Todos los habitantes criaban gallinas y la aldea estaba llena de gallineros. Un día las gallinas empezaron a desaparecer. El rey, que se levantaba antes que nadie para ir a hacer sus necesidades en la playa, vio unas extrañas huellas. Eran unas pisadas de perro, pero no se atrevió a seguirlas.

Al regresar a su casa contó a su hijo lo que había visto, rogándole que lo guardara en secreto: no quería tener que enfrentarse a nadie. El chico, a la mañana siguiente, siguió las huellas del perro: vio que llegaban hasta la cueva de *Jowo Bumbu*, lugar donde el perro ladrón guardaba las gallinas que había robado.

El rey, enterado de la noticia, seguía con su actitud tan cobarde como siempre. Y las gallinas continuaban desapareciendo sin que moviera un dedo para remediarlo.

Hasta que un día el muchacho le preparó una trampa al perro: hizo un corral de paja, ató dentro de él a una gallina y esperó a que anocheciera. Cuando el perro vio aquella gallina atada se abalanzó sobre ella; entonces el chico pegó fuego al corral y el perro murió abrasado,

Cuando, a la mañana siguiente, el rey se levantó tempranito, vio a su hijo junto al perro muerto. Se acercó a él y le pidió que guardara aquel secreto.

97. EL HOMBRE QUE NO QUISO A SU HIJO

Un hombre y su mujer vivían felices y en armonía. Él iba a pescar, ella trabajaba en la finca y cada uno de ellos reservaba la mejor comida que podía conseguir para el otro.

Al cabo de siete años ella quedó embarazada. El marido se enfureció mucho, puesto que no quería hijos. La mujer probó de justificarlo, pero chocó con su intolerancia y no pudo convencerle. Nació un niño hermoso y sano; y desde aquel momento el hombre dejó de entregar los pescados que conseguía. La mujer, pues, tuvo que criar y alimentar a su hijo con lo que producía la finca y cangrejos del río.

Esto fue así hasta que el niño creció. Entonces aprendió el arte de la pesca y salía cada día al mar, consiguiendo mejores pescados que cualquier hombre del pueblo. Siempre los compartía con su madre, que continuaba yendo a la finca, y eran bastante felices.

El padre fue envejeciendo y llegó un momento en que ya no podía salir a pescar. Entonces la mujer le dijo: «Cuando eras joven y fuerte te negaste a alimentar a nuestro hijo, que solamente podía comer malanga y cangrejos. Ahora él podría alimentarte con su pescado, pero no lo hará. ¿Te das cuenta de la utilidad de los hijos?».

Y el pobre viejo, desesperado por su fea acción, fue languideciendo hasta morir de hambre.

98. EL CHICO SIN NOMBRE

Un matrimonio que no tenía hijos vio recompensada su vejez con el nacimiento de un hermoso niño. Tan hermoso que su padre pensó que también debía ponerle el nombre más bonito; y, como no lo encontraba, de momento no le puso ninguno y todo el pueblo conocía al chaval como «Nadie».

El rey quería casar a su hija; y prometió que concedería su mano a aquél que fuera capaz de montar a su caballo más salvaje. Así es que al domingo siguiente se preparó todo frente al palacio real; todos los chicos probaron suerte pero el único que fue capaz de montarlo fue «Nadie», que era muy diestro en estos menesteres.

Los guardias del rey anunciaron en voz alta: «“Nadie” ha ganado la prueba». Y desde dentro del palacio el rey, que había entendido mal esta frase, proclamó: «Pues no concedo a nadie la mano de mi hija».

«Nadie» pudo haber sido el príncipe de aquel pueblo. Si no lo consiguió fue a causa de la terquedad de su padre, que no le había puesto ningún nombre.

99. EL HOMBRE QUE QUERÍA SER FAMOSO

Un hombre de la isla de Annobón quería ser famoso; pero como, al ser pescador, las posibilidades de llegar a la fama eran mínimas, optó por adquirir notoriedad a base de tretas: así es que una noche preparó comida para tres días y, montando en su cayuco, se dirigió a escondidas a un islote cercano.

Todo el pueblo se movilizó, creyendo que le pudiera haber sucedido algo malo. Él observaba cómo le buscaban sin resultado y al cabo de un cierto tiempo decidió volver. Entonces sobrevino una gran tormenta e, incapaz de hacer nada más por salvarse, se tendió en el cayuco y se durmió.

Pasada la tormenta los hombres del pueblo vieron el cayuco; y al acercarse a él, como le vieron tendido en la embarcación y al despedir ésta un olor nauseabundo por haberse podrido los peces que había pescado, le creyeron muerto.

Cuando el desgraciado se despertó estaban ya enterrándole en el cementerio del pueblo. Y, desesperado, se levantó y contó toda su historia, siendo el hazmerreír de todos los demás.

100. EL REY QUE SE CASO CON DOCE MUJERES

Un joven príncipe había heredado el reino de su padre; se casó con una mujer muy bella y, como las cosas del matrimonio le iban tan bien, siguió casándose hasta verse con doce mujeres. A todas las amaba igualmente, pero la primera era la que decidía todo lo que concernía a las demás.

Resultó que las doce quedaron embarazadas. El rey tenía que salir de viaje y ordenó: «Quiero que todas mis mujeres hagan exactamente lo mismo que la primera: cuando ésta para, todas tienen que dar a luz; si tiene un niño, todas deben tenerlo; y si da a luz a una niña todas deben hacer lo mismo».

Cuando llegó el momento la primera mujer dio a luz una hermosa niña; y lo mismo ocurrió con las demás mujeres excepto con una, que se retrasó. El primer ministro mandó poner una guardia frente a la casa de esta última y más adelante, cuando cumplió el plazo, dio a luz a un varón.

La comadrona y los guardias encontraban que las órdenes del rey eran absurdas y dejaron que la pobre mujer huyera. Se adentró en el bosque y, en una cueva que encontró junto a una roca, crió al niño hasta que fue mayor. Entonces le preguntaba a su madre: «¿En todo el mundo no vive nadie más que nosotros?». La mujer le respondía que no y trataba de inculcarle el deseo de no ir más allá del territorio que conocía.

Sin embargo, el muchacho fue alimentando una gran curiosidad y, al cabo de un tiempo, dejó a su madre y se marchó en dirección a Awal. Antes de llegar a aquel pueblo encontró a unos chicos que se bañaban en el río. Quedó tan sorprendido al comprobar que no era el único ser humano que existía como ellos al ver a un chico con un aspecto tan salvaje.

Poco a poco fueron confiándose, se bañaron juntos y le llevaron a su casa. Allí le cortaron el pelo, le vistieron y le peinaron. Al realizar esta última operación el peine chocaba contra unos enormes chichones que el muchacho tenía en la cabeza; y cada vez brotaban montones de monedas de aquellos chichones extraños. El joven y sus amigos, por lo tanto, se fueron haciendo ricos y vivían en un lujo considerable.

La hija del rey de Awal estaba en edad de casarse. No quería a alguien vulgar; de manera que, al enterarse de que en el pueblo vivía un muchacho extraño, fue a visitarle. Nuestro muchacho era guapo y apuesto, por lo que pronto se celebró la boda. El nuevo príncipe ordenó a los soldados del rey y a sus amigos que fueran a buscar a su madre, pero ésta ya había muerto y lo único que pudieron hacer fue enterrar sus restos.

El príncipe pudo sobreponerse a su desgracia. Y desde entonces vivió en paz, con toda clase de felicidad, y en la posición que le correspondía por su linaje.

3.3. OTROS

101. EL CABEZOTA, EL GORDO Y EL FLACO

En un pueblo vivía un matrimonio con tres hijos: al mayor le llamaban «cabezota», porque tenía una cabeza muy grande; el mediano era «el gordo», y el pequeño «el flaco», porque tenía las piernas muy delgadas.

Un día, el padre les mandó a la finca a recoger naranjas. Hicieron el largo camino y, al llegar, el mayor trepó al naranjo y empezó a tirar las frutas, que el flaco iba colocando en una cesta. El gordo, como apenas podía moverse, se sentó junto al cesto y empezó a comer naranjas con tal apetito que, cuando el cabezota terminó de tirarlas todas, la cesta volvía a estar vacía.

Desolado, el hermano mayor buscó todavía entre las ramas; y encontró, escondidos entre el follaje, los dos últimos frutos. Así que advirtió a sus hermanos: «Éstas serán las únicas naranjas que podremos llevar a nuestro padre. Hay que cuidar de ellas y dejarlas en el cesto, sin que nadie las toque». El flaco, efectivamente, las recogió y las colocó en el lugar correspondiente; pero el gordo, todavía hambriento, se las comió en un santiamén.

El hermano mayor no pudo contener su rabia y se dispuso a bajar del árbol para castigar al goloso. Pero se apresuró tanto que su gran cabeza quedó atrapada entre dos ramas y, al cabo de poco tiempo, pereció ahogado. El gordo, al verlo, se echó a reír; y lo hizo con tantas ganas que su gran estómago se fue hinchando hasta reventar. El pequeño flaco, al ver lo acontecido, quiso ir hasta el poblado para contarlo todo: echó a correr y, más adelante, tropezó en un hoyo de ñame y sus piernas delgadísimas se quebraron y quedó en el camino, herido, hasta que murió.

Los tres hermanos, pues, perecieron. Y su paseo hasta la finca resultó una tragedia.

102. EL HOMBRE Y LA MUJER DEL FANTASMA

En un pueblo vivía un matrimonio con tres hijos. Cuando crecieron, se propusieron marcharse para encontrar familia y trabajo. Empezaron el camino, tras despedirse de sus padres, y al cabo de mucho tiempo encontraron un cruce de tres caminos. El mayor propuso que se separaran y que cada uno de ellos tomara una dirección distinta, y así lo hicieron. El menor tomó el camino de la izquierda; anduvo un rato, y enseguida encontró un pueblo donde lo acogieron: le dieron trabajo, se casó con una chica, y obtuvo familia y bienes. El segundo tomó el camino de la derecha, y todo le fue mal: no encontró trabajo ni mujer, y al cabo murió solo y pobre como una rata.

El mayor siguió el primer camino, sin desviarse. Tras mucho caminar, encontró también un pueblo donde una mujer quiso casarse con él. Se celebró la boda; y, tras ella, el hombre y la mujer se acostaron. Entrada la noche, mientras el marido dormía, la mujer se levantó y se dirigió al bosque: llegó frente a un árbol determinado y empezó a cantar. Al instante compareció un enorme murciélago, se vio un chispazo y aquel murciélago se transformó en un fantasma. Y es que aquella mujer estaba casada con el fantasma, y pasó toda la noche con él.

Al alba, regresó al pueblo, donde el marido le pidió cuentas. Ella le contestó: «No es verdad que haya pasado la noche fuera de casa. He salido hace muy poquito, porque tenía que hacer mis necesidades». El chico calló, y esperó a la noche siguiente: Simuló que se había dormido, siguió a su mujer, y desde lo alto de un árbol presencié todo lo que ocurría. Al alba, regresó a casa antes que ella, e, interrogándola de nuevo, recibió la misma respuesta.

A la noche siguiente sucedió otra vez lo mismo, y el hombre, cansado del engaño, preparó una jaula. A la cuarta noche acudió al bosque con su jaula, antes que su mujer, y empezó a cantar debajo de aquel árbol. El murciélago compareció y, antes de que se pudiera dar cuenta, se encontró metido en la jaula, tomando allí la forma de fantasma. Nuestro hombre empezó a cantar:

*Nyato nyanyato
nyanyalobe mi kato
alfa mi kato.*

Y la jaula, con el fantasma, empezó a volar hasta posarse delante de la casa del chico. La mujer, al darse cuenta de que la habían descubierto, se alarmó. Pero el marido propuso que todos volaran en la jaula. Ella fue la primera en hacerlo, mientras el hombre y el fantasma cantaban desde la casa:

*Nyato nyanyato
nyanyalobe mi kato
alfa mi kato.*

La jaula siguió volando, con la mujer, hasta posarse de nuevo junto a la casa. A continuación subió el marido, y la jaula emprendió el vuelo mientras el fantasma y la mujer cantaban.

Le tocaba el turno al fantasma. Pero el chico se adelantó y quiso volar con su mujer; y volaron y volaron hasta llegar a la casa de los padres del chico, donde se celebró de nuevo la ceremonia de la boda; de manera que la jaula tardó mucho tiempo en regresar junto al fantasma, que seguía cantando:

*Nyato nyanyato
nyanyalobe mi kato
alfa mi kato.*

La mujer tenía un perro que le adivinaba el futuro. Le consultó el problema que tenía, y el perro le indicó lo que debía hacer. Siguieron volando en la jaula: primero la mujer, luego el marido, y después ambos. Al subir la pareja, la jaula emprendió otra vez un vuelo larguísimo, llevándoles nuevamente hasta la casa de los padres del chico, donde la boda se repitió por segunda vez. Y duró tanto tiempo en esta ocasión que el fantasma, agotado de tanto cantar, se desplomó y murió.

Después de esto, el hombre y la mujer pudieron continuar su vida con toda tranquilidad.

103. LOS ESPÍRITUS DE LA NOCHE ¹

Había en un pueblo un hombre y una mujer que no creían en los espíritus. Prepararon una finca y se dieron cuenta de que alguien duplicaba por la noche todo lo que ellos hacían durante el día. Pensaban obtener una buena cosecha; pero en el momento de recoger los frutos y las legumbres también todo se duplicaba y sacaban mucho más de lo que podían vender; de manera que estuvieron a punto de arruinarse.

Conviniere en vigilar la finca: la mujer lo haría de día y el marido por la noche. Una amiga les dejó una lanza para tal menester, con una condición: «Como mi marido quiere tanto a la lanza, tenéis que devolvermela antes de las seis de la mañana». Prometieron que así lo harían y fueron a empezar la vigilancia.

Durante el día no sucedió nada anormal. Por la noche el hombre se metió en un agujero de ñame; y de pronto aparecieron multitud de espíritus que empezaron a arrancar todo lo que había. El que parecía ser el jefe se acercó donde el hombre se había escondido; y, cuando se encontraba a punto de cogerle, el hombre salió del agujero y le clavó la lanza. Todos los fantasmas fueron en su busca y se lo llevaron con la lanza clavada en el corazón.

Cuando la amiga del matrimonio supo que no podían devolverle la herramienta cogió a la mujer y dijo: «Si tu marido no me devuelve la lanza antes de cinco horas te mataré». El pobre hombre empezó a deambular por el bosque sin saber qué hacer. Vio una casita donde vivía una vieja; le ayudó en lo que pudo y la anciana, agradecida, le dijo: «Para encontrar lo que buscas debes seguir por este camino haciendo sólo el bien. En la primera casa que encuentres se halla la lanza que quieres encontrar. Si los espíritus te persiguen coge un palo, dále tres vueltas y estarás otra vez conmigo».

El hombre emprendió el camino. Al cabo de un rato encontró a dos puerco espines que peleaban por una semilla; la partió y dio una mitad a cada uno. Más tarde llegó a un pueblo y, efectivamente, en la prime-

¹ Este cuento nos fue narrado como un cuento tradicional annobonés por miembros de la comunidad isleña de Malabo. Sin embargo la procedencia ndowe parece indudable.

ra casa encontró el cuerpo del jefe de los espíritus con la lanza clavada. Se la arrancó y al instante se congregó a su alrededor una multitud de fantasmas que le dijeron: «Tú debes ser nuestro nuevo jefe. Toma la lanza y ven con nosotros a cazar».

Se dirigieron al bosque. Vieron pasar a un antílope y él lo mató con su lanza y dijo: «Así es como maté a vuestro jefe». Entonces los fantasmas se arremolinaron en torno a él para capturarlo; y el hombre cogió un palo, le dio tres vueltas y se encontró de nuevo con la vieja. Ésta, antes de despedirle, le dio una botella con un ungüento capaz de curar todos los males.

Volvió al pueblo y, además de rescatar a su esposa, empezó a curar a todos los que se encontraban mal. Hasta que un día el que enfermó fue el marido de su amiga. Ésta imploró ayuda y él le prestó la botella del ungüento mágico. El enfermo se recuperó inmediatamente pero, al ir a devolver la botella, ésta se le cayó al suelo y se rompió en mil pedazos.

Nuestro protagonista estaba exasperado: «¿Recuerdas que cuando no podíamos devolverte la lanza querías matar a mi esposa? Pues voy a hacer lo mismo: si antes del anochecer no has recuperado mi ungüento mataré a la tuya».

El marido de la amiga deambuló por el bosque hasta que encontró a la misma vieja que le dio las mismas instrucciones. Así es que emprendió el camino hacia el pueblo de los espíritus. Al acercarse a él encontró a dos puerco espines que se peleaban por una semilla; los mató con su lanza y se los llevó consigo para cenar.

Cuando llegó al pueblo de los fantasmas y entró en la primera casa, entre todos le cercaron y le dijeron: «El último hombre que llegó hasta aquí había matado a nuestro jefe y logró escapar. Tú vas a pagar por él».

Y aquel hombre no regresó jamás a su casa.

104. PUDUMALASAK

Pudumalalak era un hombre famoso por su maldad. Por esta razón ninguna mujer quería casarse con él. Sin embargo, tenía buena suerte a la hora de buscar trabajo.

En una ocasión le encargaron que cuidara a siete niños: él prometió hacerlo, pero los maltrató tanto que al llegar la noche le echaron. Buscó un nuevo trabajo y le encargaron que cuidara de unos cerdos: por la tarde los mató a todos y también perdió su segundo trabajo. Luego encontró a alguien que le propuso cuidar una finca de caña de azúcar: al cabo de pocos días cortó todas las cañas y también tuvieron que echarle.

Pudumalalak estaba tan desmoralizado, al darse cuenta de que perdía todos sus trabajos, que prefirió morir. Llamó a la misma muerte y, cuando ésta apareció, le dijo: «Quiero que me lleves contigo, pero antes quisiera comer un poco. Te ruego que subas a este aguacatero y me traigas unos cuantos aguacates para satisfacer mi hambre».

La muerte, sorprendida al encontrar a alguien que aceptaba su presencia con gusto, apoyó la guadaña en el tronco del árbol y subió a él. Pudumalalak aprovechó la ocasión para cogerle la herramienta: «Ahora ya no podrás llevarte a nadie más». Y la muerte, enfadada al verse ridiculizada por aquel malvado, le juró que jamás volvería a tratar con él.

Pudumalalak, que quería realmente morir, estaba preocupado. Sin saber qué hacer, se dirigió al infierno. Pero allí no quisieron saber nada de él, puesto que su maldad superaba a la del mismo Satanás. A continuación probó suerte en el purgatorio, donde fue igualmente rechazado: era lugar para personas que están entre el bien y el mal, y él no cumplía los requisitos.

Por fin subió al cielo, donde San Pedro le cerró el paso: «Éste es lugar para los buenos y tú eres la maldad personificada». Mas, al cerrar la puerta, le pilló los dedos.

El alarido que soltó Pudumalalak tuvo la virtud de conmover al santo portero, que volvió a abrir la celestial puerta para reparar el daño que había provocado. Y Pudumalalak aprovechó la circunstancia para

entrar en la gloria y sentarse en la silla del santo. Éste fue a protestar a Dios por la presencia de aquel malvado, y regresó con órdenes tajantes de expulsarle del paraíso.

Pero Pudumalask se aferró bien a la silla y San Pedro no pudo hacer nada por levantarlo de allí. Y así fue como nuestro amigo se quedó para siempre en el eterno edén.

105. LA FAMILIA RICA

Había una familia rica llamada Ngay y un chico sin familia. Éste prefería no trabajar; de manera que, cada vez que el padre de la familia rica se iba a la pesca, se disfrazaba de gato y le cantaba a la mamá esta canción:

*Ngay Ngay no está en casa
Ngay Ngay no ha ido a la pesca
Ngay Ngay ha ido a coger agua del pozo
cuando Ngay regrese
la mamá dará algo de comer al chico sin familia.*

El padre regresaba y, al oír las explicaciones de su mujer, creía que todo era un milagro y le ordenaba que diera de comer al chico inmediatamente.

El hijo de la familia Ngay estaba preocupado por lo que ocurría. Era muy amigo del chico sin familia y un día se lo contó todo. Su amigo le dijo: «No te preocupes más por esto. Yo soy el que me disfrazo de gato, y así puedo conseguir comida sin tener que trabajar».

Los dos amigos se rieron mucho por lo que estaba sucediendo. Y el pequeño Ngay no contó nada a sus padres, para que su compañero pudiera seguir viviendo sin dar golpe.

APÉNDICE

VERSIONES EN LENGUA AMBÚ

Para una correcta lectura de las versiones en lengua ambú que nos ofrece Braulio Lorenzo Huesca Pueyo, debe tenerse en cuenta la absoluta carencia de normalización de esta lengua, que quizá sea la que menos se ha escrito y estudiado de las ecuatoguineanas.

Pertenece a un tipo de lenguas que suelen mantener en gran medida su estructura original, claramente bantú, incorporando gran cantidad de léxico de la lengua glotófaga, en este caso el portugués. El resultado es un pidgin cuya descripción presenta numerosos problemas adicionales y cuya escritura actual ofrece vacilaciones muy acusadas:

- En lo que se refiere a la separación de palabras, a causa de los numerosos radicales bantúes que se interpretan o no como unidades diferenciadas.
- En lo que se refiere al uso de signos diacríticos, mal fijados y que tanto pueden afectar a realizaciones de intensidad como de tono.

A ello cabe añadir una imperfecta fijación gráfica para determinados fonemas.

Por todo lo cual hemos preferido dar a la luz una versión habitual hoy entre los pocos annoboneses que escriben su lengua, sin intentar un trabajo de descripción y de normativización que está lejos de nuestro alcance.

1. NA PIME POJODOL ¹

Pa naxiolo fê ambô pa ja ta, n'gwe dôs, wan pay jamay, mindji ángwe na sé fa angwe ten jatalaf, andjia, se maxi na pe ba lalea sê ya oyiô da oxi kê bê sa n'dope pôjôdól ximaél. Sê ba jondê pe wan bassu lapa ku sa van tól, pêbé jôxi ja fê sen jadjí dope nensay mindji mossay tadjí moso se jan'da lalea; ta ke jas'andaala, na ja de óyiô tendéfa engwe tenjatalaf.

Wan pamasedu, se maxi napay ba lalea sêé fê zukan xima n'dalalea, valadji pa damóse ôtendéfa ye ten sa jan'gwe, ta da tadjí ôxi may tan bi lalea sê tembe sandopé ku moson'dalalea nexi kê fe peay, sê ya bôjô pe betu, tadaxí sê fê lime sa palee tudu pê fo da jonta jôli valadji pê ne fo zunta.

Ta da déxi kene dojontul se ne zunta. Ambô bi ja ta jan egandji, kusa palaja kumángwe, y lai y sa jua limendji sa palée tudu pêhé nguliney; tadaxi sê nen fa pêhé ne fe wan tadjí, mindji pa jadjí se saku dôté van, pat'a zgandji ja sadjuni pêney ta wan jodo bissan pene da kun tuduba liba, peney ja kudji kumu vand'ala.

Zgandji bí sêhé tëndé fanda jani súa, sê ba jôhô, sê bê jodo, sê pindju subili, non se fa ipy zagawsé jomessa ja le jodo, sêhé ney pota jôdo se pono bida san sé fa maté fal jassa fôdexí sé ne bibe gaw sé ne pali m'na xiexi sa jóne osse tud, sin zukan fonta.

Ta bi da yai sé non jabey pêhé.

¹ Los primeros hombres.

10. FOLI ZANJA BOBO MAJAKU ¹

Dantu mematu tela nagul saku wa sapa limaya, massu, ku baha-bu... Tempu tempu iney bi ja ta wa ja ma soso, n'guixi bi jada odji sa lian n'guixi ja fatali asaje de ku jata mata, za pa n'gutukumel.

Tôtyiga se bi jakendê kú jók, jantu jossay dja tudu y ja djuni tadjí.

Wan pamasedu kun'gutu lanta se atoja ôgué djingwe tudu tyintyi laba, tádaxi n'gutudu v'la ôdatôtyiga, tadaxi sê fa jayfêf; sé apêxi, mindjí a janda jua passenguíxi fê josay pa pôma lidabél.

Anta ja fê pa tôtyiga ba djuni, sêê ma wan faj'a, sê pê wan'gatyidél pa n'guixi tenje limpazaja pêli ba bagal. Oxi djunimangu tudu, se majaku lant'a se jomessa ja lontógô péngwê. Ta ku ôna dédé sê be ja ku totyiga ja tyabilin sê be pé ba limpa pé tôtyíga, ixi kébe mosso se zanja dé jomessa ja fe sánguipata pata.

Batoja ku fidase na tan sojaf, xikê môlé motyi totyiga, tadaxí, taka bêt pamassedu xi sé a de ku ja mata se a me p'san se ngutud kumêl, fodexí se majaku foli zanja dé ja bôbô.

¹ El culo rojo del macaco.

11. JAFE TOTYIGA JA POW DANTU DALEA ¹

Dantu dá saga, bi sakú totyiga dôs, wan napay ku wa námay móx miela bi sá panyia, sé dja dê s'ke da góli be pow za sê fa medu dê: medumúya lemú pen ba pow, sê ten ba jôli sê ba yôjo budú sé sa jamexi ké ten pow dê tudu dantu yôj budu. Sé mosso de tanfal non tanke biwa dantu teix djia pê ney bi wa namína díney *non kê bê ôsé xi* takê ney sê fô alá sé zukan limaya bé sé kumontudu.

Tá da teix djia sê ney bá dá jaméxi ké pow sé na bê nyi joja dowf. Tádaxi sé medu dél falí: pintyidu mihé mú. Ya pa ba tanifa mú zugandjia pen ta bi ku bó pa tan bi jua how pakê mie bi ju bo sé no na be jôxi no bi juaf. Sê ten fál tá pa sa bó sekun hox nensay, ye na saku zukanjaf tá pa zugandjia ban tan bí jomaxif.

Tádaxi se djia passa sê tangongo pow, se n'ta fa dme dê zugánjaf sê ba lalea, sê ba dántu dalea sê pow dê túdu. Tá tan ba da dantu teix djia sê bé sê badá bôjô dómal sê supia se na m'na tôtyiga tu jôlé bi total.

Non tu sê fá líbadalea tôtyiga na ja fóndaf sê ku na m'na dê sa janda mole, mole xí sé bi patu nénxi sa ván java sé bi sé jomessa ja daney ku bôjô. Sê ney pota engwê labu, se ba angwê sê pota wan ope, xii sê ney. Lanta dantu dáwa, sê maney ba da jamexi pejadjidêl sa, ta ke ba jôhoyo ba bê ney sê fáli: angwê faté labu, angwê fa té wan pena, mindji anto se mú kélê fa bo na sé biska kun how tuduf, fôdèxi sé tôtyiga ja pow dantu dale, dajantu paná tanku mé how tud, pakê y ja pê sé a ja kume how tudu.

Ja pa sa já y ba pe how dantu daleaf m'kêlêfa tôtyiga nasje tê dantu munduf, ta daxí pa namsedji bê sé joxi kê ja pow dantu dalea.

Ta ku bi yai se non ja ba pê.

¹ ¿Por qué la tortuga de mar pone sus huevos en la arena?

12. BIBÍ PATU XI NA JA LEGA PA TELIF ¹

Bibí sa wan patu d'ambô ku tassa losso losso, y na ja lega pa zukan bubu ka tyal déf, ilai y na jata meme d'ogof, y ja da petú ku bôbô, fomôzó. Wan djia wan pay, bê patu ndola ndola say séê bingongo têt pa bijo tadji, sé bibí falí: bo ten ja ngongo temu, ma wan budu pa bo tyamu pa se sa jóxi fê za pa bo temu. Tá pe say jendé xí sê bôjô dê m'djila betu; sêhê bé gá fa ta pê jóxi bibí fal.

Tadaxí se jua budu gay, se tyá bibí say, waya ta ké tyali sé dé ado, pa ké nontuse fá bibí sangwé da ado, da ôgue levxí sa tól. Sé budu pesay, vent'a se bada jonta jan galafan tómbô djingwé sé kabela y se na sa ja feha feha xif.

Ta xiô tómbô sê bê se n'da tope, ku sula pa toje pé ne feguela; y se na sa pufiaf y ne pufa wan bojo tempu gávxi, batoja ku pôw pe bôjo dantu pada padji tosay. Panamsedji bé n'gutudu lipeveyu paké y fe jonexi ngwé danadu já fê.

Fo dèxí sé n'gutudu sê fa bibí na sa patu d'ogôf, y sa wan patu plepal sê zukan n'gwê ntan ja da pizgú télif, se ye se non jaba pé.

¹ El pájaro Bibí.

14. GALU N'GANYIA NU PAATA¹

Wan tela se solla folo, se sajan galu nganyia ku wamp paata, se wangwê mæssê wangwê sêe ney jaza. M'dji jazá say kê ney jazaai; na seesta jazamentu ja fêfê xifa pakê a jafa: pôjô ku pôjô; paata ku paata. Ku tempu jôlidu see da xiôlô pa galu n'ganyia ô tendê fa may jadji deli, mama paata na sa ja fôlf taba bi jadji dji bôjô tadjai y ja toja jadji sunzu, sêe na ja bê kum fa midji mama paata jassa libajama v'la tyipabanku kulazan bôjô fa is ja danx. Se pay n'ganyia ja fê kumu sêe ja jadji ku ja tudu, da wan pamassedu sêe pay fa isaja matu ba tyalba, sêe fêe xima fanja issê beza, sêe tan da voto sêe jondê pê bassu jama. Na da wan vedjifá sê be sêe lanta sêe pentya ô guê gavu sê bajadji kumu, sêe kumpa kum taba sê tuka bitidu, sêe ma zêtê d'ôguê nexi gagau maxi sê d'ôguê, na dan vêdjifa se bi sêe wan pay paata se lanta jadji se ba liba jadela se tussan, sezwaia na mosso se may va fo saan se tya kumpê meza sêeney kumu sê mey bêbê. Se liguilía ten vada saan ku bugu ku baga ku jatúd; se ôxi da gwalise a lanta jotyiá, se a fanté fanté nenxi sa palee tudu. Se ta ta bê fad'ola saja pono ja be banda tadjia se xiôlô pa paata ma kuzu se tanda tax bajadjidêl. Todo joneixi fê ai galu n'ganyia sa bassu jama sêe be tudu; ta o'la da, sêe sê fo tabaya se fali pe maia bobiza. Odje dantyi den pajada maxiku odjiatudu. Se galu nganyia passa bassan ba tussan sê jonte todo joneixi passa tudu; se takê falijaba ku paxanxi saja meteli sêe dee ku bôjô sêe nguleli. Waia fodexi se na nganyia nta ja fo bê jama paata ja passaf.

Pakê vila namigu d'alma diney. Se iay se sollajaba pê.

¹ El gallo y la cucaracha.

16. BALEA KU TUBLAN ¹

Wandjia balea bisaja danda dantu domali se da jonta ku tublan, namsedji se fa tublan gagaodji gavu, sêê tyini ba pongota balea:

—Waya balaya ja fê bo gantyi xî?

—Sê fali m'gantyi sí pa kê amse amdjipímelu, bo na ta bo bi fajonxif.

Se tublan fa lí:

—Amu m'saku vitandji pen kubo.

—Pobo saje kumu, bo sa je bé joxi m'saje febó: ta pen tyinka bavan, pobo faíay paban pén dê ôyóf.

Ambo taja balea ô ka ja tende fu s'pa dél, ba té tu ja sêe ku zaguea-ku jadé pa ba dal, sé tublán na fê joxi balea falf, ta nangwé da balea sê sé n'gutu patyi, patyi pé liba domal, ta ku tublan ba bê jôhâyô sângui balea, sé bê wan mói tublán sê ne.

Basan batusan sê ney fé wan taba fessa, da óxi ka pasabasan batusan se akun balea, tadaxí se ye se soya jabá pé.

¹ La ballena y el tiburón.

20. SOYA OSONTYI ¹

Antela sé sajá may ku medu dél; aximé osontyi dôs, wan mai já pai jazadu dantu gueza pádjil.

Medu dél apé danda ta ke ja sá danda ku menjadji dél ja. Sa fá jôl sé ja falé ku pajada, ta da djia sé fa pejadjidél: pejadji muya, non sájazadu, na lamajá po bó ja femuxif.

—Se pe jadjidél fal námay a m'dji pa já tajadji panapay se ja danda.

—Mengó pa ja bèn ku bó sa ja fafaf, pakê zukan jábo na sa ja bo jonf, ta ja da golí, panángwê bo ja sa límu, axí m'sé v'la jáli da bó.

—Pakê jáfé? Amu mihebó.

—Tá pa námay jasajadji, na pê néy ja sa metêdohi ximafa n'gwê sa walf. Amu tenté mosso lóluya ku ja sa ten labu ken jassa jôle.

Mengongo pê ney sa jamada munf.

Medumuyá femfáta bó.

Bí po bó bí bê.

Sé ney sê ba mêté doluya, ixi kê ne sê mosso, se an namonexi pai janda ja toja, sam pai, waya, bantánjónsenfá?

Sé mosso dê fal kundji sún, anto bansa kundjif m'gongo po bo kundji.

Sé mosso fali banta *lombá dêixi nombi sa dantu jamá vendê ali-denx, ku bó den an jajá dásu janyi ké ma ba jadjí ba kudji da namna muyái.*

Sé men jadjí dê fal *axan ja mé sé sa n'guixi bo fá ponó bí po bo bi m'samu, osexí n'gwé peza jôli tadaxisé y jo mesa ja pêtê pê mosso, sé ney fala peza, y se na sa piáo tyadutaf.*

Tadaxi se xió mosso jomesa já ta kidele, valadji ángwê ja fo bi fêlazandél, da jáxigadusé xigalay. Wan pay ku biska pasa jabay sé sa n'guixi yabay ku mótóma dal ku da jáwa.

Dantu pezase y na fo tyanefá pakê y pasedji si y ja mótóma dantul, na móssu tudu sa jé leguê pê se sa se sá sin mosso.

Ta ke ney ba da jadjí sé mossodê pongotal pê dé lazan amea pasamentu joxi fê metedoluyay se ma jadél se jólé fo jadjí fo dêixi.

¹ Una historia de lagartos.

23. JOSOLO KU TOTYIGA ¹

Josol ku totyiga, yney tudu jata lem: yney sa wán jamada gôdó, ijól se ja danda. Familia diney já pasafey dá faku, zugángwê tan ja sá molé da fakú xi kê ney sa ja'ma. Sê ne maznafa tá pê ney fê matu, waxí yney jafó sa ku já pa lanja demtyi max, se ney fê matú nyi na ja da gól joney pê né fo kunf.

Wan pamasedu kê ne tan sa ja matu ba tyalba, sê ne fa pêne pasa benda patyi dôgô. Tá ka ba dalá lomé jamagantyi sê ney da jonta ja alka, ta kê ney blaalkase sê ne da jonta ján josán djielu, wan sapa djie bôbô. Sê ne ma alkasé sê ney tya fo jamagay se ne jondé pe wan jamá ke ne mo sésebê tadaxi pamasetudu se ney ja la bá ja pê ne ja má kumpa dixamentu diney.

Pôw kinté kinté tudu sa kú ôyô liba diney da oxi ja kan sa be ezaf: falia dine ja kún jôxi kê ne ngóngojól, na m'na na tan ja n'da jopé dodjif, zungangwê na sê jamexi ke né ja tya djie fof.

Non tu jonsé totyiga amexi kê sá dadalandél ku fengwê danaduxi sa jól, sê ngo pa jatú sa jadêl.

Ta ba da wan nôtyi se lantá, se v'la mematu jamêxi ke ne gada alka pê. Sê tuka alkasay ku wan patadu sê ma ixki sê fo gada pê anjamá patádu.

Ta ba dá pamasedu sê ku jamadade tôtyiga majá se ney tan v'la mematu, ta kê ney badala sê ney na befa, sê ney dá pún mêtésula se ne majá se neytan v'la jadji. Kaba jôjôsôta pê.

Jôsólô na jonfa totyigaf, sé fi djihê xi fuga jô sêbé sé fo kumpa wan tyinú ku wan bobolonda a ximé an tombólô. Ta dá nôtyi, sé bixi bobolonda, sê ma tyinú se ba olá jadji tôtyiga, se jomesa já da ja janta: Bóxi bê ma ba pê jôssé sa ja ôma'ma, dadalán.

Janda mole mole, ja fa jôsay. Sê ta totyiga tendê josay sé ôgué dê jomesa ja dá tatata, ta ke sa sa tende fá tomboku tyinú sê pê fa ja pamet se ská fala, mendú xi ke sa ja mendu sê pê fa naxiolo dêsé bisán pa bi dé jatigu, ku ja fê sé kê feay ta'ku jôsó jansá ke majá kê da táxi, sê lanta se ma alka se ma ba pê jamexi ke tojá ta pasedu tan bla seney tan

¹ El perro y la tortuga.

ba dá jamexi kê ne gada alka pê se tôtyiga ta labe se badantu dalba se tya bí. Da ôxi ké nágada pê londjie.

Sê tósô fa pa patyí da ôxi ke jonsé tôtyiga fo iyandopé ba tojá ja bé jása. Pa n'gutu gadá oydiney.

Fo dêxi se ne na tantê zugan pufia maxif *na jonfa zunganguef nyí ba toja samba bó.*

24. TOTYIGA KU BALEA ¹

Pixí néxi naxiolo m'dji tudu tempu tempu yné tudu bijata zuntadu, fa liguilia wan djividji sin zukan guela. Ta ba da djia se tótyiga sé gagá minselem'tay ba opé balea se fal: *Wa, balea, zjá ma fe tá faku ja da bo bo ja sá kun mámanexi kityi kityi?*

Déxi já bi ja mê tê ba lá paxan, sé tótyiga ntan lanteja djividjil: *M'te wátaba bôjô ku wan tyipa lagu, ken ja fo kun joxi ken n'gó: a má pamasedu bo sé msa je kúmu ku na m'na bóku mosso bó tudu.*

Sé totyiga mendu sê majá ku namna dé tudu sé né poáta dantu yôjô budu fodexi, se ne fo sava.

¹ La tortuga y la ballena.

25. PAXIALÊ, TOTYIGA KU JÔSSÔLÔ ¹

Paxialê, totyiga ku jôssôlô bi jata ajabala, wa ya ine sajama wa mavida, daôxi tela na tê kumif, dantu mavida ngutu na se sajamaf, assê fa tela ngadji. Tadaxi see paxialê sa ku gau, y pa joneinxi sa ja gau tu poguêdêl, ayla y ja bibe gau, joneix sa tela ku dantu meme tudu y mafê ja dêl. Joneinxi tôtyiga jafê se dajonta ku anjajamagandji ku ja da jonta ku segan dê lê, sêê sajalê jamangandji say sêê bad'ala sê paan palidôpa neinxi kê padjitudu, seixa pil dê sêê bidajadji.

Fodexi sê janda ja fê jossay, jonese kê jamatu paxialê pa futaay, ja sovezal, kê tajaba jamadêl pa jossôlo ke ja ngongo jasa me bitadji dêl bikumu. Ta jôssôl be joxi sajadê se falê, jamada den lazan joxi bosaja fê tudjia no tusaja mamavida se osexi bola jomesa jata gau beza sêê fali: m'saje mabobay pobo ba bê joxi n'gafê, mindji no ten jasabe pa wan pali dôpa ten ponodabo wan lomba pintyidu pa baan ta kidêlê pakê sodadji paxialê sa je bi ma bo ba a'la bôbô.

Notyi xime sêê ne v'la mematu, takê ne bi oja dinei tudu bixa gola gola palidôpa ta kê ne bi da jadji y se nasa liguiliat a maxii oxi n'gutu sa matu jatabaya, sêêfa jamadadêli pêê ne tambai, sê ne badala taka sajabay se wan pono jôjônayo nense pono da totyiga sêê sumpê sê fa jamada de jossolo pasê sajoxi pe tenfê oxi ten jadalai.

Dexi fê teixi djia sê nen tambai, ta kasajabai se wan ponodu pono da jôssôlô sê ta wan fa kidêlê, se na jontyisma pétépenei, namsê sê fa y ja jôle lizugay, se jôle se ôma na kelif, ta daxi tôtyiga jondê pê basu fa dôpa. Ta tadjima sê pindji jamada dêl pedan ta nôtyi ta kubili sê ne n'tanfa pê ne tambai, ta ké ne tan bada ala se jôssô tan fê jôxi kê fe deixki odjay totyiga se ôma kê, se ame bada paxialê. Se paxiale fa pa de ku ja mata pa wandjia pê n'tafê, se tôtyiga fali: Djiádjingu jabi m'saje fêê lóntôgo mindji mausa je yaf, se paxialê fali: bo ten jafê jossai m'saje le gabo.

Tada djádjingu a ten bél ope domal sé a me ba lalea, see pôu kintê kintêlu ten ludjal pê metadji, sêê jafa japa navin dé léa, ta ka ja pa se jaya xii, ta ka tan bi pa sê a toje ôgo jababeza, tadaxi se paxi alé legali sê ten bajadji dêl, ta ku bi da yai se soya jaba pé.

¹ El rey, la tortuga y el perro.

26. PAXIALÊ MABANA ¹

Mabana sá jan alê kê fa pa zugangwé ku na pay na tapiba meban maxif, na mehé mosso se ja fo bay. Palea sa ku wan tótyiga ku mossodêl; waya mossodel majá sé ba Mabana, sé sa Palea sé fúmu mossodel maté sê ngongobay, sê na sê jôxi pêfef, sê manda na m'nadêl pa ba matupadjil, ba kuta fakulú ma bi mal funda dé badá mossodêl. Sehe na m'na dêl tenfêjoxi kê manda sê nembí sé a máli funda sê ne mabasanantony bajuengue da má funda ba'da mendiney, sé zugangwé kê ne ja fa jôli na ja ngongofá pakê fundá pizamunt, xii batoja ôxi bi na may dôs kêney má pakê y ney sa minga mosso tótyiga.

Sê né jabé, jabé ba dá ope pangola dájobo, se engue fa éngue pa p'san ba sotá funda paké funda pizamun ta kê ne ngo p'san sé ne tendé: Ih tudja tela sé jasaxi a dabó anja tadéngue se bo jábla, se bisá totyiga sé faxí sê ney pê fa líma. Sê ney mendú sê ne na tan blaf. Se ne ja fê jôsse jangóbla sê ne ja téndé joxi mé xii sê ne bada Mébana, ta ké ne badalá sê ne toja mosso totyiga bamatu, sé tákê bí se adé fundadêl, wayá sê sêsêfá tótyigá se sa dantu, fudida, takê tyamá fu kuz sé sotal. Sê ne ten sa tadji, sê paxialê jôsse llega oladêl, sê manda sodadji ba têt, sê paxialê falí: axí bó ná tende ódji munf bo sa jé jatabayay, sin zugandola.

Ta kê sa ja tabaya ta da wandjia segadá ngutú ba djuni sê ba jada paxialé se fê wan é lontógôpê ta'da pamasedú sé a pongota n'gutudu sé zugangwe fá inasêbêf sé a fala pimé fudulugu se a dá kuja mata jafé josay kadadjia aja mata angwe, tadadjia se wángwe belí se pamasedu se vëndêl se a mé ba lalea paten badalikuja'matá sé fa pá nángwe lóngô lóngô ba benda djiliba pa nángwê kútu kútu ba benda básu, taku na m'nensse natan sa japalf se jôlé sataney se badá dantu dawa se v'la obitax sé faney amú tótyiga veaku, êlelé elehe.

¹ La tortuga y el rey.

32. TOTYIGA, BALEA KU ELEFANTE ¹

Baléa ku elefante y ney tudu bisjata jamá patadu waya y ney bisa-
jan yapemetadji dajantu y ne fê tába ngwe nguengatyi.

Tadaxi pá tótyiga ku tenjata bensala xii jasamaney sêhê ja sa pufiá
joney, fa y fó téney pi séa tá kê ja sa fáne jossay y jasáli. Tá dadjia
batoja déxi kêhê tyia djia pê joney ba bê. Waya nonta saja jope taix,
ôxi kê fanei jössay tótyiga na sê fa y ten fa elefante joximéf.

Ta da dèxi sê fá balea bo ja gaden budjéguél po bó gaden van
budjíguél jamangandji; se tá da juáthfela déxi da djá sêhê nen bay, sê
ne badála sé tótyiga bé sé ma jodo pê balea tójoso labu sê be se ten
mawán pê elefante, sê jô lé tyinka ba ván budjíguél sê faney tudu ôxi
bojabé jódo teza bo ja jomessa ja tê, sê ney tudu jozogópe.

Tá da goly se jonta ba tosá teix se jódo tezá sê ne jomessa ja tanja,
ta kêne ja sa tanja sê jasa van budu ja baya ku janta, balea jasabéli
elefante jasabél mindji angwe na jasabenguéf. Xii batoja oxi tódo ja-
benta jalma ja fèney tudu patá patá, se balea bi sé fali jamada muya
den omá bó, setensajôxi elefante ten fali; sê fali: jamada tótyiga m'bê
bó ôxi non já tanja bosala ja baya pobó be fó djá sa dja dodjay n'gwe
jada bó óndolo, se tensajôxi n'guixki ten fál.

Fô déx sé nen jada tótyiga óndolo bi toja dja sa dja dódjay.

¹ La tortuga, la ballena y el elefante.

40. MAGUTÍN KU MENVEYU ¹

Wan tela se soya folo, sehe jôxi mosso sa telasay sa tomenta nam'na, fa janta bityil ku fá lubela. Telasay, saku wan na mosso ka ja samé Magutín ka pêl pan flor, jadjidíney saku wan hôgo ku sá kú fá dôpa, y se nasa ja fómôzô xif, bityí nenxi sa mématutudu ala sê ney ja fefadji pê; axi me kalopeta, ôlé jadjidêl sajam may ô buma buma, zugángwê na ja fó ya bí ôla jadjidêfa da fumbáxi ja sa fénda, ja sangó dangwê luzá. Ija sa bojopoto jadjidêl ja tusan jágada Magutín pa passa pê mandé bá plawa dál.

Ba toja dèxi ke fáli pê limpé oiô pê délazan kuz. Sé Magutín na tén pê namdjiskwanfá sé ten jomessa ja limpé oiô, mindjí y ja sá ngulí fôxi pê ná luza sê fal: só sê beza, na m'na tudu jasafê gáda, m'plawa dabó béza. Ké já m'tanjafôfê wa na m'na mlela xíma fan amu.

Bi lomu oiô pen dabo lazan kuz, tudjá tudjia. Wan djia se jansá sêhê ngulí fôxi sê jomessa já loló. Ta kê ja sa loló se ja sa v'la emadobô-yô pel bôjô. Sê fal pe tussan pê dé lazan kuz. Tá kê tussan sê dé wan nêl. Neli say jonéxi bó ja pindjetudu y ja dabó; sêhe saku nêl say, sê kesefa y saku jossé ômá.

Páxialê la jata modoya, modoya paké mihê dêl sajá dandji, sê da fá bavan pa n'guixi ja saja limedji pa bifé pakê y la dá m'ndjan néxi sa tó tudu se mihe na ja lizuf, pôu nexi, sê anké limedji tu bay, na ja kulaf, zungangwe ja útu pátyi tenjé fê zukan jaf. Tá da andjia sê nó me dèlê, pilinxipe fa pêdêl: I ten saja danda pê ten ba jua anke limedji, se sa jabay, sê dajonta nu Magutín ôlajadji ja tussan, sê levalí se mosso tenleval, ilay Magutín bisa ôlé jadji ja jozé, sêhé ya bá ope dêli je jonte passamentu dêli, ta kê saja beza se jassa Magutín dá nêl, sê tan samé jope bi taxí se badajamêxi ke gada nêl pe se má se jolí badajadji sê kudji zukan fa'dôpá sê dé bebé, sê fega'nel deli se mle dèlê lanta se bojo lí ma jadji, ta ku fêgada xi fêgada paxialê se manda massedê jaza ku Magutín, sê ne pali wan sápa mina nenxi méndiney na palifa se ne ta gau.

Sé sa joxi fê ambo si wa namé jaza angwê, a jafali pê taza ku wan nome táfal pena pêndé tóssef.

¹ Magutín y la vieja.

45. MENDOFIA VALIA KU MA KATALINA ¹

Me mense sa wan menveyu ka jasan valía, waya isa fityisélu paké da sapa d'ofia sajól: masédél, isajan n'ome, mindji nam fèxi sa ku mendél, se maznafa ta pê sê fo telasay pê ba Sanantonyi Palea. Ja mese ke bayai ta, pê bibe da tabaxi nê sa je jáfê, y sa wan namasé jolojolo, y jonssê wan namosso fumosso ka ja same Katalina, se jô ten sa; ta da djia sé jaza jôl, sêhê nen pali wan josan mina. Axime y ney ten sa ja tende ku jada ne jôxi kene n'gojól, mie dël na sa legaduf ku amease kê ney sajatamay y n'gongo se jôxi fêza ome de dentyimaxi. Sê pongota medudél sê na jade lazane. Batoja dexi kê békede lazan tadu mendél; sê pegua de pa zugandja pêhé na mana m'na bawal.

Wandjia sê gada ome dê ba Agandji sê ma namna sê ma vada Palea ta kê bada jadji sogadél sehê toje bamatu, se m'djagadexi sê fo matu bi, ta ke bi se kenta se jomessa, jata nam'nabai, ta ku pay bada jadji se na bénéf setala sê fa wan ja la xiganey, se jolê v'la Sanantonyi, sêhê jolé xii sê bada lubela seja tendê fa sua menjadjidél seja samé sê ja kundji ku sua bôjô, pakê osexi êl sea saje taba awa kendji.

Jonense tudu fê paké non sêfa náme na ja tëndénguéf tadaxi oxi kêbadala y toja iney tudu mobeza.

Non jaba peyai.

¹ La esposa desobediente.

46. SOYA AFIYU KITYI ¹

Wan telasé sóya fól Agandji ja tá ku wan menveyu ku m'nadjimi-nadél ajasamali Afiyu Kityi nada jonta na minéski mojatu dantiyifá kaja sa Afiyu Kityi, waya tela say saján sigantyi ku sa Palea ja ku méngue anta ja fo bá plá sagaf danyantu jandumátu.

Wan djiá sé Afiyu Kityi ba lalea bá plawa saga, ta kê plawa kengó tya wan ope sê ba jôhoyô liba sê da jonta ku jandumé liba jagadal, non tu sê fa Afiyu Kityi sa wan namasé jolojól, mindji joxi ja fontali sa deke y kityi gau.

Jandumatu na ja sa bêl gau, sê jomessa já janta dal:

*Afiyu Kityi ya, Afiyu Kityi
bi pen kumbó.*

Se Afiyu Kityu fa jandumatú:

*Iih, memu fa pe mbi plawa dé seboke
fape mbibo kuhmu, maa menke bif.*

Ta ke bada jadji, sê da lazan pasamentu jonexi fel tudu. Sé memendê pegua dé pê pintyidu pa zugandjia pê natan ba lalea. Se na tenjôxi memendê falif, séhê ma na tatô dêl se v'la jaméxi, jandumatu sa, sê bada dentyi dê se jandumatu falé sê ngulel se me v'la yôjô pê ba jansa, se Afiyu Kityi tya jatô dê sê jomessa ja poté lásu tyipa, xii se jandumatu safé ta kidêle, batoja ôxi jandumatu ba bête sa'n, waya ôxi kena sa môfa y saja mindji pa bi fê la zandél.

Tá ku. Jandumatu ba baté sa'n sê bagué tyipa sê sefó dantu tyipa se jôlé ba jadji ba samá n'gutu pa bi wá.

Ta ku bida yai sé non jaba bé.

¹ La historia de Afiyu-Kityi.

48. NA NAMEE DOS ¹

Wa paï, saku mosso dós. Se ne tudu saku wan mina napai ké neké-ké kaxija sen nguixi sa mine enguef wandja se me engue mólè, se moski ma namasala, ta dadja se inaja jonsé mina déf. Se wan mendofa jata ala falipe ma ótoze petu peepee skada ta ina ske bi nguixi keja de ke na sa nefsesa mina dél.

Ta daxi fodexi se jomesa jafe laza m'na dê gau máxi ku ngxuki, tabada maxhi ôtendê se fa na mem dê isaje se fo te lasay peba jua antabaya pétábaya. Pê fo bibe.

Anta pe bay se fa mase pédél: Boja be faja say déxi boja bê fa jase fojo boja sê fa jaxigamu, boja bê detadu boja bê msagavu. Se fal josse sé datax.

Ta kê bé sê bada wan lubela se be wan peveyu kufalí peba tela sala da ôxi sganx ma mna mie délé peba kumi, tadaxi se paxialê fa nguixii ja mata sganxi, saje jaza ku mna miedêl.

Se poe sé mata sganxi se pote olea ku lunga dél ta ku sa notyiza se moyila se djuni, se angue se pota wandasu sganxi se ma mina délé se bada jadji. Se ale fapa ba jaza, se na ngof.

Ta ka ngo ba jaza se sa ôxi nama se bada la ta kê ba joxiô ba dél se fa pe de nguixi mata sganxile leai, se msa lunga ku kusan, ta daxi se a jolé maxki fotela se jaza kumina mie délé se ne pali mina nexi sa tela tudu.

¹ La princesa y el monstruo.

52. E ETE O BWUAISO ¹

Ajo je: Ja jeri boye na, e le jaa jo oabwua, eler'obalai a bo po o bojuelo bosuba. A: o okala wuaise, pmabo e ete o uete; ue bue takieso Oberi e le aje jo bua, bue bae abo kokere erou: boye le takia tyobo.

Je le jete bilo, otanne e bejuelo. Ajesi jo naia sapari seseseseeee, na sa: na o la le na, kokia kope e ete: nnai laba bokia o la penne; a: ee; Esapari sa: e etemm kelo: elo eebe nna naa ora naba. Ba jesi jo jela ribala. Elo eebe, o bola bobbe, okia a jele'joba buela jo ekeru naba.

Elo, inaba i etty e etata. Kalo e a bampesilole'joba buela jo ekeru naba. A pityo otubala ejole buetya e bijoba buela. O buetya a pem ariola na e aruri, e ewira noko, e bisila bia e boto bi bilesu obosu buae. E ariola okie erio etem a pila. O bobbe, e le ke na e ti ela, a mjapaora kuba pila. E ariol e papero ora; alo e le arala, kalo e le asosale katto e jatyamme. E a jiwuana ubeso. O tyi oa tyomm bubae sariola na si ta balao? Na o ta lari jaba na mpa ora naba jnke jnke, oa osa o le soie esoi ela, o la pala jo batya bio. O bola bobbe are ariola jaba ejoba buela na je ebuerabuera, a boia boiso e apara: e mme, o bala bupa, jelo oboiso bio, kori ka nkori naba na ke o poeri. Alo a setyiala o toola, ajubia.

E bwuaise wua batyo, e le oe esupa so tokom o tokea a tue, aasia ke supu se naba e a la belae. E le nao bibwuela na e sinaba si a beri, opio o boiso buela, a tokei e a jesi obwua. Jomma jomma ikio bola bobbe e bo soie esoi.

O bola bobbe na e a la jubiero otyobo ai, a jiwuana o bwue buai bo la jela bokopi. A batyo amma buileeri, kori ja tyi btyo na aa pao tapanna btyo buete na osa e nokonoko. Elo, a utubam bosesepe buela na a ba bajetyaero e biole bio: obuee lo bokopi, kori a o bokopi bo a bualeela riua.

E le ke na a abulei, a jero'tyobo; itya na o wuaise ai la obetela la buee. Buae o bola bwuari e le ke na a ta poam naba, a bo jeri jo tabala lo ika labe labe. O bola bobbe a naio otoola ba o alo ai tyi a pula tya bwutyi bua sinori. Tyomma atyi a toori la botyo.

Siatta kolo kolo ba, kolo.

¹ La ley de la muier.

57. O BOSESEPEARI LO BOJMATE¹

Ajo je: Ja sei ebelo abola bari ba jesi jo ekera borao: ika, e bijmate...
Je omma, e ila rai ke Nkatyuo. Ebelo e eba ales'o buityai.

Je elo na ba atyi eria oreka, bem bojmate. Kalo bo seia buebue, kalo bo a jmila. Ebelo atyi, obote bio sei ipalo palo na botyo pao oba lele lele. Abola bari amma bobi o bote, be a beresio bijma.

Etyio e le pele, be amma ba basotyio, tya e Nkatyuo lo buityai. Sibelo, e Nkatyuo ba sotyio, buae e le ba sotyeso, a jeri opa'ipelo pelo o bote bio, kosa na o buityai e ba pito sotyio. Obola bua byto e a beesi esari.

Ja jetyi bilo. E etata jeteri ariola na e lele poja e jesi jo sosuela abatyo be'ria ajo bio. E ariola e ar'bola o tyobo aé, e a bo bopesi. Ebelo e le pele e ribuei ra e, e ariola eler'obola, e a bo bora: tue tyim nkwuao, o a jaalo o loka eka e le erupu, ja a jetala bilo, e a bikireso; na bueeki jnna, e lo ale'tye a pemme o bonatuo e Nkatyuo.

E ariola je si jo bwua. E sola sari sekie'bejuelo jnna bie ariola. Si per'eria buela a pemme o bonatuo ai, na na a aopio balo. E sola sari si tyiann'tye o botuta bue mpa jo ja. Ebelo a pelala jo mpo o botuta, a bola be Nkatyuo ba a bo bujerala pua, na ataba: lue lujerann e keu pua.

A bola be a buaro'tyobo abo. E Nkatyuo na a te anna ko buetai buae a bopei loko na o ammo je tomm tua koe. E sola sari si bo potobieria. E Nkatyuo o bo pei elako o karibi ko e jnku buela ito yai. A asale'lako ai a la bela siberi lo boata bo bojmate. Elo, e Nkatyuo a boi; e le balebolo na ko'bueta ai, a bo ba jatyibiammo, a wuaro'tyobo.

Tue tyin ajo, be a pemm lele.

¹ La chica y el manzano.

64. ERIBOLA E JNTYATYA ¹

Ajo je: Ja sei boye la wuaise na ba oki bola be apa, bobele la wueta. Je elo, ba batekori jo eker a e jntyatya e eribola.

A bola ba batyinno, ale ba are'tele ai. O bola wuari wue e paro la otya, a boie'jntyatya, a buero'bese. O bola bobele e le ke eriu ro wuetai, a bori, a botyileri jaba ja toko toko. E a jes'obese le jntyatya. E le pele a baye bai a: nta pao anna etye o buentamm ee. Kori a le ba a jetye tele ai.

Je le jete biea, ja sei abeba na ba nteerie'paru biabo ajo bio o bola wuari a tyileri jo ja; kalo be oi la se siberi:

*wuana, buele itele,
wuana, bue le itele,
na o l'iteri, o la jela...
o bobelem a lo'ri
boola bue jntyatya,
e ila rae ko wuaka,
e ila rae ko wuaka.*

Abeba ba jer'o bese, ba sei o boatta. Eria emma e jesa ajo; oberi bo bola wuari e le nao opete'tye o bola entrieo, e siberi atyi sa:

*e mme, e mme, wue le itele,
e mme, e mme, wue le itele,
na o l'iteri, o la jela...
o bobelem a lo'ri
boola bue jntyatya,
e ila rae ko wuaka,
e ila rae ko wuaka.*

O boye bue bae e le pele'rua, atyi e siberi sa:

*e nta, e nta, wue le itele
e nta, e nta, wue le itele*

¹ La flor maravillosa.

*na o l'iteri o la jela...
o bobelem a lo'ri
boola bue jntyatya
e ila rae ko wuaka
e ila rae ko wuaka.*

A batyo amma be ann ee e ajetyi e. E nta a boi e sioba sai e oro o
bobebe obe obe o oro o bwuetai.
Ee rijue, re atyianna ri toki tolae.
Siatta kolo kolo ba, kolo.

65. O LOBAM LUA BOBELE ¹

Ajo je: Ja sei eria buela rijue na re bola be apa. Be le etye, o boya' babo a ba takuero ojela joola bilo e Ombori (Luba).

Be le palé ba ba kapi o boolo omma ba ari bo, be a pueso o. E tyala ba mmotyí. Je omma a: to a pao boa bilo bie iba etuka buela, to a binoaa, to a raala, e tyala ekopiesa nno. O bule a la tapa osa. Ba papa eri o baa bola laba ila na o lobam lo jetyia bisu la bisu, bi lo la bi lo, biki la biki. A ja suba, ba wuey e tyala.

A bayola bao ba okie e biruta, ba batyileri, be aparana: na e laba e la bao batyo apa bata, be sa ila ríle; kori na tyi a lo, ba tyi ana setya. Be ba ane'tye a o bola ape ba be e; buae tue to tyi a lamm.

Siatta kolo kolo ba, kolo.

¹ Una discusión entre hermanos.

66. OBOLA NO LOTYORITYORI LE NOKONOKO ¹

Ajo je: Ja sei rijue la bola be batta. Be amma ba sese ebilako bio epa iberi bia bijem, tya o bosuba oboola bo lotyORITYORI lo looto luai; ba bo pobesi. Ebelo o ojua e le pele ba jiwuana e bijem bi lubo e nokonoko, ba te bijuaba. O bye abo e a para bokia ba lotae.

Obola bolo aboiye etata, a jesi jo lota; buae e le ele e noknoko a lo e la otte, a buero o tyobo, esari. O botyio bo jekibo jnna, o bola bule bue jero o lota e nokonoko. Bue bae asari. O bosuba etye o boyai na a ajora ore enokonoko. O boyai a: a banatwuoo ba ta pityo ole kole, ue ka paa penne? E sikole so lotyORITYORI, si sore etata, si e jeso o lota e nokonoko. E le poe, si bauteio o bosike bua bio. E kole ba jeri jo ikiri toutou; buae e solae soia. Elo ebari ai. La lo na e nokonoko ta jori ebuerabuera, e etye e solae na: na o le sori matyilo, na ntyi a la poa. Ajo jnna, o le naere elako ose ba, nne osela.

Tue tyin ajo o bola bosuba o boyai e a bojori jetan a bololo. Balo be oero obwutyi abo ekoe. I nobbe i tyuana na ba jesi ripoto jo ekeru bilako; be le ke na o bola bo lotyORITYORI a la beka jnna, ba jeri ejeta be le pele reo bio, ba bo pinobierie e reo ata. E le ope a bope buela, elere e nokonoko. E erebae, e poi e bo boyai a bope ata.

A bola bololo, be seere e bilako o Botuku Bote bio bua ripoto. Ba boi ba tubaerio o Botuku Bote na o buityabo a ba pao bukaelo ratye pua na je belepo na biatei. O Botuku a ajor a lem. Obola poi, etye nokonoko ai e buiam. Eleketto, a banatuo ba soi esoi a laba la tapao peno re riboty buela. Ba boro o Botuku na o buityabo a: Mpao pela e itoji buela la bwuato, la ja e itoji ro arere sebam na so bori a lo e lotoo buela lue la. E bola bijio a lo a pityi la, buae a tem pepe tya e le elele e nokonoko. Ba ta baleboro ebelo a jerie oe wuato buela, ba tyi anna o wuato buela e nokonoko lo a. E tyuana o Botuku ene eribola a naesio ela.

E le jore, o bola a nkwa nka ba tapaa. A jero o Botuku alo, a: a ba natuom ba la pao penna e. Ba bijio, buae ba ta buatobierio. Ba jerio wuato buela be appeba jo jelo a itoji. Jele sa na ja ta jeri pepe, be a tyianne etye ba tyiamme.

Siatta kolo kolo ba, kolo.

¹ El niño sarnoso y el monstruo.

75. OBEBA E AMMOTYO ETUE ¹

Ajo je: Ja paie ebelo ja sei obeba na a atopi o paru ejoba buela. Abuero eria buela, ere'bari e le pala ajo, itya na oparu mmotyí bonokola. O a bilo iba a jityi epaa. Tue tyin o a bilo bita, e elo eeba a jita setyi.

Obeba e a jeri inobbe ya elo eeba a la jita naba na ejane e elo nne.

Elo ebari e le pele oparu buai, ajan na em naba je, buae na te anna na etue a botyo, tya e le selo opel'oparu. E le ba lebolo na etue a botyo, a jesi jo jubia. Ebae etue e a buekesi jnna jaba a jeri jaba. E le pele'eria ai, etue e jero'tyobo. E le boalo, etyi ole ere, kori a e tyala. O bwuaiso ai obeba e peye eole a okie ere. Ajo jnna be amma ba jesi jo loka.

Ebelo jeri jeta; etue e ba pem bio. Na ba e tyibam. Ka lo be e jesija ja bia jmmo. O bojia mmo ba bora na o lorei lue tue ba lo tyiae'o bio na ba abuero otyobo, buae be pale jo eke e jnna pua. Ba pemm a lo o bojia mmo ba bori la. Buae, ba te pele eria ba, obeba a ba joterio, ka lo een la alo etue le a bekala jnna atyi. Be a jere e riopo buela ra otya. Elo, obwuaiso bue bule bala ja jesi jo pare erobo a lo a baribo bojila a jerie e riaka re tue bosesa bio, a ri tyii ajo, a ba tyino, atyi ekie e jnna pua.

Tue tyin ajo, etue eriberi inoko ya bo alo.

Se siatta sa: na e Rupe lo opa ole, o ta takaera o la be ijelo; kori etakaeri a e, opa outubala eole ebbe.

Siatta kolo kolo ba, kolo.

¹ El cazador que atrapó una cabeza.

76. OBEBA LO MMO ¹

Ajo je: Ja sei obeba na ebelo eeba apoalesi nabba na ity oki bitwue. Na a ieri'owuaiso ai. Owuaiso aty ann eoe obobai penneeria'lo; aty ann ee asesile'bitwe.

Elon'ne, etyo'mmo bojuelo. Ommo bo bora na obebeo a la penn'alo kori esa ja operi a baribo. Nkwai, a toro penn'alo. Na o jora o buem, ue pao sa jnna obari.

Ere'bari, owaiso eki obabai j`nna, buae obabai ty a lann'atyaty. Be lope jaba ejoba wuela, ommo a boro'boye etye a toro sootyera jo jele'ope. Obeba a pemm'alo ommo ojila; oboye e lole'naba kotya, e e eri-ommo. Eerabae, ommo e opi belo bio, e rei. Kalo owaiso e apura'jo a abalepijoja, a jero'mmo bio e a bo boanne'naba.

Oboye atyam alo a jiwuanlola; etyo'waiosai na tyomma e bole botyo alo elaba purila. Tue tyin'e elo oboye enaba kuba a le eer'owaisoi.

¹ El cazador y el espíritu.

ten de lazan játud, tádaxi sé ten majadé sê ten tanja oguê pejadjidêl,
xii, da ameaxi dôjáxi sajôli, sê ten mô pé dantu jadji.

Josay ja da non tudu ô têndê fa n'gwe domé na sa ja gauuf, pono na
ja jonfaf, na té namefa'nyi na tê napêf.

Ta ku bi da ya se non ten tabapê.

87. MOXI NAFOBENGUE KU OMEDEF KU N'NGWE DOME DEL ¹

Wan telá sé sajan piskadólô. Sê saku mosso dôs, zukan namonese na sa ku m'naf. Pix neix jabi jôli y ja patyiney tudu detu detu, wan namonensay na já ngongó pa óme dê ja fa ku zugán guêf nyi n'gwe dome dêf, moxki na ja sa ta vef.

Masesay ngongo saku wan sápa mosso, da ôxi y samasé ngongó ku namay, jôxi ke ná ngongojof sa peney dôdôs ja sa ku guela.

Móxi ja sa fe guela da ome tuvê tuvedji, pixi nexi pejajdjidê ja sa dalí y na ja kunfá sê ja sá gada pe dantu jamia sé ja sa ja fenda, ta ja sa fendá sé sa ôxi ke jáma ke já kudji, moxki ja kudjidjidel fésku.

Pa namsedji bê da jónta kun fêfê nenxi ke ja sa kumu olatuvêdji y ja sá dantiyí.

Tipa deli ja sá ta fumadu mosó, ja sa tya zukan fenda doventu, y ja dangwê ku fenda mulfutu, y ja sa gada omedé já piska ta mosala jamatu sê ja lantá vadji mosala se ja jobo jobó se ja fê lontogopê, ta'ka jasá badjuní sê fumba já lanta te jabangwê pinya.

Masebu ku mosala ola tuvedji y ney ja sá pufia da jántu fenda d'ôgô, xi ta da djia sê ney fa pê ne ba bê wan n'gwê dófia.

Pê dófia na dá ney lazan n'guixi janda ja fê josséf, jôxi ké da ney lazan sa jaméxi fenda lontôgo ska sê fól, y lai y tenda ney wan nguinyi nguinyi, pa y ne pe jadji ja sa nguixi ja fê ôgô pê ney fo sé nguixi. Ta kê ney bada jadji sê ney ten fê jonéxi ka fá peney fé tudu.

Sê ta tamba da notyi sê tan jolé guidi guidi tan bá ôgô se jössé lantal dantu dôgué, ta ké ja sá badjuni se jasa da nyec, nyec, nyec. Sê lanta pê bê joxi sa ja fê tomen tásay sê jua ja bê zukanjaf, sê tusán liba jadéla sê tan tendê. Nye, nyec, nyec... Ta kê játa mdjadu se jössé ja tyamá n'da, ta kê tan ja tusan sé tan ja jomesa jáda, sé dé ôtendefa jösse sa ja jadá dantu tyipa dél.

Tadadjia ku medu dêl tan ba tamadê ba djuni se móso na ja ngongó ba djunif, sê pongoté:

—Já fê ba ngon tu sanf.

¹ La mujer celosa.

- Sê fali y na padjif.
 - Bam non bam dantu jotyian pa ba'djuni.
 - Sê fali djuni na saja mef, sê mandé badjuni afox, ta ne bé mosso se téndê nyec, nyec, sê lanta sê fal, mse nguixi ja fe fenda fé béla, bo sé sa ja fé josay, ma já pobo sé fó opemu me nta ngongo be bof, sê pende ome fodexi.
- Sé ye sé no jabapê.

101. JASSA NGAJI, GODO KU MUMGULU ¹

Tom taix ala bibeza, bi saku wan tela; tela say saku pôtôdôlô xi ma fan no ke fa Palea, se saku wan jadji, jadji say saku wan may, wan pay ku na nome teix. Maxi ngandji a ja same: jassa ngadji, pakê y bi sa jan taba kuz; n'guixi metadji a jasan gôdô, se n'guixi kityi a ja san mungulu pakê o pe deli bi degue degue muntu. Dawan djia se pediney mandaney ba matu ba pa lanza. Sêe ney be xiii ba toja matu se n'guixi ngadji subili, sêe ten jomessa ja pa lanza.

Ja ta bi saan se mungulu ja ta ba dantu, d'ojal, gôdô, da sêe kun tudujaba xiipie, se n'guixi ngandji pa taba ponodu lanza dôs kuse sa ponodu nexi mosso tan fuga pakê sêe fa na mendêli pa n'ta kumfa pakê see sa dji na pediney sêe ten tabi saan.

Mungulu ma ponodu lanza dôs nen say se taba ojalim'dji se gôdô fala tudu se tankumu. Se pasanxi mê tê nguixi ngandji sêe jomessa ja dëssê dandjia pebida gôdô pajada, se axi jasse dêli ngadji xi se pakapê bligadu manga dôpa se nta fotyaf xii se môlê, ta fêxi se gôdô jomessa jali se güela ku tyipa dêli xía se tudu labenta sêe ten môlê.

Waia daxi se mungulu jôlê v'la jadji pêe bada lazan jôxi fêe; se jôlê mense ope dêli tudu lanta wan jobo yam se tudu nabela pakê degue degue muntu.

Se nan namayn teix mensai tudu môlê pê mematu; se danda pediney mandaney bafê aii v'la fê jaxigadu se pôvi kintê kintêlu tê dôl pediney se luzaney sula, se ku tempu jôlidu se ney veyu se môlê bi se ten maney bahi se solla jaba pê yai.

¹ El cabezota, el gordo y el flaco.

102. POJODOL KU MIHE JANDUMATU ¹

Wan tela sé sajan pay jan mai sê ney sa ku m'na teix, y ney se jadjji, ta ku yney tudu gantyi sé ney fa mendiney ku pediney y ne ngantyi za, y ne saja útul pátyi ba jua mosso ku anjajá tabaya, sé aten va ke já ope dejafenda daney se ney ten patyí, tá kêney sajay ka bá da dantu méma-tu gantyi sê ney da jóna ku jamagantyi teix, maix kityi be jama.

Gantyi s'kedji, sê v'la tá kê sa ja bay sê da jóna já losso ná losso say y da jóna já namosso ke jazajól, sê ney ten fê jadjji se zuntá fê wan sossó, y lay y ney tensa jana ja dji vendá lidentyi, non tan ska jope táxi maxi metadji bé patyi dētu, ja tudu be fê dal. Xi kê mô puvil.

Maxi gantyi be benda dê tu, sê da jonta já losso ximafa na mendex-kityi, sê ten jaza já námosso, tá notyi kubili ka ba sánbadjuni se mosso gada djuni ma pay se lánta, sê bada mematu, sê bada wan opé dôpá, sê ten sa fê janta, já janta ten bi sê wan miségu, sé ba'ba, sé tya wan santabábla sê misegu sé v'la wan jándumatu, mé notyi say ypasala kú jandumé djigasay, táda mazugadu sé tan bijadji, se medudê pindjé pé dé lazán jamáke fo mé notyi gantyi say.

Sê fal menfo zu ganjamaf. Antolo sé m'seyol, mentadaf.

Tá tanda notyi sé ifê ximafanja djun mé béza se mosso tan lanta sé tan v'lu, ta kê tan v'la sê lanta sê jomessa jadé má xi sê ney bada basu dôpaxi donte, sê m'dja londji liba wan ôpa sê bê jonexi kê ne fê tudu, sê tan maja sê bi da jadjji, tá mosso dê tan bida jadjji se tan pongotemé sê tan fal jôxi me, ta da notyi xi tan ske teix djia sê ma já ba mématu ku an piól kê fê anta ja fê pa mosso dê bay, sê ten jomessa ja jantaxi mosso dêl ja jantay, ta kê sa ja janta se tanbí sê misegu sê tan fê jôxi kê ja feay sê tan v'la jandumatu, sê tén jomessa já janta.

*Nyato nyanyato
nyanyalobe mi kato
alfa mi kato.*

Tá kê jomessa ja janta se vá ku piól de xii sê bada dentyi jadjidêl. Ta mosso dê bade ô tëndé sê ngongo da budu budu, sé medu dêl ten

¹ El hombre y la mujer del fantasma.

fali, pê lantela dantu piól jôli se ten lantela sê ku misegu jomesa já janta sê bay sê tanfe ameaxi menjadji dê fê ôséxi. Misegu sê sajabé ôsexi, mindji sé pay fa yku menjadji dê sé sajabay, sê ney tan lantela sê misegu tan jomé sa ja tanta.

*Nyato nyanyato
nyanyalobe mi kato
alfa mi kato.*

Sê ney tan va xiii badajadji na pay, sê ney fê wan taba fessa tábadagolí sê ney tan bida jadji diney tá kê bí seney tojá misegu anto sa ja janta.

I lay mosso sa já kuzu ku ja de laza kuz, sê pongoté játa pê fê sê fali pê ney tudu jasá tuka ta'jadagoli pêney tudu zunta ba dantul, také ney lantela sêne ku piól ten jomessa já maney va, y se na sá va lóngôf sê tan maney ba jadji na pay, sê a tan fê wan tafa féssa. Tádaxi misegu jantaxí se bojo dê molêli sê ponó sê mô pe a'la.

Tadaxi se ney ta gau fô deix.

ÍNDICE

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	Pág.	7
--------------------	------	---

PRIMERA PARTE

CUENTOS DE ORIGEN

1. Los primeros hombres	19
2. La cueva de los muertos	20
3. Un buen purgante	21
4. La caña mágica	22
5. El pescador avaro	23
6. El cocotero y la palmera	24
7. El árbol del demonio	25
8. El pueblo donde faltaba comida	26
9. El robo del vino de palma	27

SEGUNDA PARTE

CUENTOS Y RITOS DE INICIACIÓN

2.1. Cuentos de animales

2.1.1. Características y enemistades

10. El culo rojo del macaco	31
11. ¿Por qué la tortuga de mar pone sus huevos en la arena?	32
12. El pájaro Bibí	33
13. La gallina y la paloma	34
14. El gallo y la cucaracha	35
15. El gallo y la cucaracha	36
16. La ballena y el tiburón	37
17. El escarabajo y la araña	38
18. La araña y el gusano de seda	39
19. El gato, el perro y la paloma	40
20. Una historia de lagartos	41
21. Los tres cerdos hambrientos	42
22. El gallo y el rey	43

2.1.2. *La astuta tortuga*

23. El perro y la tortuga	44
24. La tortuga y la ballena	46
25. El rey, la tortuga y el perro	47
26. La tortuga y el rey	49
27. Las tres pruebas de la tortuga	50
28. La tortuga y el cura	51
29. La tortuga y el demonio	53
30. La tortuga	54
31. La tortuga perezosa	55
32. La tortuga, la ballena y el elefante	56

2.2. **La vieja señora**

2.2.1. *La anciana ayudante*

33. La banana mágica	57
34. Papá Kenkele Djabe	59
35. La mujer que no tenía hijos	61
36. El maestro Papadiente	62
37. El agua de la vida	64
38. Menahí	66
39. El guapo y el feo	67

2.2.2. *La vieja legañosa*

40. Magutín y la vieja	69
41. La niña y los gigantes	71
42. La huérfana que quería una madre	72
43. El chico que quería ser rico	74
44. La huérfana que se quedó sin nada	76

2.2.3. *La vieja malvada*

45. La esposa desobediente	77
----------------------------------	----

2.3. **Cuentos de gigantes, monstruos y ogros**

2.3.1. *El engullimiento*

46. La historia de Afiyu-Kityi	79
47. La mujer que tenía siete hijos y el pájaro gigante	81

2.3.2. *El rapto*

48. La princesa y el monstruo	82
49. El muchacho y la princesa	83
50. Las tres amigas y el gigante	85
51. Tres hermanos	86
52. La mujer que dio a luz a un mono	87

2.3.3. *La derrota del gigante*

53. La pequeña flauta	88
54. El cazador	89
55. El cazador valiente	90
56. El muchacho que no podía bañarse	91
57. Los gigantes hambrientos	93
58. El ogro que se comía a la gente	95
59. El gigante y el viejo	96
60. La tortuga y el gigante	97
61. La tortuga y el dragón	99
62. Handumat	101
63. Los gigantes malvados	102

2.4. **Otros cuentos maravillosos**

64. Paxiku	103
65. Los tres hermanos	104
66. Los frutos y la cadena	106
67. Tres hermanos y una gallina	108
68. El perro y la princesa	109
69. El coco seco	110
70. El chico que cazaba murciélagos	111

TERCERA PARTE

CUENTOS RESTANTES

3.1. **Relacionados con el matrimonio**

3.1.1. *En busca de esposo/esposa*

71. Macus de Awal	115
72. El hombre y el espejo	116
73. El cazador de pájaros	118
74. Tres hermanos	119
75. Dos chicos que se querían casar	120
76. El chico y el pájaro	121
77. El médico y la chica	122
78. El rey que encerró a su hija	123
79. El chico que se casó con una princesa	124
80. El rey de San Pedro	126
81. La boda de la princesa	127
82. Simón el tonto	128
83. La muchacha hermosa y el dragón	129
84. La princesa y el demonio	130
85. La princesa que quería a un chico sin ombligo	131

3.1.2. Dificultades matrimoniales

86. Las dos rivales	132
87. La mujer celosa	133
88. La mujer buena y la mujer mala	134
89. La sonrisa	135
90. La madrastra mala	136

3.2. Moralidades

91. La luz desconocida	137
92. El pícaro ayudante	138
93. El consejo paterno	139
94. La mujer perezosa	140
95. La mujer robada	141
96. El pueblo donde criaban gallinas	142
97. El hombre que no quiso a su hijo	143
98. El chico sin nombre	144
99. El hombre que quería ser famoso	145
100. El rey que se casó con doce mujeres	146

3.3. Otros

101. El cabezota, el gordo y el flaco	149
102. El hombre y la mujer del fantasma	150
103. Los espíritus de la noche	152
104. Pudumalagak	154
105. La familia rica	156

APÉNDICE

VERSIONES EN LENGUA AMBÚ

1. Na pime pojodol	160
10. Foli zanja bobo majaku	161
11. Jafe totyiga ja pow dantu dalea	162
12. Bibí patu xi na ja lega pa telif	163
14. Galu n'ganyia nu paata	164
16. Balea ku tublan	165
20. Soya osontyi	166
23. Josolo ku totyiga	167
24. Totyiga ku balea	169
25. Paxialê, totyiga ku jössölô	170
26. Paxialê Mabana	171
32. Totyiga, balea ku elefante	172
40. Magutín ku menvegu	173
45. Mendofia valia ku ma Katalina	174

46. Soya Afiyu Kityi	175
48. Na namee dos	176
53. M'na palali mu	177
60. Fantya godu godu totyiga	178
65. Na name teix	180
71. Makus Dawala na mosso fomozo	182
79. Namaxi jaza ku m'namie dele	183
86. Na n'gwe dome dos	184
87. Moxi nafobengue ku omedef ku n'ngwe dome del	186
101. Jassa ngaji, godu ku mumgulu	188
102. Pojodol ku mihe jandumatu	189



Cuentos annoboneses de Guinea Ecuatorial es el tercero de la serie de libros que los autores, con el apoyo del *Centro Cultural Hispano-Guineano*, dedican a la literatura oral de Guinea Ecuatorial. Representa el fruto de dos campañas de grabación de informaciones sobre la realidad annobonesa, una de las menos estudiadas del país pese al carácter crucial de la isla meridional en las

primeras épocas de la colonización.

El lector podrá encontrar en el libro un total de 105 narraciones populares, 25 de las cuales en doble versión española y ambú. Destaca en esta colección el ciclo de *cuentos de la vieja señora*, que, junto con otros de carácter iniciático, forman el núcleo central de una recopilación llevada a cabo entre la colonia annobonesa, desplazada a Bata y a Mafabo.